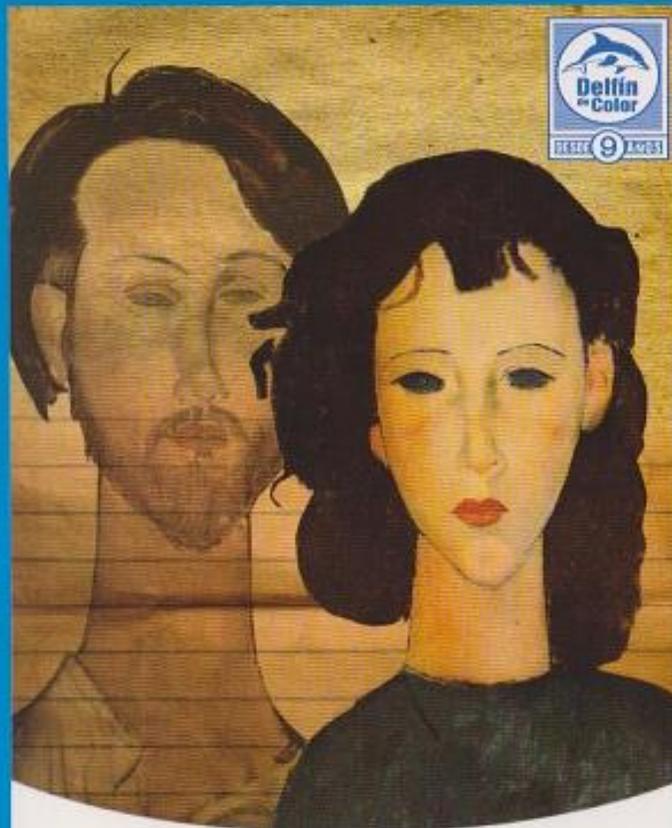




Louisa May Alcott (1832-1888) nació en Germantown, Pennsylvania, Estados Unidos. Hija de un padre filósofo y educador, pero sin habilidad para ganarse la vida, la joven tuvo que hacerla desde muy temprano. Dio clases, trabajó como costurera y hasta fue niñera por dos dólares semanales. Pero nunca dejó de escribir ni perdió la fe en su talento. Gracias a su constancia, los periódicos comenzaron poco a poco a aceptar sus primeros cuentos. Su situación cambió definitivamente cuando publicó, en 1867, su novela *Amigasitas*. El éxito fue inmediato. Motivada por este éxito publicó en 1871 *Mujercitas*. La autora continuó publicando novelas de historias familiares, como *La juventud de las señoritas* y *Una joven a la antigua*, entre otras, todas las cuales se leen hasta hoy.

En la presente novela, Meg, Jo, Amy y Beth son cuatro jovencitas cuyo padre está en el frente de batalla. Esto las ha dejado sin recursos y le pide a las amenazas cuando se acerca un crudo invierno. Tienen, por lo tanto, que aprender a soportar las privaciones y a arreglárselas como pueden. En este libro se narra cómo lo hacen.



# Mujercitas

Louisa M. Alcott

ZIG-ZAG

Delin de Color  
I.S.B.N.: 978-956-12-2685-2,  
29ª edición: abril de 2017.

Obras Escogidas  
I.S.B.N.: 978-956-12-2686-9,  
30ª edición: abril de 2017.

Gerente Editorial: Alejandra Schmidt Urzúa.  
Editora: Camila Domínguez Ureta.  
Director de Arte: Juan Manuel Neira Lorca.  
Diseñadora: Mirela Tomić Petric.

Versión abreviada: Silvia Robles.

©1993 por Empresa Editora Zig-Zag, S.A.  
Inscripción Nº 67.182, Santiago de Chile.  
Derechos exclusivos de edición  
reservados por Empresa Editora Zig-Zag, S.A.  
Editado por Empresa Editora Zig-Zag, S.A.  
Los Conquistadores 1700, Piso 10, Providencia.  
Teléfono (56-2) 2810 7400. Fax (56-2) 2810 7455.  
E-mail: zigzag@zigzag.cl / www.zigzag.cl  
Santiago de Chile.

El presente libro no puede ser reproducido ni en  
todo ni en parte, ni archivado ni transmitido por nin-  
gún medio mecánico, ni electrónico, de grabación,  
CD-Rom, fotocopia, microfilmación u otra forma de  
reproducción, sin la autorización escrita de su editor.

Impreso por Salesianos Impresores S.A.  
General Gana 1486, Santiago de Chile.

## ÍNDICE

1	EL JUEGO DEL PEREGRINO	7
2	UNA NAVIDAD FELIZ	18
3	LA FIESTA DE AÑO NUEVO	27
4	CARGAS	39
5	BUENOS AMIGOS	48
6	BETH DESCUBRE EL HERMOSO PALACIO	55
7	AMY EN EL VALLE DE LA HUMILLACIÓN	60
8	ENCUENTRO DE JO CON APOLO	66
9	MEG DE VISITA	73
10	CUADRILLAS Y CORREOS	84
11	EL EXPERIMENTO	89
12	CAMPAMENTO LAURENCE	96
13	CASTILLOS EN EL AIRE	107
14	SECRETOS	114
15	UN TELEGRAMA	119
16	CARTAS	123
17	LA PEQUEÑA INFIEL	128
18	DÍAS OSCUROS	135
19	EL TESTAMENTO DE AMY	139
20	EN CONFIANZA	145
21	LAURIE DA GUERRA Y JO IMPONE PAZ	150
22	HERMOSOS PRADOS	160
23	TÍA MARCH RESUELVE EL PROBLEMA	165

## EL JUEGO DEL PEREGRINO

**-S**in regalos, Navidad no será Navidad –murmuró Jo.  
–¡Qué triste es ser pobre! –suspiró Meg, mirando su viejo vestido.

–No me parece justo que algunas muchachas tengan tantas cosas bonitas y otras no tengan nada –añadió la pequeña Amy. Pero Beth dijo alegremente:

–¡Tendremos a papá, a mamá y a nosotras mismas!

Las cuatro caras jóvenes se iluminaron al oír estas animadoras palabras. Pero se ensombrecieron cuando Jo dijo tristemente:

–Papá no está aquí, ni lo tendremos por mucho tiempo.

No dijo “tal vez nunca”, pero cada una lo añadió para sus adentros, pensando que el padre estaba en la guerra.

Nadie habló durante un minuto; luego Meg dijo, cambiando su tono:

–Ustedes saben que si mamá propuso que no hubiera regalos esta Navidad, era porque el invierno va a ser duro para todos. Y piensa que no debemos gastar dinero cuando los hombres sufren tanto en el frente. Sólo podemos hacer

estos pequeños sacrificios y debemos hacerlos con alegría. Sin embargo, yo no puedo sentirla.

—Pero pienso que el poco dinero que podríamos gastar no ayudaría mucho. Tenemos unos dólares cada una, y el ejército no ganaría mucho si se lo diéramos. Estoy conforme con no recibir nada, pero quiero comprar un libro para mí. ¡Lo deseo tanto! —dijo Jo, que era un ratón de biblioteca.

—Yo voy a gastar los míos en música —dijo Beth.

—Yo me compraré una caja de lápices de dibujo —anunció Amy.

—Mamá no dijo nada sobre nuestro dinero, y no querrá que renunciemos a todo. Compremos cada una lo que quiere y así nos divertiremos. Trabajamos como negras para ganarlo —exclamó Jo.

—Yo trabajé dando clases a esos niños terribles todo el día, en vez de divertirme en casa —dijo Meg en tono de queja.

—No haces ni la mitad de lo que yo hago —repuso Jo—. ¿Qué te parecería estar horas encerrada con una señora vieja, nerviosa y caprichosa, que te hace correr de un lado para otro y jamás está contenta?

—Es malo lamentarse, pero a mí me parece que lavar platos y ordenar la casa es más desagradable. Se me ponen ásperas y tiesas las manos y no puedo tocar bien el piano —se lamentó Beth.

—Creo que ninguna de ustedes lo pasa tan mal como yo —dijo Amy—. Nadie va al colegio con niñas impertinentes, que te molestan si no sabes la lección, que se ríen de tus vestidos, que *defaman* a tu padre porque no es rico y te insultan si no tienes una nariz bonita.

—Si quieres decir *defaman*, dilo, pero mejor sería no usar palabras altisonantes —dijo Jo, riéndose.

—Yo sé lo que quiero decir y no tienes por qué criticarme tanto. Es bueno usar palabras precisas para mejorar el vocabulario —respondió Amy, molesta.

Entonces Meg, que podía recordar tiempos mejores, dijo:

—No peleen. ¿No te gustaría que tuviéramos el dinero que perdió papá cuando éramos pequeñas? ¡Qué felices seríamos! El otro día dijiste que éramos más felices que los niños King, porque ellos se pelean y se quejan continuamente a pesar de su dinero.

—Es verdad, Beth; creo que aunque tengamos que trabajar, nos divertimos y somos un grupo muy alegre, según Jo.

—¡Jo usa unas palabras tan chocantes! —observó Amy, dando una mirada crítica a la larga figura de Jo, tendida sobre la alfombra. Jo se levantó de un salto, metió las manos en los bolsillos del delantal y se puso a silbar.

—No hagas eso, Jo: es cosa de muchachos.

—Por eso lo hago.

—Detesto a las chicas de modales ordinarios.

—Y yo aborrezco a las muchachas amaneradas y relamidas.

—Las dos tienen culpa —dijo Meg, poniéndose en su papel de hermana mayor—. Ya tienes edad, Jo, para dejar de portarte como un muchacho. No importaba cuando eras niña, pero ahora que eres alta y te haces moño, deberías acordarte de que eres una señorita.

—¡No lo soy! ¡Y si el hacerme moño me hace señorita, me haré trenzas hasta que tenga veinte años! —gritó Jo—. Detesto pensar que tengo que crecer y ser la señorita March. Ya es bastante desagradable ser una joven, gustándome como me gustan

los juegos de los muchachos. Me muero de ganas de ir a pelear al lado de papá y ¡tengo que quedarme aquí tejiendo!

—¡Pobre Jo! Lo siento, pero no hay remedio y tendrás que conformarte con inventarte un nombre masculino y jugar a que eres nuestro hermano. Y en cuanto a ti, Amy —continuó Meg—, eres demasiado amanerada. Me gustan mucho tus buenos modales, pero tus palabras rebuscadas son tan molestas como la jerga de Jo.

—Si Jo es poco femenina y Amy amanerada, ¿qué soy yo, si se puede saber? —preguntó Beth.

—Tú eres una niña querida y nada más —respondió Meg, calurosamente; y nadie la contradujo, porque el "ratoncito" era la regalona.

Ustedes querrán saber cómo eran estas cuatro hermanas, que tejían al atardecer, mientras afuera caía la nieve. El cuarto en que se encontraban era agradable, aunque la alfombra estaba algo descolorida y los muebles eran sencillos. Unos cuadros colgaban de las paredes, en los estantes había libros, florecían crisantemos y rosas de Navidad en las ventanas, y por toda la casa se esparcía un ambiente de paz.

Margaret o Meg, la mayor, tenía dieciséis años; era bonita, gordita y rubia, ojos grandes, pelo castaño, boca delicada y unas manos blancas de las que estaba orgullosa. Jo, de quince años, era muy alta, esbelta, morena, nariz respingada, ojos grises muy penetrantes. Su verdadera belleza residía en su hermoso cabello largo. Llevaba su vestido descuidadamente y su aspecto era el de una jovencita que se hacía mujer a pesar suyo. Elizabeth o Beth tenía trece años; de cara rosada, pelo liso y ojos claros, era de carácter tímido. Su padre la llamaba Pequeña Tranquilidad. Amy se sentía muy importante. De

tez blanca y ojos azules, pelo rubio formando rizos sobre la espalda, se veía pálida y grácil.

El reloj dio las seis. Después de limpiar la chimenea, Beth puso unas zapatillas ante el fuego. Pronto llegaría la madre y todas se animaron para hacerle un buen recibimiento. Meg encendió la lámpara, Amy sacó el silloncito y Jo acercó más las zapatillas al fuego.

—Están muy gastadas, mamá necesita otro par.

—Yo pensaba comprarle uno con mi dinero —dijo Beth.

—¡No, yo lo haré! —gritó Amy.

—Soy la mayor —empezó a decir Meg, pero Jo la interrumpió:

—Ahora que no está papá, yo soy el hombre de la familia y me encargaré de las zapatillas. Papá me dijo que cuidara de mamá mientras él estuviera ausente.

—¿Saben qué debemos hacer? —dijo Beth—. Que cada una le compre un regalo de Navidad, y nada para nosotras.

—¿Has tenido una gran idea! ¿Pero qué le compraremos? —dijo Jo.

Todas se quedaron pensando. Entonces Meg dijo, admirando sus manos:

—Le regalaré un par de guantes.

—Zapatillas, ¡las mejores que encuentre! —exclamó Jo.

—Unos pañuelos bordados —dijo Beth.

—Yo un frasco de agua de Colonia. Le gusta mucho, y como no es cara me sobrará dinero para mí —añadió Amy.

—Pondremos los paquetes sobre la mesa y traeremos a mamá para que los abra —propuso Jo—. Ella pensará que hemos comprado cosas para nosotras y así le daremos una sorpresa. Necesitamos salir de compras, Meg. Hay mucho

que hacer; recuerda la función que representaremos la Noche de Navidad.

—Esta es la última vez que acepto hacer un papel. Estoy demasiado grande para estas cosas —observó Meg.

—No puedes dejar de hacerlo. Eres la mejor actriz que tenemos y, si abandonas las tablas, se acabarán las funciones —repuso Jo—. Ensayemos. Ven aquí, Amy, y repite la escena del desmayo, porque al hacerlo te pones tiesa como un palo.

—No es culpa mía; jamás vi a nadie desmayarse y no me gusta ponerme pálida cayendo de espaldas como tú lo haces. Y si no, me dejaré caer en una silla. No me importa que Hugo se acerque a mí con una pistola —dijo Amy, que no tenía talento dramático, pero que había sido escogida porque era pequeña y el protagonista de la obra podía levantarla en brazos.

—Tómame las manos así, y camina tambaleándote y gritando. “¡Rodrigo!, ¡sálvame!, ¡sálvame!”

Y Jo lo hizo, lanzando un chillido que realmente emocionaba.

Amy trató de imitarla, pero las manos se le ponían tiesas, caminaba como autómata y su grito era como si la hubieran pinchado con un alfiler.

—¡Es inútil! Haz lo mejor que puedas cuando llegue el momento, y si todos gritan no me echas la culpa. Vamos, Meg.

El resto del ensayo siguió sin tropiezo. Don Pedro, uno de los personajes de la obra, desafió al mundo con un largo parlamento de dos páginas. Hagar, la bruja, se encorvó sobre su caldero mágico. Rodrigo, otro de los personajes, rompió sus cadenas y Hugo se murió de remordimiento lanzando exclamaciones incoherentes.

—Es lo mejor que hemos hecho hasta ahora —dijo Meg, que hacía de traidor y se levantaba sobándose los codos.

—No comprendo cómo puedes escribir cosas tan magníficas, Jo. ¡Eres un verdadero Shakespeare! —afirmó Beth.

—No lo soy —respondió Jo, humildemente—. Creo que *La Maldición de la Bruja* está bastante bien; pero me gustaría representar a *Macbeth*. Siempre he querido hacer un papel en el cual tuviera que matar a alguien. ¿Es un puñal lo que veo ante mí? —preguntó de pronto, haciendo girar sus ojos.

—No, es la parrilla con las zapatillas de mamá en vez del pan —exclamó Meg.

El ensayo terminó con una carcajada general.

—Me alegro de encontrarlas tan contentas —dijo desde la puerta una voz animada, y todas se volvieron para recibir a una señora algo gorda y de aspecto maternal. No era una hermosura, mas para los hijos las madres lo son. Aun con esa capa gris y ese sombrero pasado de moda, ellas la veían como la mujer más bella del mundo.

—¿Cómo lo han pasado hoy? Había tanto que hacer preparando los cajones para despacharlos mañana, pero ya estoy en casa. ¿Ha venido alguien? ¿Cómo está tu resfrío, Meg? Jo, pareces cansada. Ven y dame un beso.

La señora March se puso las zapatillas calientes y se sentó en el silloncito. Las muchachas iban de un lado a otro, tratando de poner orden. Meg preparó la mesa para el té; Jo trajo la leña; Beth iba y venía de la sala a la cocina, y Amy daba consejos a todas junto a su madre.

—Les tengo una sorpresa para después de la cena.

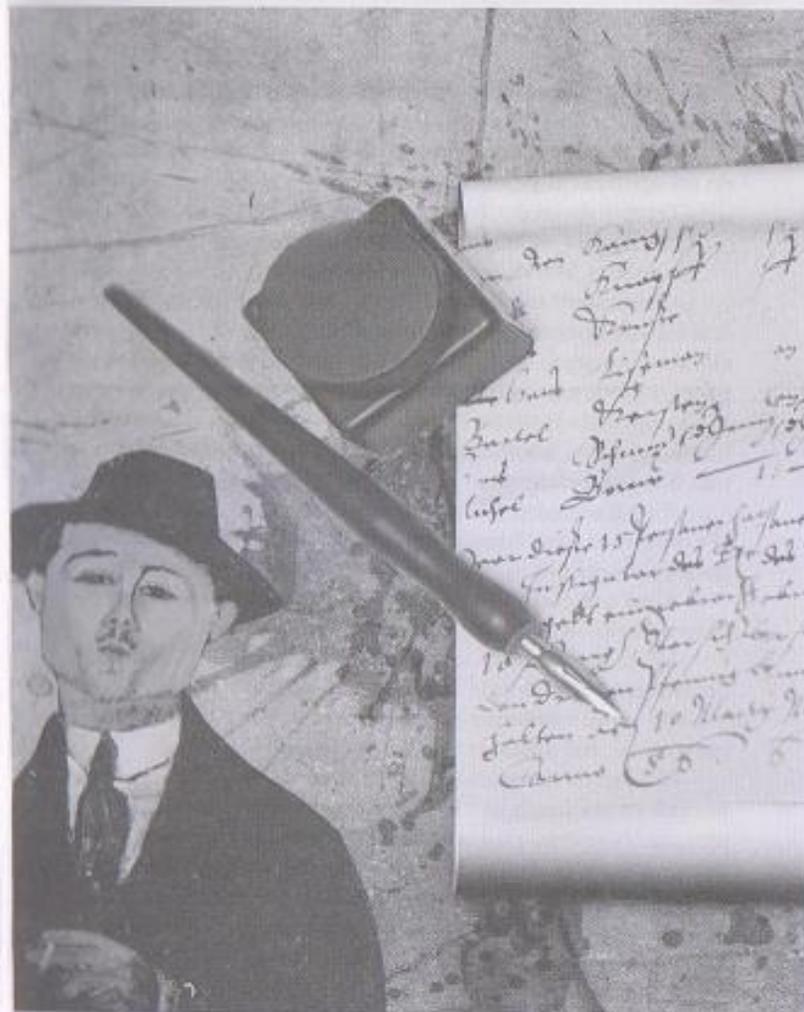
Una sonrisa cruzó todos los rostros. Jo sacudió la servilleta, exclamando:

—¡Carta! ¡Carta! ¡Tres vivas para el papá!  
 —Sí, una larga carta. Papá está bien, envía buenos deseos para Navidad y un mensaje especial para sus hijas.  
 —Apurémonos en comer. No te demores con tus amaneramientos, Amy —gritó Jo, ahogándose al tomar el té y dejando caer el pan sobre la alfombra por el lado de la mantequilla.  
 —Creo que papá tuvo una idea magnífica alistándose como capellán, ya que por su edad no podía ser soldado —dijo Meg con ánimo.  
 —Yo hubiera querido ser tambor, o enfermera, para estar cerca de él y ayudarle —exclamó Jo.  
 —¿Cuándo volverá, mamá? —preguntó Beth.  
 —Falta aún, a menos que esté enfermo. Se quedará para hacer su trabajo mientras pueda. Ahora, escuchen lo que dice la carta.

Todas se acercaron al fuego, y la madre comenzó a leer. Era una carta alegre, llena de descripciones de la vida del soldado, de las marchas y noticias militares. Al final de la carta, el papá dejó brotar el amor y su deseo de ver a las niñas.

“Un beso a cada una —escribía—. Diles que pienso en ellas durante el día y que por la noche rezo por cada una. Un año de espera para verlas parece interminable, pero recuérdales que, mientras esperamos, todos podemos trabajar, de manera que estos días tan duros no se desperdicien. Que sean cariñosas contigo, que cuando vuelva quiero enorgullecerme de mis mujercitas”.

Todas se conmovieron al llegar a esta parte. Jo no se avergonzó de la lágrima que dejó rodar. Amy no se preocupó de que se le desordenaran sus rizos al esconder la cara en el hombro de su madre, y dijo sollozando:



—¡Soy egoísta! Pero trataré de ser mejor para no defraudarlo.

—¡Todas trataremos! —exclamó Meg—. Pienso demasiado en mi apariencia y detesto trabajar, pero cambiaré.

—Trataré de no ser brusca —prometió Jo.

Beth no dijo nada, pero secó sus lágrimas y se puso a tejer. La señora March rompió el silencio:

—¿Se acuerdan de cómo representaban *El Peregrino* cuando eran pequeñas? Yo les ponía trapos en la espalda para simular la carga, les hacía sombreros, bastones y rollos de papel y las dejaba viajar por la casa, desde la bodega, que era la Ciudad de la Destrucción, hasta la buhardilla, donde tenían todas las cosas bonitas que podían encontrar para construir una Ciudad Celestial.

—¡Era divertido! ¡Sobre todo pasar cerca de los leones. ¡Peleábamos con Apolo y pasábamos por el valle de los duendes! —dijo Jo.

—A mí me gustaba el lugar donde las cargas se caían escalera abajo —murmuró Meg.

—Mi parte favorita era cuando salíamos a la azotea y cantábamos con alegría al sol —dijo Beth.

—Yo no me acuerdo mucho —replicó Amy—. Si no fuera tan grande, me gustaría representarlo otra vez.

—No somos demasiado mayores para ese juego, querida, porque es un juego al cual siempre jugamos de una u otra manera. Nuestras cargas están aquí. El camino está delante de nosotras y el deseo de bondad y felicidad es el guía que nos dirige. Y ahora, mis peregrinas, vamos a empezar de nuevo, no para divertirnos, sino de veras, y veremos hasta dónde pueden llegar antes que vuelva papá.

—Pero, mamá, ¿dónde están nuestras cargas? —preguntó Amy, que tomaba todo al pie de la letra.

—Cada una ha dicho cuál era su carga menos Beth, que en mi opinión no tiene ninguna —dijo su madre.

—Sí la tengo; la mía es de platos y estropajos y envidiar a las que tocan piano, y tener miedo de la gente —contestó Beth.

—Hagamos esto —dijo Meg, pensativa—. Tratemos de ser buenas: la historia de *El Peregrino* puede ayudarnos cuando olvidemos serlo.

—Esta noche estábamos en el Pantano del Desaliento y mamá nos sacó de él, como lo hizo en el libro el hombre que pedía socorro. Deberíamos tener instrucciones de cómo actuar cristianamente. ¿Qué haremos para eso? —preguntó Jo.

—Busquen debajo de la almohada en la mañana de Navidad y encontrarán el guía —repuso la señora March.

Discutieron el nuevo proyecto. A las nueve dejaron de tejer y cantaron, como lo hacían siempre.

## 2 UNA NAVIDAD FELIZ

Jo fue la primera en despertar en el amanecer de la Navidad. No colgaban medias de la chimenea, y por un momento se entristeció. Entonces se acordó de la promesa de su madre; y metiendo la mano debajo de la almohada, sacó un libro de tapas rojas; lo reconoció; era una hermosa historia de la vida del peregrino. Jo sintió que era una guía en el largo viaje de la vida. Despertó a Meg con un "¡Felices Pascuas!", y le dijo que buscara bajo la almohada. Apareció un libro de color verde. Beth y Amy se despertaron para buscar sus libros, uno de color amarillo y otro azul.

—Niñas —dijo Meg—. Mamá desea que leamos y amemos estos libros. Empecemos inmediatamente. Yo tendré mi libro sobre el velador, y todas las mañanas leeré un poco, me hará bien.

—¡Qué buena es Meg! Ven, Amy, hagamos lo que hacen ellas. Yo te ayudaré con las palabras difíciles —susurró Beth.

Los dormitorios quedaron silenciosos y sólo se oía el volver de las páginas.

—¿Dónde está mamá? —preguntó Meg, para darle las gracias por el regalo.

—¿Quién sabe! —respondió Hanna, la empleada que había vivido con la familia desde que nació Meg.

—Supongo que mamá volverá pronto; así que prepara los pasteles para que esté todo listo —dijo Meg, mirando los regalos que estaban en un canasto bajo el sofá—. Pero ¿dónde está el frasco de Colonia de Amy?

—Lo sacó hace un minuto para ponerle una cinta o algo parecido —respondió Jo.

—¡Qué lindos son mis pañuelos! ¿Verdad? Hanna los lavó y planchó, y yo misma los bordé —dijo Beth.

—¡Qué ocurrencia! Has puesto "Mamá" en vez de "M. March" —gritó Jo, levantando uno de los pañuelos.

—Pensaba que era mejor así, porque las iniciales de Meg son "M. M.", y no quiero que nadie los use sino mamá.

—Buena idea, así nadie puede equivocarse. Le gustaría mucho, lo sé —repuso Meg, frunciendo las cejas a Jo y sonriendo a Beth.

—¡Aquí está mamá! ¡Escondan la canasta! —gritó Jo al oír que la puerta se cerraba.

Amy entró precipitadamente, y se avergonzó cuando vio a todas sus hermanas esperándola.

—¿Dónde has estado? ¿Qué traes escondido? —preguntó Meg, al ver que venía con capa y capuchón.

—No se rían de mí, fui a cambiar el frasco por otro más grande. Gasté todo mi dinero en él, y no volveré a ser egoísta como antes.

Mientras hablaba, Amy mostró el frasco. Meg la abrazó y Jo la llamó una "joya". Beth corrió a la ventana en busca de una rosa para adornar el paquete.

Otro golpe de la puerta hizo que la canasta desapareciera bajo el sofá, y se acercaron a la mesa del desayuno.

—¡Felices Navidades, mamá! Muchas gracias por los libros —exclamaron todas a coro.

—¡Felices Navidades, hijas mías! Pero antes de sentarnos, tengo algo que decir. Cerca de aquí está una mujer con un hijo recién nacido. En una cama se acurrucan seis niños para no helarse. No tiene fuego y nada que comer, ¿quieren darles su desayuno como regalo de Navidad?

Todas tenían más apetito que de costumbre, después de esperar cerca de una hora, y por un momento nadie habló; hasta que Jo dijo impetuosamente:

—Me alegro mucho de que llegaras antes de que hubiésemos comenzado.

—¿Puedo ayudar a llevar las cosas? —preguntó Beth, ansiosa.

—Yo llevaré la crema y los pancitos —añadió Amy, renunciando a lo que más le gustaba.

—Todas pueden ir conmigo para ayudar. Cuando volvamos, desayunaremos con pan y leche, y al almuerzo lo compensaremos.

Más tarde llegaban a una habitación casi vacía y miserable, con las ventanas rotas, sin fuego, las sábanas muy gastadas. La madre enferma, el recién nacido que lloraba y un grupo de niños paliduchos y escualidos. ¡Cómo abrieron los ojos y se sonrieron al ver a las chicas!

—¡Dios mío! ¡Son ángeles que vienen a ayudarnos! —exclamó la mujer, llorando de alegría.

—Unos ángeles graciosos, con gorros y mitones —dijo Jo, haciéndolos reír.

En pocos minutos parecía como si hubieran trabajado allí unos espíritus. Hanna, que había traído leña, encendió fuego y tapó los vidrios rotos con sombreros viejos. La señora March

dio té con leche a la mujer y la consoló mientras vestía al recién nacido. Entretanto las chicas pusieron la mesa, sentaron a los niños y les dieron de comer.

Fue un desayuno muy alegre, aunque ellas no tomaron nada. Cuando salieron, dejaron atrás algún consuelo. No había en la ciudad cuatro niñas más felices por haber renunciado a su propio desayuno.

—Eso es amar al prójimo más que a nosotros mismos, y me gusta —comentó Meg, mientras sacaba los regalos, aprovechando que su madre estaba arriba buscando ropa para esos pobres.

—¡Ya viene mamá! ¡Toca, Beth! ¡Abre la puerta, Amy! ¡Tres "vivas" por mamá! —gritó Jo, dando bríncos, mientras Meg conducía a la señora March a la silla de honor.

La señora March estaba tan sorprendida y emocionada, que sonrió con los ojos llenos de lágrimas, mientras examinaba sus regalos y leía las dedicatorias. Inmediatamente se probó las zapatillas, puso un pañuelo nuevo en su bolsillo, empapado en agua de Colonia, se prendió la rosa en el pecho y dijo que los guantes le quedaban muy bien.

Hubo muchas risas, besos y explicaciones, de esa manera simple que hace tan gratas estas fiestas familiares.

El resto del día se dedicaron a los preparativos de las festividades de la tarde. Como no tenían dinero de sobra para gastarlo en funciones caseras, las chicas sumaban al trabajo su imaginación para fabricar cuanto necesitaban.

No se aceptaban hombres, por tanto Jo encarnaba los papeles masculinos y además se daba el gusto de usar un par de botas. Estas botas, un viejo florete y una chaqueta que antes pertenecieron a un actor, eran sus tesoros, los usaba en

todas las ocasiones. A causa de lo pequeño de la compañía, los dos actores principales se veían obligados a tomar varios papeles cada uno, lo que además de divertido, era un buen ejercicio para la memoria.

En la noche de Navidad, una docena de chicas se agruparon sobre la cama, que era el palco, ante las cortinas de cretona azul y amarillo que hacían de telón. Al poco rato sonó una campana, se descorrieron las cortinas y comenzó la tragedia.

El "bosque tenebroso", que señalaba el programa, estaba representado por unos arbustos en maceta, tela verde en el suelo y al fondo una caverna. Esta caverna tenía por techo una percha y por paredes unos abrigos; dentro había un hornillo encendido con una olla negra, sobre ésta se encorvaba la bruja. El escenario estaba a oscuras, por lo que el resplandor del hornillo causaba un gran efecto. Especialmente cuando, al destapar la olla la bruja, salió vapor de verdad.

Tras un momento de pausa, entró Hugo, el villano, con espada al cinto, barba negra, capa y botas. Después de andar de un lado para otro muy agitado, se golpeó la frente y cantó una melodía salvaje, acerca de su odio a Rodrigo y su amor por Zara, y su decisión de matar a uno para conquistar la mano de la otra.

Los rudos tonos de la voz de Hugo causaron una fuerte impresión en el público, que aplaudió en cada pausa. Se inclinó como quien está acostumbrado a los aplausos, fue a la caverna y ordenó salir a Hagar con estas palabras: "¡Hola, bruja, te necesito!" Meg salió con la cara enmarcada con crin de caballo gris, un traje rojo y negro, un bastón y signos cabalísticos sobre la capa. Hugo le pidió un brebaje para que Zara se enamorase, y otro para deshacerse de Rodrigo. Hagar, con

una dramática melodía, prometió los dos y se puso a invocar al espíritu que traería el filtro mágico del amor.

Sonaron acordes melódicos, surgió del fondo de la caverna una figura pequeña en blanco y nebuloso, alas brillantes, cabello rubio y con una corona de rosas. Agitando su varilla y cantando, dejó caer un frasquito dorado a los pies de la bruja y se esfumó.

Otra canción de Hugo trajo a la escena una segunda aparición, un diablillo negro que arrojó un frasquito oscuro a Hagar, desapareciendo con una sonrisa burlona. Dio las gracias Hugo y se retiró. Hagar contó al público que como Hugo había asesinado a unos amigos suyos en el pasado, ella le había echado una maldición y haría fracasar sus planes para vengarse de él. Cayó el telón y el público descansó masticando caramelos y discutiendo los méritos de la obra.

Antes que el telón volviera a levantarse, se escuchó mucho martilleo; pero cuando apareció la escenografía, se veía verdaderamente maravillosa. Una torre se elevaba al cielo; a la mitad de su altura, una ventana y en ella una lámpara. Detrás de una cortina apareció Zara, vestida de azul con encajes de plata, esperando a Rodrigo. Este llegó de sombrero emplumado, capa roja, una guitarra y, por supuesto, las botas. Al pie de la torre cantó una serenata de amor. Después de un diálogo musical, ella consintió en fugarse con él. Entonces vino la parte de mayor efecto del drama. Rodrigo sacó una escala de cuerdas, le arrojó un extremo hasta la ventana y por ella descendió Zara, tímidamente, olvidándose —¡pobrecilla!— de la cola de su vestido. Esta se enganchó en la ventana; la torre se tambaleó, inclinándose hacia delante, y cayó con gran estruendo, sepultando a los infortunados amantes.

Un grito general se alzó cuando las botas salieron de entre las ruinas, y una cabeza rubia surgió, exclamando: "¡Ya te lo decía yo! ¡Ya te lo decía yo!"

Con gran presencia de ánimo, don Pedro, el cruel padre de Zara, apareció en escena para sacar a su hija de entre las ruinas, mientras decía:

—¡No se rían! ¡Hagan como si nada hubiera pasado!

Luego mandó a Rodrigo que se levantara y lo desterró del reino. Pero éste desafió al anciano caballero y se negó a marcharse. Esto animó a Zara, y ella también desafió a su padre, el cual los mandó encerrar en los calabozos más profundos del castillo.

El tercer acto ocurría en la sala del castillo. Hagar apareció para liberar a los amantes y matar a Hugo. Entretanto, éste llenó dos vasos con las pociones y le ordenó al criado que se los llevara a los presos. Pero Hagar, oculta, cambió los vasos por otros sin veneno. Hugo, que tenía sed, tomó una de las copas envenenadas y la bebió de un sorbo. Tras muchas convulsiones, he aquí que cae al suelo y muere, mientras Hagar le cuenta lo que ha hecho. Todo resultó sensacional, salvo que, al caer, al villano se le cayó su abundante cabellera.

En el cuarto acto apareció Rodrigo desesperado, a punto de darse una puñalada porque alguien le dijo que Zara lo había abandonado. Cuando el puñal estaba a punto de entrar en su corazón, una hermosa canción le dice que Zara le permanece fiel, pero que está en peligro. El valiente Rodrigo, rompiendo sus cadenas, corre a salvar a su amada.

El quinto acto empieza cuando don Pedro exige que su hija se haga monja, pero ella se niega y está a punto de desmayarse cuando entra Rodrigo y pide su mano. Don

Pedro lo rechaza porque no es rico. Gritan y gesticulan terriblemente; de pronto, en medio de la discusión, entra el criado con una carta y un saco de parte de Hagar, que ha desaparecido misteriosamente. La carta dice que la bruja lega su fabulosa fortuna a la pareja. Se abre el saco, y cae una lluvia de monedas. Esto ablanda al severo padre; da su consentimiento, todos se juntan en alegre coro mientras cae el telón.

Estallaron calurosos aplausos, que se interrumpieron cuando la cama que servía de palco se vino abajo, dejando aprisionadas a las espectadoras. Rodrigo y don Pedro acudieron a salvarlas y nadie resultó herido, aunque no podían hablar de la risa.

Apenas se calmaron, apareció Hanna diciendo que la señora March les pedía que bajaran a cenar.

Cuando vieron la mesa, todas se miraron asombradas. En ella había helados, pasteles, torta, frutas y cuatro ramos de flores. Como en los tiempos de abundancia.

—¿Han sido las hadas? —preguntó Amy.

—Ha sido mamá —dijo Meg.

—La tía March ha tenido un impulso generoso —supuso Jo.

—Están equivocadas —respondió la señora March—. Lo envió el señor Laurence.

—¿El abuelo del muchacho Laurence? ¿Y cómo se le ocurrió, si no lo conocemos? —preguntó Meg.

—Hanna contó a una de sus empleadas lo que ocurrió con el desayuno. Es un señor extraño, pero eso le gustó. Conoció a mi padre hace muchos años y esta tarde me envió una carta para decirme que le permitiera expresar su alegría mandándoles unos dulces.

—Fue el muchacho el de la idea. Es muy simpático y me gustaría que fuéramos amigos, pero es tímido y Meg es tan correcta que no me deja hablarle cuando nos encontramos —comentó Jo.

—¿Hablan de la gente que vive en la casa grande? —preguntó una de las chicas—. Mi madre conoce al señor Laurence, pero dice que es muy orgulloso y que no le gusta alternar con sus vecinos. El nieto pasa encerrado en la casa, cuando no sale a caballo o en compañía de su profesor. No viene a nuestras fiestas. Es amable, pero nunca nos habla.

—Nuestro gato se escapó una vez y él lo devolvió —dijo Jo—. Hablamos por encima de la cerca, hasta que vio a Meg y desapareció.

—Me gustan sus modales. Es un caballero —comentó la señora March—, así que no me opongo a que sean amigos. El trajo las flores, y lo habría invitado a entrar si hubiera estado segura de lo que ocurría arriba.

—Me alegro de que no lo hicieras —dijo Jo, mirando sus botas—. Pero otra vez representaremos una obra a la que él pueda venir. Quizá quiera participar, ¡sería divertido!

—Primera vez que me envían flores. ¡Qué bonitas son! —exclamó Meg.

—Son preciosas —dijo la señora March—, pero yo prefiero las rosas de Beth.

Beth abrazó a su madre murmurando:

—Me gustaría enviarle un ramo a papá. Me temo que él no está pasando una Navidad tan feliz como nosotras.

3

LA FIESTA DE AÑO NUEVO

—¡Jo! ¿Dónde estás? —gritó Meg, al pie de la escalera que conducía a la buhardilla.

—¡Aquí! —respondió desde arriba una voz algo ronca.

Subió Meg y arriba encontró a su hermana comiendo manzanas ante una novela. Envuelta en una manta y sentada al lado de la soleada ventana. Era su refugio predilecto, allí se iba para gozar de la tranquilidad.

—¡Qué te parece! La señora Gardiner nos invita para mañana por la noche —exclamó Meg, agitando la tarjeta de invitación que leyó con alegría—. Pero ¿qué nos pondremos?

—¿Para qué preguntas? Nuestros vestidos de muselina, porque no tenemos otros.

—¿Si tuviera un traje de seda! —suspiró Meg—. Mamá dice que podré tenerlo cuando cumpla dieciocho años, pero dos años es una eternidad.

—Estoy segura de que nuestros vestidos parecerán de seda. Son lindos, sobre todo el tuyo, que está como nuevo; mas el mío tiene una quemadura muy visible.

—Tendrás que estar sentada para que no te vean la espalda. Por delante está bien. Me pondré una cinta azul en el pelo, el alfiler de perlas de mamá y mis zapatos nuevos. Mis guantes están pasables.

—Los míos están manchados con jugo —observó Jo—, y como no puedo comprar otros, iré sin ellos.

—Si no llevas guantes, no voy —gritó Meg—. Los guantes son lo más importante y no puedes bailar sin ellos. ¿No puedes arreglarlos de algún modo?

—Puedo tenerlos apretados en la mano, así nadie verá las manchas. ¡No! ¡Ya sé cómo arreglarlo: cada una se pondrá un guante bueno y llevará el otro en la mano.

—Tus manos son más grandes que las mías y deformarás mis guantes —se lamentó Meg.

—Entonces iré sin guantes. No me interesa lo que diga la gente —gritó Jo volviendo a su libro.

—Bueno, te lo prestaré, pero no lo ensucies y pórtate bien. No pongas las manos tras la espalda ni mires fijamente a nadie.

—No te preocupes. Me portaré como una señorita. Ahora contesta la invitación y déjame terminar esta historia.

La noche de Año Nuevo la sala estaba vacía, porque las hermanas menores ayudaban a las dos mayores, que se preparaban para la fiesta. Aunque sus vestidos eran sencillos, había mucho ir y venir, conversar y reír. De pronto la casa olió a pelo quemado.

Meg quería hacerse unos rizos y Jo se ofreció a retorcerle con las tenazas el pelo atado con papeles.

—¿Tiene que oler así? —preguntó Beth con preocupación.

—Es la humedad —explicó Jo.

—¡Qué extraño! ¡Huele a plumas quemadas! —observó Amy, arreglando sus rizos con aire de superioridad.

—¡Ahora quitaré los papeles y verás qué rizos! —anunció Jo, dejando las tenazas.

Quitó los papelitos, pero no aparecieron los rizos esperados, porque el pelo salió con ellos.

—¡Oh! ¿Qué hiciste? ¡Me arruinaste el pelo! ¡No podré ir! ¡Mi pelo! ¡Mi pelo! —exclamó Meg, mirando los rizos desiguales sobre su frente.

—¡Es mi mala suerte! No debiste pedirme que te encrespara, sabes que todo lo echo a perder. Lo siento, pero es que las tenazas estaban demasiado calientes —suspiró Jo, mirando con lágrimas el cabello chamuscado.

—Tiene remedio —consoló Amy—. Ponte una cinta de manera que los extremos caigan hacia la frente y seguirás la moda. He visto a muchas chicas hacerlo.

—Me lo merezco, por tratar de verme más bonita. Debería haberlo dejado como lo tenía —se quejó Meg.

—Lo mismo digo. ¡Era tan liso y hermoso! Pero pronto te crecerá de nuevo —dijo Beth, besando y consolando a la oveja esquilada.

Después de otros contratiempos menos graves, Meg terminó su arreglo con la ayuda de toda la familia. Jo arregló su propio pelo y se puso su vestido. Las jóvenes lucían muy bien con sus vestidos sencillos. Meg, de gris y plateado con una cinta azul, vuelos de encaje y el prendedor de perlas. Jo, de café claro, con un gran cuello y unos crisantemos blancos como adorno. Cada una se puso un guante bonito y limpio, llevando en la otra mano el sucio. A Meg los zapatos de tacos altos le quedaban muy ajustados y le lastimaban, aunque no

quería reconocerlo. A Jo le parecía llevar clavadas en la cabeza las diecinueve horquillas que sujetaban su moño, pero ¿cómo remediarlo? Hay que ser elegante o morir.

—¡Que se diviertan mucho! —les dijo la señora March cuando salían—. No coman demasiado en la cena y regresen a las once. Mandaré a Hanna por ustedes.

Cuando cerraban la puerta de la reja, una voz les gritó desde la ventana:

—Niñas, ¿llevan lindos pañuelos?

—Sí, sí, y el de Meg huele a agua de Colonia —gritó Jo, riéndose—. Creo que mamá nos lo preguntaría aunque estuviéramos escapando de un terremoto.

—Es uno de sus gustos aristocráticos, y tiene razón porque una verdadera señora se distingue siempre por sus zapatos limpios, los guantes y el pañuelo —respondió Meg, muy segura.

—No te olvides de disimular la quemadura de tu vestido, Jo.

—¿Cómo está mi peinado? ¿Está bien mi cinturón? —dijo Meg, al mirarse en el espejo en el tocador de la señora Gardiner.

—Sé que me olvidaré de todo. Si hago algo mal, avísame con un guiño —respondió Jo, cepillando su pelo.

—No, una señorita no guiña. Levantaré las cejas si haces algo incorrecto, o inclinaré la cabeza si te portas bien. Ahora mantén tus hombros derechos y da pasos cortos y no des la mano si te presentan a alguien, no se debe hacer.

—¿Cómo aprendes esas reglas? Yo jamás aprenderé. ¡Qué alegre está la música!

Bajaron asustadas, porque rara vez iban a fiestas y ésta para ellas era un acontecimiento. La señora Gardiner las encargó a la mayor de sus hijas, Sallie, que ya conocía a Meg, por lo que ésta se sintió en confianza. Pero Jo, a quien no le

gustaba la compañía ni la conversación de las muchachas, quedó arrimada a una pared, tan desorientada como un potro en un jardín. En otro lugar de la sala, unos muchachos hablaban de patines, y Jo deseaba acercarse a ellos, ya que patinar era uno de sus mayores placeres. Telegrafió sus intenciones a Meg, pero las cejas de su hermana se arquearon de tal manera, que no osó moverse. Nadie vino a conversar con ella, y poco a poco se fue disolviendo el grupo más próximo a la joven, hasta dejarla sola. No podía ir de un lado a otro para divertirse, porque mostraría la quemadura de su falda, así que se quedó mirando a la gente hasta que empezó el baile.

Meg fue invitada inmediatamente, y los zapatos estrechos saltaban tan alegremente que nadie hubiera sospechado lo que la hacían sufrir.

De pronto Jo vio a un muchacho alto y pelirrojo que se acercaba a su rincón, y ante el temor de que la sacara a bailar, se escondió detrás de una cortina con la esperanza de seguir espiando a los bailarines. Desgraciadamente, otra persona había escogido el mismo sitio y se encontró cara a cara con Laurence.

—¡Perdón! —balbuceó Jo, dispuesta a salir tan rápidamente como había entrado—. No sabía que hubiera alguien aquí.

Pero el muchacho se rió y dijo amablemente:

—No se preocupe por mí, quédese si quiere.

—¿No lo molesto?

—Ni lo más mínimo. Vine aquí porque no conozco casi a nadie y me sentí extraño.

—Y yo también. No se vaya, por favor, a menos que lo desee.

El joven volvió a sentarse con la vista baja, hasta que Jo, que quería parecer amable, dijo:

—Creo que he tenido el gusto de verlo antes. ¿Vive cerca de nosotros?

—Al lado —contestó él y se rió, acordándose de que habían conversado por sobre la tapia cuando le devolvió el gato.

Eso puso a Jo en confianza, y también ella rió al recordarlo y dijo sinceramente:

—Disfrutamos mucho con su regalo de Navidad.

—Mi abuelo lo envió.

—Pero usted le dio la idea, ¿verdad?

—¿Cómo está su gato, señorita March? —preguntó el joven, tratando de mostrarse serio.

—Muy bien, gracias, señor Laurence. Pero no soy la señorita March. Soy Jo, solamente —respondió la joven.

—Ni yo soy el señor Laurence, soy Laurie.

—Laurie Laurence. ¡Qué nombre más curioso!

—Mi primer nombre es Theodore, pero no me gusta, porque los muchachos me decían Dora, así que hice que me llamaran Laurie.

—Yo también odio mi nombre, ¡es muy romántico! Querría que todos me llamaran “Josefina” en lugar de Jo. ¿Cómo consiguió que no lo llamaran Dora?

—A palos.

—Yo no puedo pegarle a tía March, de manera que tendré que aguantarme.

—¿Le gusta bailar, señorita Josefina?

—Me gusta mucho cuando hay bastante espacio y animación. Pero aquí pisaría a más de alguien o haría alguna barbaridad. Así que evito el peligro y dejo a Meg que se luzca. ¿Y usted no baila?



—A veces. Pero he estado mucho tiempo en el extranjero y no conozco las modas de acá.

—¡En el extranjero! —exclamó la joven—. ¡Hábleme de eso! A mí me gusta mucho oír a la gente describir sus viajes.

Laurie no sabía por dónde empezar, pero las preguntas de Jo lo pusieron en buen camino, y le contó que había estado en un colegio en Vevey, donde nadie usaba sombrero, tenían botes en el lago y para divertirse durante las vacaciones viajaban a pie por Suiza en compañía de sus profesores.

—¡Cuánto me gustaría visitar Suiza! —exclamó Jo—. ¿Ha ido a París?

—Estuvimos allí el invierno pasado.

—¿Habla francés?

—En Vevey no nos permitían hablar otro idioma.

—Diga algo. Puedo leerlo, pero no sé pronunciarlo.

—*¿Quel nom a cette jeune demoiselle en les pantouffles jolies?* —preguntó el muchacho.

—Usted dijo: ¿Quién es la señorita de los zapatos bonitos?

—*Oui, mademoiselle.*

—Es mi hermana Meg y usted lo sabe. ¿La encuentra linda?

—Sí, me recuerda las chicas alemanas, tan fresca y tranquila, y baila como una dama.

Jo se sonrojó al oír tal elogio. Se lo contaría a su hermana. Siguieron conversando hasta que se sintieron viejos amigos.

Pronto Laurie perdió su timidez, porque la manera varonil de Jo lo divertía mucho y ella recobró nuevamente su alegría, porque se olvidó de su vestido y nadie le arqueaba las cejas. Le gustaba el muchacho Laurence más que nunca. Lo miró

sin que él se diera cuenta para describírselo a sus hermanas. Como no tenía hermanos y pocos primos, los jóvenes eran para ella criaturas casi desconocidas.

Pelo negro y ondulado, cutis oscuro, ojos grandes y negros, nariz larga, dientes bonitos, las manos y los pies pequeños, alto, muy cortés para ser un muchacho, y divertido. ¿Qué edad tendrá? Jo tenía la pregunta en la punta de la lengua, pero se controló a tiempo y, con un tacto raro en ella, trató de descubrirlo de una manera indirecta.

—Supongo que pronto irá a la Universidad. Ya lo veo machacando en sus libros; quiero decir, estudiando mucho —y Jo se sonrojó por el "machacando" que se le había escapado.

Laurie sonrió y respondió encogiendo sus hombros:

—Tardaré todavía dos o tres años, no iré antes de cumplir diecisiete.

—¿Pero no tiene usted más que quince años? —preguntó Jo, mirando al joven alto, a quien ella había supuesto diecisiete.

—Dieciséis el mes que viene.

—¿Cuánto me gustaría ir a la Universidad! Parece que a usted no le agrada la idea.

—La detesto, nada más que trabajar o divertirse, y no me agrada la manera que tienen de hacerlo en este país.

—¿Qué le gusta a usted?

—Vivir en Italia, divertirme a mi modo.

A Jo le habría gustado preguntarle cuál era su modo. Pero Laurie parecía molesto, así que la joven cambió de tema, diciendo:

—¡Qué linda polca! ¿Por qué no va a bailar? —preguntó Jo.

—Si usted me acompaña, voy.

—No puedo, porque le dije a Meg que... —y se detuvo.  
 —¿Por qué? —preguntó Laurie, interesado—. ¿No lo dirá?  
 —¡Jamás!  
 —¿Jamás?

—Bueno, tengo la mala costumbre de ponerme de pie junto al fuego y así quemó mis vestidos, como pasó con éste; a pesar de que está bien remendado, se nota un poco, y Meg me dijo que no me moviera para que nadie lo vea. Puede reírse si quiere, es muy chistoso...

Pero Laurie no se rió, bajó la mirada y dijo dulcemente:

—No haga caso de eso, le diré cómo nos la arreglaremos. Hay un pasillo grande donde podemos bailar sin que nadie nos observe. ¡Venga conmigo!

Jo le dio las gracias y lo siguió contenta, deseando tener dos guantes buenos cuando vio los que se puso su compañero.

El pasillo estaba vacío y bailaron una polca magnífica, porque Laurie lo hacía bien. Cuando terminó la música se sentaron en la escalera. Luego apareció Meg, que se había torcido un pie y casi no podía andar. Jo le propuso ir a buscar un coche.

—De ningún modo, son más de las diez y está oscuro. Descansaré hasta que venga Hanna. Búscame mis zapatillas. Ya no podré bailar. Nos iremos después de la cena.

—Ahora pasan al comedor, pero prefiero quedarme contigo —dijo Jo.

—No, ve a cenar y tráeme un café.

Jo se dirigió al comedor y consiguió una taza de café, el que derramó inmediatamente en su vestido, dejándolo tan mal como la espalda. Lo estaba limpiando con el guante bueno

de Meg, cuando una voz amistosa le ofreció su ayuda. Era Laurie, con una taza de café en la mano.

—Venía a buscar algo para Meg, que está muy cansada. Pero tropecé y estoy hecha una calamidad —respondió Jo.

—¿Qué lástima! Yo buscaba a alguien para darle esto. ¿Puedo llevárselo a su hermana?

Jo lo guió y Laurie, como si estuviera acostumbrado a atender a las damas, acercó una mesita y trajo otro café para Jo. Fue tan amable que aun la exigente Meg lo calificó de "muchacho simpático".

Pasaron un buen rato conversando y riéndose. Dos o tres jóvenes se unieron a ellos, hasta que llegó Hanna. Meg, olvidando su pie, se levantó tan rápidamente que lanzó un grito de dolor. Pidiendo a Jo que no dijera nada, bajó la escalera, Jo pidió a un empleado que buscara un coche, pero Laurie, que la escuchó, les ofreció el coche de su abuelo.

—Pero es temprano —comentó Jo— y usted no querrá irse aún.

—Siempre me voy temprano. Permítame llevarlas. Además llueve.

Laurie fue al lado del conductor, para que Meg pudiera descansar el pie en el asiento. Las chicas comentaron el baile a gusto.

—Anna Moffat, la amiga de Sallie —contó Meg—, me invitó a pasar una semana en su casa cuando vaya Sallie, que irá durante la primavera, cuando viene la ópera. Será magnífico, si mamá me da permiso.

—Te vi bailando con un pelirrojo del que me escapé. Parecía un saltamontes cuando daba un nuevo paso. Nos reímos mucho con Laurie.

Terminaban de comentarlo cuando llegaron a casa. Después de dar a Laurie las gracias por su gentileza, entraron con la esperanza de no despertar a nadie. Pero apenas crujió la puerta, aparecieron dos gorritos de dormir y dos voces soñolientas que preguntaron por la fiesta.

Jo había traído algunos dulces para las hermanitas, las que se durmieron después de oír lo más interesante.

—Me siento como una gran dama, regresando en coche y atendida por una doncella —dijo Meg, mientras Jo cepillaba su pelo.

## 4 CARGAS

A la mañana siguiente, las hermanas comentaban lo pesado que era reanudar sus obligaciones. ¡Me gustaría que siempre fuera Navidad y Año Nuevo! Aunque tal vez no sería tan divertido, sin alternar diversiones con sus cargas, como ambas llamaban a su trabajo. Jo acompañaba a la solitaria tía March y Meg debía cuidar de cuatro niños mimados, lo que no le dejaba ánimos ni para arreglarse.

—De qué sirve acicalarse cuando sólo me ven esos chiquillos. Si no fuera porque de vez en cuando tenemos algo de diversión, pronto me convertiría en una vieja fea y agria.

Este era el ánimo de Meg cuando bajó a tomar desayuno. Las demás no estaban mejor, todas parecían desconcertadas y dispuestas a quejarse. Beth tenía dolor de cabeza y, tendida en el sofá, trataba de consolarse con la gata y los gatitos. Amy estaba preocupada porque no había estudiado su lección. Jo silbaba y hacía ruido mientras se arreglaba. La señora March parecía muy ocupada escribiendo una carta, y hasta Hanna estaba de mal humor con la trasnochada.

—¡Niñas! ¡Cállense un minuto! Tengo que despachar esta carta por el primer correo y no me dejan terminar con tanto ruido.

Hubo un momento de silencio, interrumpido por Hanna que traía unos pastelillos, único almuerzo de las chicas, que casi nunca volvían a casa antes de las tres.

—Que te mejores, Beth, y cuida tus gastos. Adiós, mamá, volveremos hechas unos ángeles. Vamos, Meg —dijo Jo al despedirse.

Cuando el señor March perdió su dinero por ayudar a un amigo, las dos chicas mayores pidieron que se les permitiera trabajar, para cooperar a su mantención. Meg entró de institutriz, y se sentía rica con su pequeño sueldo, aunque tenía que pasar parte del día viendo la prosperidad de los King, en cuya casa había cuanto ella podía desear. Veía cómo sobraba y se malgastaba el dinero que para ella hubiera sido de mucha utilidad.

Por otro lado, Jo resultó ser útil para la tía March, que estaba coja y necesitaba una persona que la cuidara. Como no tenía hijos, la anciana había ofrecido adoptar a una de las chicas, pero la oferta fue rechazada y quedó muy molesta. Por un tiempo ni siquiera quiso saber de ellos, pero en una ocasión se encontró con Jo en casa de una amiga y tanto le llamaron la atención su cara cómica y sus rudas maneras, que ofreció tomarla como dama de compañía. Esto no agradaba a Jo, pero no había nada mejor y decidió aceptar, con sorpresa de todo el mundo.

De vez en cuando estallaban tempestades y Jo volvía a casa jurando no regresar jamás donde su tía, pero ésta volvía a llamarla. Ante su insistencia, Jo regresaba, porque a pesar de todo, había algo amable en la vieja señora.

Quizá la verdadera atracción era una gran biblioteca de la casa, abandonada al polvo y a las arañas desde la muerte del tío March. Tan pronto como comenzaba su siesta la tía, Jo corría allí y devoraba novelas, poesías, viajes o historias, como un ratón de biblioteca, hasta que era interrumpida por la voz de la tía que gritaba: "¡Jo! ¡Jo!" Entonces volvía a la realidad para devanar lana, bañar el perro o leer durante horas aburridos y sesudos libros.

Beth era demasiado tímida para ir al colegio. Lo había intentado, pero, como sufría tanto, abandonó la idea, y ella estudiaba las lecciones en casa con su padre. Aun después que él se fue, y cuando su madre tenía que dedicar su tiempo a las sociedades para la ayuda a los soldados, Beth continuó estudiando sola, haciendo lo mejor que podía. Era hogareña y ayudaba a Hanna a tener la casa limpia y cómoda para las trabajadoras, sin pensar en más recompensa que la de ser amada por su familia. Pasaba días largos y tranquilos, pero no solitaria ni ociosa, porque su pequeño mundo estaba poblado de amigos imaginarios y ella, por su manera de ser, era una abeja trabajadora. Tenía seis muñecas que levantar y vestir cada mañana, porque Beth era todavía una niña. Las quería a todas por igual, ninguna era su favorita. Entre ellas no había ninguna perfecta y bonita, todas habían sido desechadas cuando la niña las adoptó. Eran de sus hermanas mayores, pero luego pasaron a ella, porque Amy no quería nada que fuera viejo o feo.

Beth las cuidaba con cariño, por lo mismo, y construyó un hospital para muñecas enfermas. Jamás clavaba alfileres en sus corazones de algodón, ni les hablaba fuerte, ni las golpeaba. Aun la más fea de ellas no podía quejarse por falta de cuidado. Les daba de comer y las acariciaba a todas.

Un pedazo de muñeca que había sido abandonada por Jo, después de una vida llena de maltratos, fue dejada en el saco de los trapos, de donde Beth la rescató llevándola a su hospital. Como le faltaba la parte superior de la cabeza, le puso un lindo gorro y, como no tenía brazos ni piernas, la envolvió en una manta y le dio la mejor cama, como a una enferma crónica. El cuidado que le daba a esta muñeca era conmovedor, aunque causara risa. Le traía flores, le leía cuentos, la sacaba a pasear, la arrullaba con canciones de cuna y nunca se acostaba sin antes besar su cara sucia y susurrarle cariñosamente: "Que pases una buena noche".

Beth tenía sus penas como las demás, y a menudo le caían unas "lagrimitas", como decía Jo, porque no podía estudiar música ni había un buen piano. Pero le gustaba la música y trataba de aprender en el viejo instrumento de la casa. Merecía que alguien la ayudara —la tía March, por ejemplo—, pero nadie lo hacía, y Beth seguía trabajando y cantando como una alondra para distraer a su mamá o a sus hermanas, llena de esperanza.

Si le hubieran preguntado a Amy cuál era su pena más grande, habría contestado: "Mi nariz". Y esto porque, cuando era pequeña, Jo la dejó caer por casualidad en el cajón del carbón, y la niña insistía en que la caída había arruinado para siempre su nariz. Le quedó algo chata, y por más que se la estiraba no podía darle una punta aristocrática. Sólo ella le daba más importancia de la que debía, y la nariz hacía por su parte todo lo posible por crecer. La niña se consolaba dibujando horas enteras bellas narices.

"El pequeño Rafael", como la llamaban sus hermanas, tenía un gran talento para dibujar, su felicidad era copiar flores, diseñar hadas o ilustrar cuentos. Su profesor se quejaba de

que sus cuadernos estaban llenos de dibujos y de caricaturas muy cómicas. Era estudiosa y tenía buena conducta. Sus compañeras la querían por su buen genio. Además tocaba el piano, tejía y leía el francés. Tenía una manera lastimera de decir: "Cuando papá era rico hacíamos tal o cual cosa", que conmovía a cualquiera, y sus amigas consideraban sus palabras "escogidas" como muy elegantes.

Amy estaba a punto de malcriarse con los mimos de todos, pero había algo que apagaba su vanidad: tenía que usar los vestidos de su prima Florence, y como la mamá de ésta era de muy mal gusto, Amy sufría mucho el tener que ponerse esa ropa.

—Mi único consuelo —dijo a Meg, con los ojos llenos de lágrimas— es que mamá no acorta mis vestidos cuando me porto mal, como lo hace la madre de María Parks. Es verdaderamente atroz, porque algunas veces se porta tan mal que el vestido no le tapa las rodillas y no puede ir al colegio. Cuando pienso en esta "degradación" creo que puedo soportar hasta mi nariz chata y el vestido morado con lunares amarillos.

Meg era la confidente y consejera de Amy, como Jo lo era de la dulce Beth. Las hermanas mayores eran muy amigas, pero ambas habían tomado a una de las pequeñas bajo su protección y cuidado, lo que ellas llamaban "jugar a madres".

—¿Tiene alguna de ustedes algo que contar? He tenido un día tan triste, que estoy ansiosa por un poco de diversión —dijo Meg mientras cosían.

—A mí me pasó algo gracioso con la tía hoy —comentó Jo, a quien le gustaba narrar historias—. Estaba leyendo un interminable libro para tía March y como de costumbre ella se quedó dormida. Entonces saqué mi entretenida novela y me puse a

leer con un ojo en el libro y otro en la tía. Había llegado al punto donde todos caen al agua, en eso me descuidé y solté una carcajada. La tía se despertó y como afortunadamente su humor mejora después de su siesta, me dijo que le leyera un poco. Leí lo mejor posible y le gustó, porque me dijo:

“-No entiendo nada de eso, comienza desde el principio, niña”.

Procuré hacer los primeros capítulos muy interesantes. En un momento tuve la picardía de detenerme en un punto crucial y decir tímidamente:

“-Temo que la canse, señora, ¿no desea que deje de leer?”

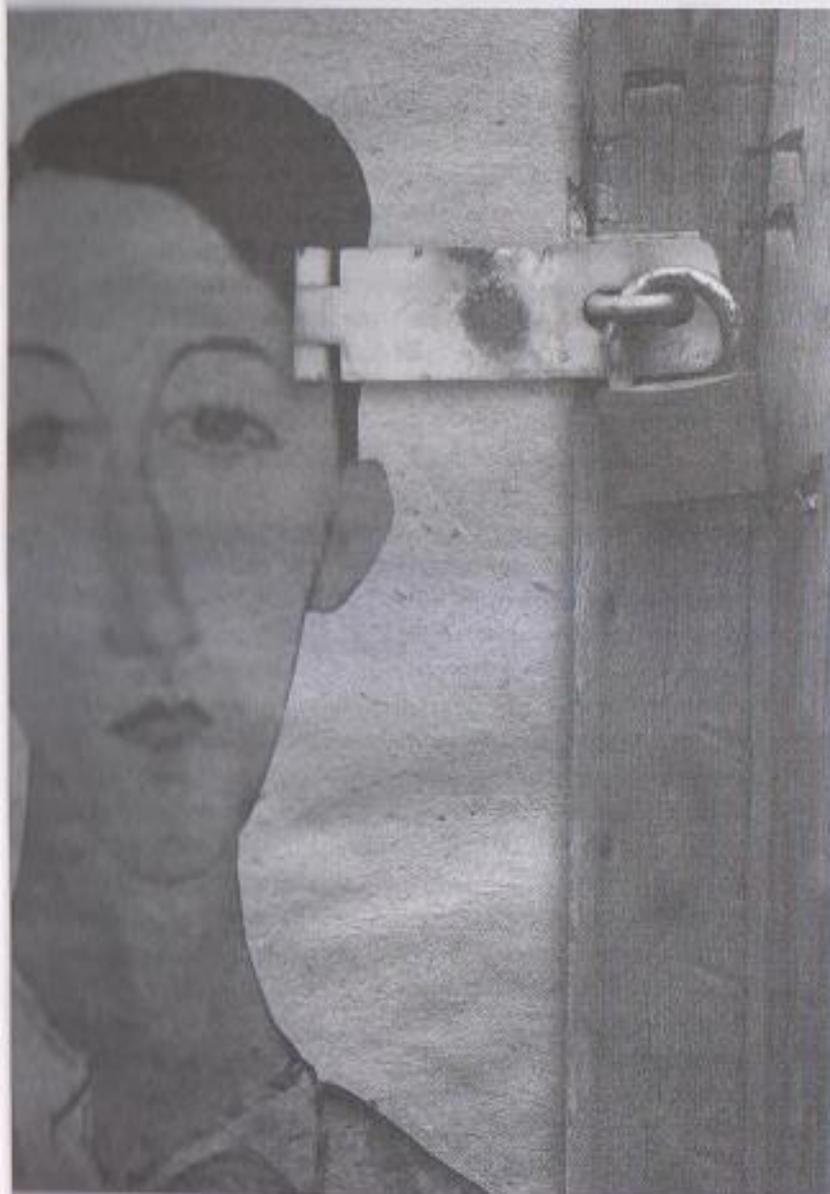
“-Termine y no sea impertinente, señorita -respondió”.

-¿Reconoció que le gustaba? -preguntó Meg.

-¡Por supuesto que no! Pero dejó descansar su viejo y latoso libro, porque cuando volví para buscar mis guantes esta tarde, ella estaba fascinada leyendo mi novela.

-Esto me recuerda -dijo Meg- que tengo algo que contar, aunque no es gracioso como el incidente de Jo. Hoy, en casa de los King todos estaban preocupados y una de las chicas dijo que su hermano mayor había hecho algo malo y que su padre lo había echado de la casa. Oía a la señora King llorar y al señor King hablar fuerte. Grace y Ellen volvieron la cara cuando pasaron junto a mí, para que no viera sus ojos enrojecidos. Naturalmente no pregunté nada, pero me dieron lástima, y estaba contenta de no tener hermanos rebeldes que hicieran cosas malas y deshonraran a la familia.

-Creo que pasar una vergüenza en el colegio es mucho peor que cualquier cosa que unos niños malos puedan hacer -dijo Amy, meneando la cabeza, como si tuviera una larga experiencia de la vida-. Hoy Susie Perkins llevó al



colegio un anillo de coralina roja muy lindo. Me gustó tanto, que deseé que fuera mío. Pues bien, ella dibujó en clase una caricatura del señor Davis, con una nariz enorme y una joroba, y diciendo –como él lo hace–: “Señoritas, ¡las estoy viendo!” Estábamos riéndonos del dibujo cuando súbitamente el profesor nos observó y mandó a Susie que llevara su pizarra. Estaba paralizada de susto, pero fue. ¿Y qué piensan que hizo él? ¡La tomó de una oreja! La hizo pararse en la tarima con el dibujo para que todas lo viéramos durante media hora.

–¿No se rieron las chicas cuando vieron la caricatura? –preguntó Jo.

–¿Reír?, ni pensarlo. Se quedaron tan tranquilas como ratoncitos, y Susie lloró a mares, lo sé. Ya no la envidiaba, porque millones de anillos de coralina no hubieran podido hacerme feliz después de eso.

–Esta mañana vi una cosa que me agradó mucho –comentó Beth, mientras ordenaba el canasto de Jo–. Cuando fui a comprar almejas, el anciano señor Laurence estaba en la pescadería, pero no me vio, pues conversaba con el pescadero, el señor Cutter. En eso entró una mujer con un balde y una escoba y se ofreció para hacer alguna limpieza a cambio de un poco de pescado, porque no tenía nada que dar de comer a sus hijos. El señor Cutter que estaba muy ocupado dijo que no de muy mal humor. Ya se iba la mujer con aire de tristeza, cuando el señor Laurence levantó un gran pescado con la punta encorvada de su bastón y se lo pasó. Ella estaba tan contenta y sorprendida, que abrazó al pescado y no se cansaba de dar gracias al señor Laurence. ¡Ande, vaya a cocinarlo, señora!, le dijo él, y ella se marchó dichosa.

Después que comentaron la historia de Beth, pidieron a la madre que les contara otra. Esta, luego de pensar un momento, dijo:

–Había una vez cuatro niñas que tenían lo suficiente para comer y vestirse, algunas comodidades, buenos amigos, padres que las amaban y aún no estaban contentas. (En este punto las oyentes se miraron a hurtadillas y se pusieron a coser rápidamente). Eran buenas y, sin embargo, no dejaban de pensar en tener esto o aquello. Un día le preguntaron a una anciana qué encantos podrían hacer para ser felices, y ella les contestó: “Cuando se sientan descontentas, piensen en lo que ya tienen y den gracias”. Las chicas siguieron el consejo, y quedaron sorprendidas al ver lo ricas que eran. Una descubrió que el dinero no evita que la vergüenza y la tristeza entren en casa de los ricos; otra, que aunque pobre, era mucho más feliz con su juventud que cierta señora, vieja y descontenta, que no sabía gozar de su dinero; una tercera, que ayudaba en la cocina, comprobó que ello era mejor que pedir limosna, y la cuarta, que los anillos de coralina no eran de tan gran valor como una buena conducta. Así, acordaron dejar de quejarse, y gozar de lo que ya tenían y tratar de merecerlo. Y creo que nunca se arrepintieron de seguir el consejo de la anciana.

–Mamá –dijo Meg–, me gusta cómo nos has mostrado la moraleja de nuestras vidas.

–Necesitábamos esa lección y no la olvidaremos. Si lo hacemos, repetiremos como la vieja Cloe en “El Tío Tom”: pensad en vuestras bendiciones, niños; pensad en vuestras bendiciones –susurró Jo, que no podía resistir la tentación de hacer un chiste, aunque fuera un sermón.

## 5 BUENOS AMIGOS

-¿Qué locura te has propuesto ahora, Jo? -preguntó Meg, una tarde de nieve al ver a su hermana cruzar el vestíbulo dispuesta a salir.

-Salgo para hacer ejercicios -respondió Jo, cerrando un ojo, maliciosamente.

-Deberías quedarte junto al fuego -dijo Meg, tiritando.

-Jamás sigo los consejos, no puedo permanecer quieta todo el día- repuso Jo, tomando la pala para abrir senderos en la nieve del jardín.

Una cerca separaba la casa de los March de la del señor Laurence. Ambas estaban en un barrio rural de la ciudad. A un lado se levantaba una antigua vivienda. Al otro lado se alzaba una gran casa de piedra que hacía pensar en la comodidad y el lujo; pero parecía una casa solitaria, rara vez se veía a alguien, con excepción del anciano señor y su nieto Laurie.

A los ojos de Jo era un palacio encantado, lleno de placeres y esplendores que nadie disfrutaba. Deseaba tanto ver esas maravillas y hacerse amiga de Laurence. Desde el baile había

aumentado este interés. Pero hacía tiempo que no lo divisaba, lo que la hizo pensar que se habría marchado, hasta que un día vio una cara triste mirando hacia el jardín de ellas, donde Beth y Amy jugaban con bolas de nieve.

"A ese muchacho le hace falta compañía y diversión -se dijo Jo-. Necesita de personas jóvenes y alegres".

Jo no perdía la esperanza de conocer la mansión por dentro, y esa tarde, en cuanto vio salir en coche al señor Laurence, abrió un sendero hasta la cerca, y se puso a inspeccionar. Todo estaba tan tranquilo, no se veía a nadie salvo una cabeza de pelo negro en la ventana de arriba.

"Ahí está" pensó Jo, y le tiró una bola de nieve a la ventana. El joven volvió la cabeza y sus ojos mostraban alegría. Jo lo saludó con una seña, mientras gritaba:

-¿Cómo le va? ¿Está enfermo?

El muchacho abrió la ventana y, con voz ronca, le contó que había tenido un resfrío, pero que ya estaba mejor aunque solo y muy aburrido. Además, aún no le permitían leer y si alguien lo hacía para él, era el abuelo, que apenas soportaba los libros que le interesaban.

-Y ¿por qué no invita a una muchacha amable que pueda leerle?

El joven tomó con entusiasmo la idea y pronto estaba ella haciéndole compañía.

-Aquí me tiene con mi equipaje -repuso Jo-. Mamá le manda saludos, Meg un poco de budín, Beth sus gatitos para que lo animen. ¡Qué hermosa habitación!

Laurie se alegró con los regalos y olvidó su timidez, aunque reconocía que su cuarto sería bonito si estuviera más ordenado.

—¡Eso tiene solución! —exclamó ella, y puso orden en pocos minutos, arregló los libros y los adornos en las repisas. Laurie la observaba en silencio. Al poco rato, estaba Jo sentada en una butaca conversando como cotorra.

—Beth dice que soy incapaz de callarme —confesó sonriendo.

—Beth es la de mejillas rosadas, ¿verdad? Meg es la bonita, y la del pelo rizado es Amy, ¿no es así? —preguntó Laurie, y luego contó a Jo que le gustaba verlas trabajar, conversar o jugar. Con las cortinas abiertas y la luz de las lámparas encendidas, mirarlas era un agrado, aunque también una indiscreción, de la que se disculpaba.

Jo respondió que no se preocupara, que las observara y que nunca más correrían las cortinas. Y que las visitara cuando quisiera. La charla continuó largo rato y luego recorrieron la casa hasta que llegaron a la biblioteca.

—¡Tantas cosas lindas! —exclamó Jo—. Theodore Laurence, usted debería ser el muchacho más feliz del mundo.

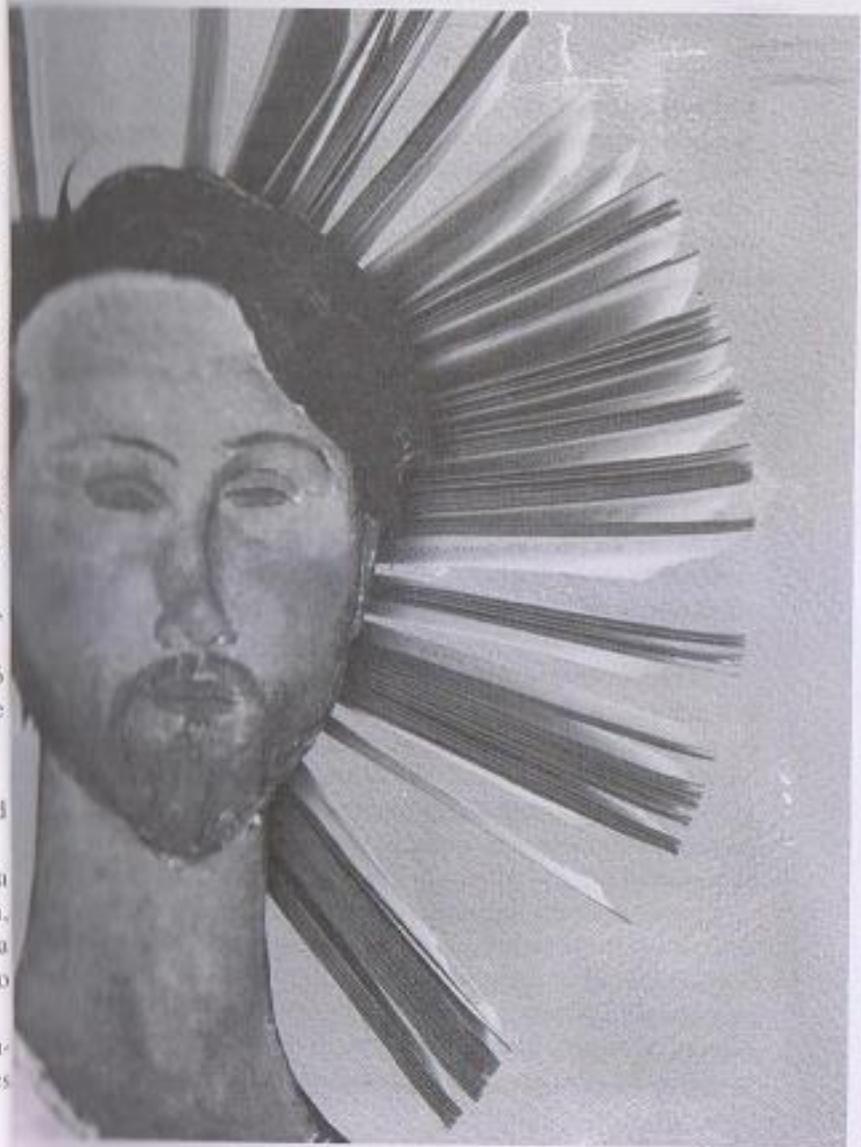
—No se vive sólo de libros —repuso Laurie, y no alcanzó a agregar más porque en ese instante sonó la campanilla de la puerta.

—¡Ay de mí! ¡Es su abuelo!

—¿Y qué importa? —dijo con picardía el joven—. Usted parece no temerle a nada, ¿verdad?

No era el abuelo sino el médico, que venía a visitar a Laurie. Este se disculpó por un momento y dejó a Jo sola, ante un magnífico retrato del anciano señor Laurence. Estaba observándolo, cuando se abrió nuevamente la puerta, y dijo muy decidida, sin volverse:

—En realidad, no tengo por qué temerle. Tiene ojos bondadosos, aunque el gesto de la boca parezca severo. No es



tan buen mozo como mi abuelo, pero me gusta.

—Muchas gracias, señorita —dijo una voz ronca a su espalda.

Se volvió espantada; frente a ella estaba el viejo señor Laurence. La pobre se puso roja y su corazón saltaba furiosamente. Se habría escapado, pero eso sería una cobardía y sus hermanas se reírían de ella, así es que decidió quedarse.

—¿Conque no me tienes miedo? —preguntó con voz aún más ronca.

—No, señor.

—¿Y piensas que no soy tan apuesto como tu abuelo?

—Así es, señor.

—Pero, a pesar de eso, ¿te gusto?

—Sí, señor...

Las respuestas de la muchacha agradaron al anciano que, tomándola de la barbilla, declaró que sin duda Jo tenía el mismo espíritu de su abuelo, aunque éste era verdaderamente buen mozo, además de valiente y honrado.

Luego, conversaron sobre Laurence y cómo ella creía que le hacían falta diversiones y compañía. A todas las hermanas les gustaría ayudar y ninguna olvidaría el magnífico regalo de Navidad. El abuelo ofreció su brazo a Jo y la invitó a tomar el té. Entonces apareció Laurie, corriendo escalera abajo, y los tres se sentaron a la mesa. El anciano, mientras se servían el té, habló poco.

Cuando se levantaron, Jo quiso despedirse, pero el joven la invitó al invernadero, que estaba iluminado en su honor. A ésta le pareció un lugar de hadas, con un aire tibio y húmedo, con grandes arbustos y plantas trepadoras y las paredes cubiertas de flores. El muchacho cortó unas bellas flores para la señora March, luego volvieron al salón, donde el abuelo se

encontraba ante el fuego de la chimenea. La atención de Jo se fue de inmediato hacia el piano de cola, que estaba abierto. El abuelo le propuso que tocara, pero Jo se disculpó.

—No sé tocar, pero me gusta la música.

Entonces, el joven se sentó a tocar, y Jo lo escuchaba, con la nariz hundida entre las flores del ramo que apretaba en sus manos. La muchacha elogió con entusiasmo a Laurie, hasta hacerlo enrojecer.

—Está bueno, señorita —dijo el abuelo—. No le convienen tantos elogios a este niño. No toca mal y espero que también haga otras cosas importantes.

Y así terminó la visita. El anciano despidió a la niña y le mandó sus saludos a la señora March. Laurie la acompañó hasta la puerta:

—¿Dije algo incorrecto? —preguntó Jo.

—No. Fue culpa mía. No le gusta oírme tocar el piano.

—¿Por qué?

—Algún día se lo diré.

Ya en casa, relató su aventura de la tarde. Pero la joven seguía intrigada con eso de que al abuelo no le gustaba que el muchacho tocara el piano.

—¿Por qué el abuelo se habrá molestado, mamá? —preguntó.

—Pienso que es porque el único hijo del señor Laurence se casó con una pianista italiana, lo que hirió el orgullo del anciano.

No quiso ver nuevamente a su hijo después del matrimonio. Desgraciadamente los padres de Laurie murieron muy jóvenes, y el abuelo se hizo cargo del nieto, nacido en Italia y delicado de salud. Por eso lo cuida tanto, teme perderlo.

El amor por la música seguramene Laurie lo heredó de su madre. Me imagino que el señor Laurence teme que quiera ser músico, además de que le recuerda a aquella mujer que él no quería.

Meg encontró aquello muy romántico, pero a Jo le pareció una tontería que no dejaran que Laurie fuera pianista si él quería serlo.

Y siguieron los comentarios sobre la visita, y todas estuvieron de acuerdo en tenerlo como amigo.

6

## BETH DESCUBRE EL HERMOSO PALACIO

**L**a casa grande era para ellas un hermoso palacio, aunque pasó un tiempo antes de que todas lo conocieran. A Beth le era difícil saltar las barreras que la separaban de ella. La más grande era el señor Laurence, pero después de que las visitó y tuvo una palabra graciosa para cada una, ninguna de ellas, salvo Beth, le tuvo miedo. Además estaba el hecho de ser ellas pobres y ellos muy ricos, pues no querían recibir favores que no podían devolver. Mas pronto se convencieron de que Laurie se consideraba beneficiado con esta sincera amistad y decidieron olvidar cualquier orgullo.

Todas querían al muchacho y éste confesó a su abuelo que las March eran unas excelentes muchachas. Con juvenil entusiasmo, las hermanas recibían al solitario joven y todas gozaban y se divertían con esta mutua amistad. Laurie no había conocido madre ni hermana y esto aumentaba la influencia de esa familia que, con su gran vitalidad, lo hacía avergonzarse de su propia indolencia. Le aburría estudiar y, en cambio, le interesaba la gente a tal punto, que su profesor,

el señor Brooke, tuvo que informar al señor Laurence que Laurie faltaba a sus clases por visitar a las March.

—No se preocupe —le respondía el abuelo—. Le hará bien un descanso y después se recuperará. La señora March piensa que estudia demasiado, y creo que tiene razón.

¡Qué bien lo pasaban! Hacían representaciones teatrales, paseos en patines o trineos, veladas donde los March o pequeñas fiestas en la casa grande. Meg podía pasearse por el invernadero, Jo devoraba los libros, Amy copiaba cuadros y gozaba con tanta belleza, mientras Laurie hacía de dueño de casa. Pero Beth, aunque deseaba el piano de cola, no tenía valor para ir hasta la mansión. Una vez fue con Jo, pero el viejo señor la recibió con una mirada fija y con un sonoro “¡ah!” que la dejaron aterrada. Se fue corriendo y juró no pisar más ese lugar.

El asunto llegó a oídos del señor Laurence, y en una de sus visitas, dirigió la conversación hacia la música. El interés de Beth fue más fuerte que el miedo y se acercó tímidamente hasta el anciano, que hablaba acerca de las lecciones y de los profesores de Laurie. Entonces, como si la idea acabara de ocurrírsele, dijo a la señora March:

—El muchacho ha descuidado su música, y me alegro, pero, por otra parte, el piano se perjudica por falta de uso. ¿No querría alguna de sus hijas practicar en él?

Beth dio un paso y apretó sus manos para no aplaudir.

—No necesitan ver o hablar a nadie —agregó el anciano—, pues yo me encierro en mi estudio, Laurie pasa mucho tiempo fuera y las empleadas no se acercan al salón.

Al decir esto, se levantó para irse y añadió:

—Hágame el favor de repetir esto a las niñas.

Beth, sin poder contenerse, exclamó:

—¡Señor Laurence! A mí me gusta muchísimo la música y si no molestaré...

—¿Conque tú eres la aficionada a la música? —preguntó él—. Anda y haz todo el ruido que quieras, que nadie te oirá.

Al día siguiente, tan pronto vio salir al abuelo y a su nieto, Beth fue a casa del señor Laurence, entró por una puerta lateral y se encaminó como un ratoncito hasta el salón. Por casualidad había sobre el piano algunas piezas fáciles de música. Tocó con toda su alma, hasta que Hanna la vino a buscar para la comida.

Desde entonces fue todos los días, segura de no ser vista ni oída.

Pero no sabía que muchas veces el señor Laurence abría la puerta de su estudio para escucharla; que Laurie se preocupaba de que nadie la interrumpiera y de que nuevas canciones fueran puestas allí para que ella practicara.

—Mamá, quiero hacer un par de zapatillas para el señor Laurence. Es tan amable conmigo, que deseo demostrarle mi agradecimiento, ¿qué te parece?

—Sí, querida. Le gustará, y será una buena manera de darle las gracias. Entre todas te ayudaremos.

Después de largas discusiones con Meg y Jo, eligieron el modelo, compraron los materiales y comenzaron las zapatillas. Cuando estuvieron terminadas, Beth escribió una carta y con la ayuda de Laurie logró ponerlas en el estudio del abuelo antes de que éste se levantara.

Beth esperó los resultados, pero pasó un día y otro sin que hubiera respuesta, y ella comenzó a temer que hubiera ofendido a su complicado amigo. En la tarde del segundo día

salió para hacer un mandado. Al regresar vio desde la calle a cuatro cabezas que se asomaban en la ventana de la sala, y luego oyó voces alegres que le gritaban:

—¡Carta del anciano señor para ti! ¡Ven corriendo!

Cuando llegó a la puerta, sus hermanas la llevaron procesionalmente hasta la sala.

—¡Mira! ¡Mira!

Beth palideció de alegría y de asombro al contemplar en la sala un pequeño piano vertical, con una carta dirigida a la "señorita Elizabeth".

—¿Para mí? —preguntó Beth, creyendo desmayarse.

—¡Sí, para ti, querida! ¿No es fabuloso lo que ha hecho el señor Laurence? La llave está dentro de la carta. ¡Abrela! Nos morimos por saber qué dice —gritó Jo, abrazando a su hermana.

—Léela tú, yo no puedo, me siento extraña. ¡Qué hermoso es!

Jo abrió el sobre y comenzó a reír mientras leía las primeras palabras:

*Estimada señorita March:*

*En mi vida he tenido muchos pares de zapatillas, pero ninguno que me quedara tan bien como el suyo. Los pensamientos son mis flores favoritas y éstos me harán recordar a la persona que los bordó. Me gusta retribuir las atenciones, y sé que usted le permitirá al "anciano caballero" enviarle algo que perteneció a la nieta que perdió. Con profundo agradecimiento y buenos deseos, la saluda su eterno servidor.*

*James Laurence.*

—¡Beth, es un gran honor para ti! —exclamó Jo, calmando a su hermana, que temblaba de emoción—. Laurie me contó que el señor Laurence adoraba a esa nieta que murió y guarda todas sus cosas. ¡Y a ti te regala su piano! ¡Mira lo que te pasa por tener grandes ojos azules y gustarte la música!

—¡Tócalo, hija! —dijo Hanna.

Beth tocó el piano y a todas les pareció extraordinario.

—Tendrás que ir a agradecerle —propuso Jo, en broma, porque no se imaginaba que Beth se atreviera a hacerlo.

—Sí, lo haré, y de inmediato, antes que me dé miedo —dijo Beth, y ante el asombro de todos salió al jardín, atravesó la cerca y llegó a la casa de los Laurence.

—¡Si no lo veo, no lo creo! —exclamó Hanna—. ¡El piano la ha trastornado!

Más se hubieran sorprendido si hubieran visto cómo Beth, ya en la casa, golpeó la puerta del estudio y, cuando la ronca voz respondió "¡adelante!", entró, se acercó al señor Laurence, le extendió la mano mientras decía con su voz temblorosa:

—He venido a agradecerle su...

Pero no pudo continuar, porque la dulce sonrisa del anciano la hizo olvidarse del discurso. Se acordó, tan sólo, de que había perdido a su nieta, y sin pensarlo, le echó los brazos al cuello y lo besó.

Si el techo de la casa hubiera volado en ese momento, no habría sido mayor la sorpresa del anciano. Le gustó tanto ese beso, que desapareció su brusquedad y tomando a la chica la sentó sobre sus rodillas y juntó su rostro al de ella. Y fue como si tuviera nuevamente a su nieta. Beth perdió el miedo y se quedó allí, charlando con él como si lo hubiera conocido toda la vida.

7  
AMY EN EL VALLE  
DE LA HUMILLACIÓN

—**E**se muchacho es un perfecto cíclope —dijo Amy viendo pasar a caballo a Laurie.

—¿Cómo te atreves a decirlo, cuando Laurie tiene dos lindos ojos? —exclamó Jo, molesta por las críticas a su amigo.

—No hablo de sus ojos y no entiendo por qué te enojas si admiro su modo de cabalgar.

—¡Dios mío! Esta tonta quiso decir un centauro y dijo cíclope —exclamó Jo, riendo.

—No necesitas ser tan descortés. Fue sólo un *lapsus linguae*, como dice el señor Davis —contestó Amy, segura de abrumar a Jo con su latín—. Quisiera tener tan sólo un poco de lo que Laurie gasta en su caballo —añadió como para sí, pero con la esperanza de ser oída.

—¿Por qué? —preguntó Meg amablemente.

—¡Lo necesito! Estoy endeudada y no recibiré dinero para telas hasta dentro de un mes.

—¿Endeudada, Amy?... ¿Qué quieres decir? —preguntó Meg.

Amy tuvo que explicar que debía una docena de limas, porque entre las niñas del colegio era la moda comer lima y

las cambiaban durante las clases por lápices y otras cosas. Y si una es amiga de la otra, le regala una lima, y las chicas invitan por turno. Entonces hay que corresponder y a mí me han invitado muchas veces.

—¿Cuánto necesitas para pagar tu deuda? —preguntó Meg.

—Un dólar bastaría; y me sobraría para regalarte algunas.

—¿Te gustan las limas?

—No mucho. Puedes quedarte con el vuelto. Aquí tienes, toma.

Al día siguiente, Amy llegó atrasada a clases, exhibiendo, con perdonable orgullo, un pequeño paquete que luego ocultó en el interior de su pupitre.

Rápidamente corrió entre sus compañeras el rumor de que Amy tenía veinticuatro deliciosas limas. Sus amigas la colmaron de atenciones: Katy la invitó a su fiesta, Mary le prestó su reloj; incluso Jenny Snow, que siempre se burlaba de Amy porque no llevaba limas, inmediatamente intentó hacer las paces. Pero Amy no olvidaba las observaciones mordaces de Jenny, y respondió con un aterrador telegrama: "No sacas nada con ponerte amable de repente, porque no te convidaré ninguna".

Esa mañana un personaje importante visitó el colegio y miró los mapas de Amy, lo que provocó la envidia de la señorita Snow. Tan pronto como se fue la visita, Jenny buscó un pretexto para acercarse al señor Davis y decirle que Amy escondía limas en su pupitre. El señor Davis había prometido dar palmetazos a quien las tuviera. Además, había tomado un café muy fuerte, soplaban un viento que aumentaba su jaqueca y las alumnas no lo habían dejado en el lugar que él creía merecer ante la visita. La palabra "limas" fue como acercar fuego a la pólvora. Rojo de ira, el señor Davis gritó:

—¡Atención, señoritas!

Se hizo un gran silencio y cincuenta pares de ojos se clavaron en el terrible rostro.

—Señorita March, acérquese y traiga las limas que tiene en el pupitre.

Amy se puso de pie y, siguiendo el consejo de una vecina, dejó caer seis limas del paquete. El resto las puso frente al señor Davis:

—¿Son todas?

—No, señor, no son todas —balbuceó Amy.

—Traiga las restantes inmediatamente.

Amy obedeció, dirigiendo “al grupo” una mirada de desesperación.

—¿No hay más?

—Nunca miento, señor.

—Ya lo veo... Ahora tire por la ventana esas repugnantes cosas.

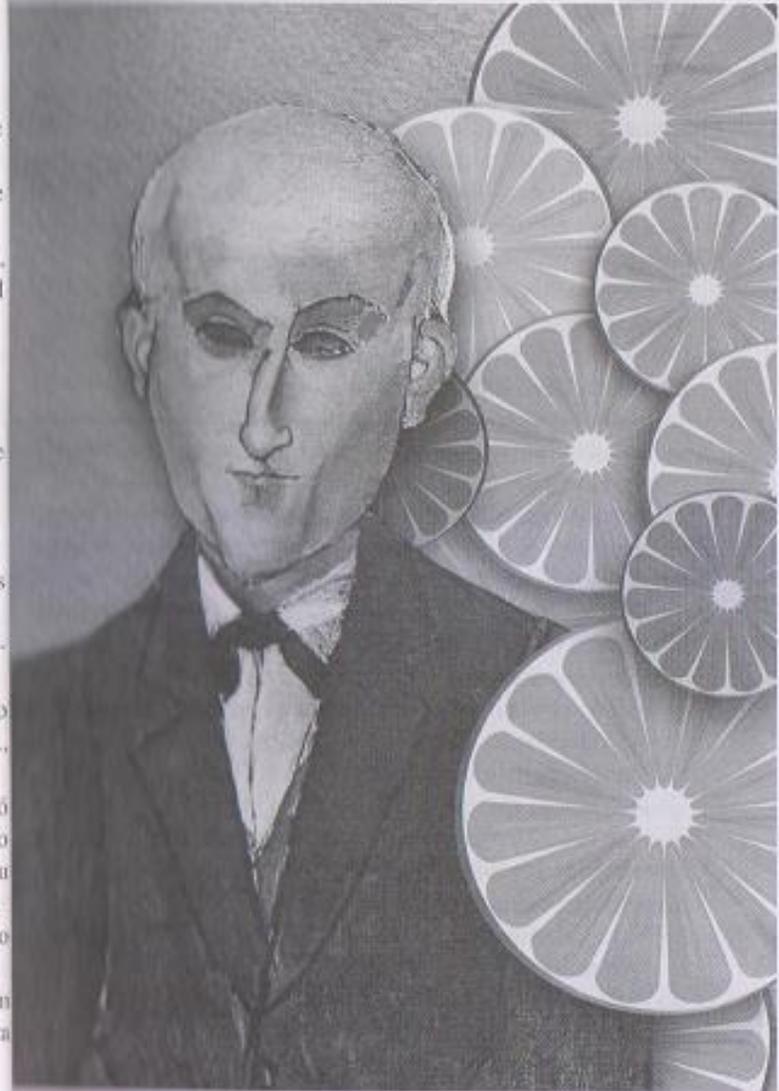
Cuando Amy volvió de la ventana, el señor Davis solemnemente dijo:

—Señoritas: recuerden lo que les dije. Es una lástima lo ocurrido, pero jamás faltó a mi palabra. Señorita March..., extienda la mano.

Demasiado orgullosa para llorar o suplicar, Amy echó atrás la cabeza, apretó los dientes y aguantó los golpes. No fueron muchos ni muy fuertes, pero era la primera vez en su vida que le pegaban y la vergüenza era demasiado grande.

—Ahora se quedará de pie en la tarima hasta el recreo —agregó el profesor.

Durante los siguientes minutos Amy sufrió una humillación y un dolor inolvidables. Tal vez para otras el castigo hubiera



sido algo trivial. Para ella, que en sus doce años sólo había conocido el amor, era una triste experiencia. Fueron muy largos esos quince minutos y nunca había oído con tanto anhelo la palabra "recreo".

—Puede retirarse, señorita March—dijo el señor Davis, que parecía algo avergonzado.

Cuando llegó a casa y contó lo ocurrido, sus hermanas compartieron su enojo. La señora March guardó silencio, pero se mostró apenada y trató de calmarla con sus caricias. Meg puso glicerina en la mano castigada; Beth dijo que ni sus gatitos servirían de consuelo en tal caso, y Jo propuso arrestar de inmediato al señor Davis, mientras Hanna amenazaba con darle de patadas.

Antes del término de las clases, Jo llegó a la escuela y muy sería entregó al señor Davis una carta de su madre. Luego recogió los libros de Amy y se retiró.

—Puedes tomarte unas vacaciones—comentó esa noche la señora March—, pero deberás estudiar todos los días. No apruebo los castigos corporales, menos para las niñas. Antes de enviarte a otro colegio lo consultaré con tu padre.

—Ojalá todas se retiraran y se acabara el colegio, y pensar que perdí mis deliciosas limas.

—No siento que las hayas perdido, porque faltaste a las normas del colegio y merecías un castigo—fue la severa respuesta de la madre.

—¿Quieres decir que te alegras de que me hayan humillado?—preguntó Amy.

—No te habría corregido como lo hizo el profesor—respondió la señora March—, pero te estás poniendo demasiado vanidosa y es hora de que trates de cambiar. Tienes cualida-

des, mas no trates de ostentarlas; el verdadero talento y la bondad no pasan inadvertidos. No hay nada más encantador que la sencillez.

—Tiene razón—repuso Laurie, que jugaba ajedrez con Jo—. Conoci a una niña con verdadero talento musical y ni siquiera sospechaba que fueran tan lindas las cosas que componía a solas.

—Quisiera conocer a esa muchacha. Tal vez me ayudaría, yo soy tan torpe—comentó Beth.

—La conoces y te ayudará mejor que cualquier otra persona—contestó Laurie, mirándola con tanta expresión en sus ojos, que Beth enrojeció, sorprendida por tal descubrimiento.

Jo permitió que Laurie le ganara la partida por el elogio que le hiciera a Beth, la que después de aquella alabanza no pudo tocar el piano.

Cuando Laurie se retiró, Amy, que había estado pensativa, preguntó de repente si el muchacho era culto. La madre respondió que era talentoso e instruido.

—Y no es vanidoso, ¿verdad?—preguntó Amy.

—De ninguna manera, por eso es atrayente y lo queremos tanto.

—Comprendo: es agradable ser culto y tener talento, pero no hay que darle importancia ni vanagloriarse—dijo Amy gravemente.

—Como tampoco es lógico ponerse a la vez todos los sombreros y todos los vestidos para que la gente sepa que los tienes—añadió Jo, y todo terminó con una carcajada.

## 8 ENCUENTRO DE JO CON APOLO

—¿Adónde van? —preguntó Amy un sábado por la tarde al ver a Meg y Jo arreglarse para salir.

—No te importa. Las niñas no hacen preguntas —respondió Jo volviéndose a Meg, que nunca le negaba nada, le dijo:

—¿Dímelo! Déjame ir, me aburro sola.

Le insistieron que no podía acompañarlas, puesto que no estaba invitada.

—Van a salir con Laurie, lo sé —continuó Amy.

Le respondieron que Laurie las había invitado, pero sólo a ellas. —¿Ya sé, ya sé! —exclamó Amy—. Van al teatro a ver *Los siete castillos* y yo quiero ir también, porque mamá dijo que yo podía ver eso y tengo dinero. ¡Son unas egoístas!

Meg trató de calmarla. Le recordó que había estado resfriada y que por eso mamá no quería que saliera. Podría ir la semana próxima con Beth y Hanna. Pero la niña no cedía. Meg, vacilante, preguntó:

—¿La llevamos?

—Si va ella, yo no voy —añadió Jo enojada—. Y si no voy a Laurie no le gustará.

Amy reaccionó muy molesta y, colocándose las botas, dijo que iría pagando su entrada. Le explicaron que no podría sentarse sola. Laurie tendría que cederle su asiento y ya no sería lo mismo. De modo que la dejaron en casa.

—¡Te arrepentirás, Jo! ¡Ya lo verás! —gritó Amy, furiosa.

—¡Túmeterás! —exclamó Jo, cerrando la puerta.

Se divirtieron mucho porque *Los siete castillos* era una obra maravillosa. Pero Jo no dejaba de pensar en Amy y en lo que ésta haría para que se arrepintiera. Siempre habían tenido discusiones a lo largo de su vida, porque ambas eran de caracteres fuertes y se enojaban con facilidad. Además, todas sabían que a Jo le costaba un poco dominarse, pero su ira nunca duraba mucho tiempo, y después trataba de corregir su falta.

Cuando regresaron a casa, Amy leía en la sala y adoptó un aire ofendido. Jo corrió a revisar su cómoda; una de las venganzas favoritas de Amy era vaciar en el suelo todo el contenido de los cajones. Pero todo estaba en orden y Jo pensó que su hermana había abandonado sus proyectos de venganza. Se engañaba, como lo descubrió al día siguiente.

Meg, Beth y Amy conversaban al caer la tarde, cuando Jo apareció en la sala precipitadamente y preguntando sin atenta:

—¿Quién tomó mi libro de cuentos?

Meg y Beth respondieron que no lo habían tocado. Amy no contestó y se puso a atizar el fuego. Jo vio que enrojecía y se abalanzó sobre ella:

—Amy, tú lo tienes!

—No lo tengo.

—Pero sabes dónde está.

—No, no lo sé.

—¡Mentira! —exclamó Jo, tomándola por los hombros con furia.

—No lo sé. No lo tengo, ni sé dónde está.

—Tú sabes algo y me lo dirás ahora.

—Enójate cuanto quieras, pero no recuperarás tu libro.

—¿Por qué?

—Porque lo quemé. Sí, lo quemé. Te dije que me pagarías lo de ayer y lo cumplí.

—¿Quemaste mi libro? ¿El libro que tanto quería, que pensaba terminar antes de que regresara papá?, ¿verdad? Amy, ¡eres una niña mala!, ¡mala! ¡No podré escribirlo de nuevo! ¡No te perdonaré jamás!

Meg corrió a salvar a Amy, y Beth a calmar a Jo, pero ésta se encontraba fuera de sí. Después de dar una bofetada a su hermana, salió de la sala y subió a refugiarse en la buhardilla para acabar a solas su pelea.

Abajo se calmó la tormenta con la llegada de la señora March, que después de escuchar lo sucedido hizo entender a Amy cuánto daño había hecho. El libro de Jo era el orgullo de su corazón. Eran tan sólo seis cuentos de hadas, que los había escrito poniendo toda su alma, con la esperanza de hacer algo que mereciera publicarse. Amy había destruido el trabajo de varios años.

A la hora del té, a Jo se la veía tan molesta que Amy hubo de hacerse de valor para decirle:

—Perdóname, Jo. Lo siento mucho.

—¡Jamás te perdonaré! —fue la dura respuesta de Jo.

La velada no fue alegre, aunque cosieron y leyeron. Falta la dulce paz hogareña.

Al dar a Jo el beso de "buenas noches", su madre le murmuró:

—Querida, no dejes que el sol se ponga sobre tu enojo. Perdónense mutuamente.

Jo habría querido llorar sobre el hombro de su madre, pero las lágrimas eran señal de debilidad femenina. Su resentimiento era aún muy profundo, contuvo el llanto y contestó rudamente:

—Fue una cosa vil y no merece perdón.

Esa noche no hubo charlas ni las acostumbradas confidencias.

Al día siguiente todo siguió igual. Amy, ofendida ante el rechazo de sus disculpas, se sentía arrepentida de haberse humillado e hizo notar su superioridad de modo irritante. Por su parte, a Jo todo le salió mal.

"Están todas tan desagradables, que le pediré a Laurie que me lleve a patinar. El es amable y alegre", pensó Jo.

Amy oyó el ruido de los patines y miró por la ventana, diciendo:

—¡Ah! Y me había prometido que me llevaría a patinar, pero es inútil pedirle nada a una persona de mal genio.

—No digas eso —repuso Meg—. Has sido muy mala y es duro para ella perdonarte. Síguelos, pero no digas nada hasta que veas que Jo esté de buen humor. Entonces acércate y dale un beso.

—Lo intentaré —contestó Amy siguiendo el consejo.

El río no quedaba lejos, pero ambos ya estaban listos antes que Amy los alcanzara. Jo le daba la espalda y Laurie no la vio, porque iba bordeando cuidadosamente la orilla del río, probando el hielo.

—Iré hasta la primera curva para ver si hay hielo firme —oyó Amy que decía el muchacho a su hermana, antes de alejarse rápidamente.

Amy, jadeando después de su carrera, comenzó a ponerse los patines. Jo no la miraba y continuó deslizándose suavemente en zigzag río abajo. Sentía cierta amarga satisfacción por los problemas de su hermana.

Al doblar la curva, Laurie gritó:

—¡No te acerques al centro, está quebradizo!

Jo le escuchó, pero no así Amy. Jo veía a sus espaldas al pequeño diablillo, y su enojo parecía murmurarle: "No importa si no escuchó; que se cuide sola".

Laurie se perdía tras la curva, Jo iba a dar la vuelta. Más atrás, Amy se dirigía hacia la delgada capa de hielo. Por un segundo Jo se detuvo con un extraño presentimiento. Luego se decidió a seguir adelante, pero algo la detuvo y la obligó a devolverse justo en el momento en que Amy levantaba los brazos y se sumergía bajo el hielo roto, dando un grito que heló también a Jo.

Trató de llamar a Laurie, pero su voz no le salía. Quiso correr hacia su hermana, pero sus pies no se movían. Por un instante se quedó paralizada y aterrada, contemplando el sombrero azul que flotaba sobre el agua. Alguien pasó de pronto a su lado y escuchó la voz de Laurie, gritando:

—¡Unas tablas de cerco, pronto!

Jamás supo cómo lo hizo. Trabajó como enloquecida, obedeciendo al joven, que conservó la calma tendido sobre el hielo. Este sostuvo a Amy con sus brazos hasta que llegó Jo con la tabla y juntos sacaron del agua a la niña.

—Hay que llevarla a casa lo antes posible. Cúbrela con nuestros abrigos, mientras me quito los patines —pidió Laurie.

Mojados, tiritando y llorando, volvieron a casa con la accidentada, quien al poco rato dormía envuelta en mantas y frente a la chimenea.

—¿Estás segura de que estará bien? —susurró Jo, llena de remordimientos.

—Lo está, querida. No se ha herido y creo que ni siquiera se resfriará.

—Fueron muy prudentes en cubrirla y traerla pronto a casa —comentó la madre.

—Fue Laurie, mamá. Si ella muriera sería mi culpa —explicó Jo, con lágrimas de arrepentimiento—. ¡Es mi mal genio! Trato de evitarlo, pero no lo logro y sigue peor que antes. Oh, mamá, ¿qué podré hacer?

—Esperar y rezar —respondió la señora March, besándola.

—¡No sabes, mamá! —exclamó Jo—. Cuando me da la furia soy capaz de cualquier cosa. ¡Ayúdame, mamá ayúdame!

—Lo haré. Y no llores más. Crees tener el peor carácter del mundo, pero el mío solía serlo igual.

—¿El tuyo? ¡Pero si no te enojas nunca!

—He aprendido a no demostrarlo. Mi madre fue de gran ayuda. Luego conocí a tu padre, y la felicidad me ha hecho las cosas más fáciles. Pero luego vinieron los problemas económicos y renacieron la falta de paciencia y el mal humor. Pero con la ayuda de tu papá, que nunca pierde la paciencia, aprendí a vencerme. Además, por ustedes, yo tenía que practicar las virtudes que deseaba para mis hijas. Fue fácil intentarlo por el bien de todos nosotros.

—¡Oh, mamá, si algún día llegara a ser la mitad de buena que tú! —exclamó Jo.

—Serás mucho mejor que yo, si vigilas al “enemigo de tu corazón”, como dice tu padre.

—Trataré de hacerlo, madre. Pero tendrás que ayudarme cuando me deje llevar por el mal genio.

Amy se movió sin despertarse. Jo, deseosa de corregir sus faltas, la miró con una expresión nunca antes vista en ella.

—Dejé que el sol se pusiera sobre mi enojo, no la quise perdonar, y si no hubiera sido hoy por Laurie, sería demasiado tarde.

Como si la oyera, Amy abrió los ojos y extendió los brazos con una sonrisa que penetró el corazón de Jo. Ninguna dijo una palabra, pero se abrazaron y todo quedó olvidado y perdonado.

## 9 MEG DE VISITA

Un día de abril las muchachas conversaban, mientras Meg introducía sus cosas en un baúl.

—¿Qué gentil ha sido Annie Moffat al no olvidar su promesa! —exclamó Jo—. Tendrás dos semanas de diversión.

—Y el tiempo está muy agradable —añadió Beth.

—A mí también me gustaría ir —dijo Amy.

—Ojalá fueran todas conmigo —suspiró Meg.

El baúl se iba llenando con el equipaje de la joven: las medias de seda y el abanico que le dio la señora March; una falda nueva de Jo y el vestido blanco, que era el lujo de Meg; aparte de otras tenidas para las reuniones más informales.

La señora March había vacilado antes de dar el permiso, pues temía que pasara esas semanas con personas de un ambiente distinto que le dieran a Meg más penas que alegrías, pero fueron tantos los ruegos de la joven y las promesas de Sallie de cuidarla, que al fin dio su consentimiento. Y Meg partió a disfrutar unos días de vida llena de lujos.

Los Moffat eran una familia adinerada pero sencilla. Meg se sintió algo tímida por la elegancia de la casa, pero, aunque

frívolas, eran gente amable y pronto hicieron que la joven se encontrara a gusto.

A Meg, sin entender por qué, le parecieron poco cultos, como que encubrían con su dinero un interior ordinario. Pero qué agradable era comer bien, pasear en coche, vestir con elegancia y no hacer sino divertirse. Meg pronto comenzó a imitar las maneras de sus compañeras y a rizarse el pelo y a pronunciar frases en francés, no dejando de sentir envidia y de suspirar por ser rica. Ahora su casa le parecía pobre y triste, cuando pensaba en ella.

No había mucho tiempo para quejarse porque las hermanas Moffat iban de tiendas, se paseaban, andaban a caballo y hacían visitas todo el día. Annie tenía muchos amigos y sabía cómo divertirse.

El señor Moffat conocía a su padre y la señora Moffat le tomó mucho cariño a Meg. Todos la atendían y la llamaban "Daisy" —sin saber por qué— y ella estaba a punto de perder la razón ante tanto brillo.

La noche del baile, Meg tuvo que ponerse su viejo y gastado vestido de muselina, que lucía peor que nunca al lado de los flamantes trajes de las jóvenes. Estas al verlo se miraron entre sí. A Meg le ardieron las mejillas por el orgullo herido, pero nadie dijo nada y, al contrario, todas se ofrecieron a ayudarla. Sallie le arregló el pelo, Annie ató una cinta a su talle y Belle, la hermana que tenía novio, alabó la blancura de sus brazos. La amargura de Meg llegaba a lo más profundo, cuando entró una empleada con una caja de flores. Todas lanzaron exclamaciones al abrir la caja y ver el ramo de rosas adornadas con ramas de helecho.

—¡Deben ser para Belle! —exclamó Annie—. George siempre le envía flores.

—Son para la señorita March, según dijo el mensajero. Aquí hay una carta —repuso la empleada, entregándosela a Meg.

—¡Qué maravilla! ¿De quién son?, ¿no sabíamos que tenías novio! —gritaron las muchachas.

—La carta es de mamá y las flores de Laurie —comentó sencillamente Meg.

—¿De veras? —dijo Annie, con mirada maliciosa, mientras Meg guardaba la carta en su bolsillo, como un talismán contra la envidia y la vanidad. Se sentía de nuevo casi feliz, dividió el ramo de rosas y helechos e hizo unos ramilletes para sus amigas. Cuando las demás se fueron, Meg se miró al espejo y se encontró con sus ojos alegres, su pelo brillante y un vestido que ya no le parecía usado.

Se divirtió mucho aquella noche. Bailó cuanto quiso, todos fueron muy amables, recibió algunos piropos, y el señor Moffat insistió en bailar con ella porque no vacilaba y tenía agilidad.

Todo iba muy bien hasta que escuchó una conversación. Se hallaba en el invernadero, cuando oyó una voz al otro lado de la pared que preguntaba:

—¿Cuántos años tiene?

—Unos dieciséis o diecisiete —replicó otra voz.

—¡Sería magnífico para cualquiera de las niñas!, ¿verdad? Sallie dice que son íntimos y que el viejo está loco por ellas.

—Seguramente la señora March tiene sus planes y sabrá hacer un juego prudente. Claro que la muchacha no piensa aún en ello —comentó la señora Moffat.

—Ella dijo que la carta era de su madre y se puso colorada cuando le llegaron las flores. ¡Pobrecita! ¡Se vería tan bonita

si se vistiera a la moda! ¿Crees que se ofenderá si le ofrezco un vestido para el jueves?

—Es orgullosa, pero no creo que le importe, ya que no tiene más que ese viejo vestido.

—Veremos. Como una atención, invitaré a ese Laurie y nos divertiremos con ello después.

En eso llegó el acompañante de Meg, que la encontró agitada.

Era orgullosa y ahora le sirvió el orgullo para ocultar su molestia por lo que había oído. Las frases: "La señora March tiene sus planes", "ese viejo vestido", no podía olvidarlas, hasta que deseó ponerse a llorar y huir a su casa. Pero como eso era imposible, hizo lo que pudo para mostrarse alegre y lo consiguió muy bien. Cuando terminó la fiesta y estuvo tranquila en su cama, volvió a recordarlo y las lágrimas rodaron por sus mejillas. Esas tontas palabras, por bien intencionadas que fueran, perturbarían su inocente amistad con Laurie, pues hacían parecer a su madre como preocupada por el dinero.

Meg pasó la noche sin dormir y se levantó adormilada, triste y enojada con sus amigas, y también medio avergonzada de sí misma por no haber aclarado todo. Aquella mañana algo llamó la atención de Meg: sus amigas la trataban más respetuosamente. Se sentía sorprendida, aunque no comprendía bien lo que estaba sucediendo, hasta que Belle dijo:

—Querida Meg, envíe una invitación a tu amigo, el señor Laurence, para el jueves. Nos gustaría conocerlo y es una atención que te mereces.

—Eres muy amable, pero me temo que no vendrá.

—¿Por qué no, *chérie*?

—Es muy viejo.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué edad tiene? —preguntó Clara.

—Cerca de setenta —respondió Meg, haciéndose la tonta.

—¿Qué pícara eres! Hablamos del joven —exclamó Belle.

—No hay ningún joven, Laurie es sólo un chico —y Meg se rió ante la mirada que intercambiaron las hermanas al describir ella así a su supuesto novio—. Es más bien de la edad de mi hermana Jo. Cumplirá diecisiete en agosto.

—Qué amable fue al enviarte flores —comentó Annie.

—Sí, lo hace a menudo con todas nosotras, porque tiene muchas en su jardín y sabe que nos gustan. Mi madre y el señor Laurence son amigos, así que no tiene nada de extraño que nosotros juguemos juntos —respondió Meg, esperando que no se volviera a tocar el asunto.

—Es claro que Meg no está al tanto de todo —dijo Clara.

—Es una joven inocente aún —respondió Belle.

En eso entró la señora Moffat, como un elefante, anunciando que iría de compras y dispuesta a cumplir encargos. Pero las hermanas no necesitaban nada y Meg agregó que ella tampoco.

—¿Qué traje te vas a poner esta noche? —preguntó Sallie.

—Mi traje blanco, si puedo arreglarlo del rasgón que le di anoche.

—¿Por qué no pides otro a tu casa? —preguntó Sallie, que era poco observadora.

—Porque no tengo —contestó Meg, haciendo un esfuerzo. Pero Sallie no reparó en eso y exclamó asombrada:

—¿Solamente tienes ese? ¡Qué curioso!

—No veo que tenga nada de curioso —interrumpió Belle—. ¿Para qué tantos vestidos antes de ser presentada en sociedad? Aunque tuvieras docenas, no tienes que pedir nada, porque yo tengo un traje de seda azul que me queda chico, y tú te lo pondrás para darme el gusto. ¿Verdad?

—Eres muy buena, pero si no te molesta prefiero usar el mío. Creo que es bastante para mí.

Pero Belle insistió tan cariñosamente que Meg no se pudo negar. En la tarde del jueves, Belle, con la ayuda de su doncella, convirtió a Meg en una elegante dama: la peinaron, le pintaron los labios y por último le pusieron el vestido azul, muy escotado y tan apretado que apenas podía respirar. Enseguida la adornaron con brazaletes, collar, prendedores y hasta aros. Un ramillete de rosas en el pecho y una *écharpe* reconciliaron a Meg con el escote. Belle, contentísima por el resultado, contemplaba su obra como si acabara de vestir a su muñeca.

—Ven —dijo Belle, guiándola a la habitación donde esperaban las otras.

—Mientras yo me visto, Annie, enséñale cómo llevar su falda y esos tacones franceses, o dará un tropezón —dijo Belle.

—Tengo miedo de bajar al salón —dijo Meg a Sallie cuando se escucharon la campana y la voz de la señora Moffat que ordenaba presentarse de inmediato—. Me siento rara, como tiesa y medio desnuda.

—No pareces la misma de antes, pero estás preciosa. Belle tiene buen gusto y te ha arreglado a la francesa, ni me noto a tu lado —comentó Sallie—. Y trata de no tropezar.

Cuidando sus pasos, Meg llegó sana y salva al salón, donde estaban todos reunidos. Muchos jóvenes pidieron ser presentados y la abrumaron con cosas tontas pero agradables. Las señoras, sentadas en los sofás, la observaban con interés, mientras la señora Moffat respondía:

—Es Daisy March. Su padre es coronel de ejército. Una gran familia, pero cambios de fortuna, ¿saben? Es amiga

de los Laurence; una persona encantadora, les aseguro; mi Eduardo está loco por ella.

—¡Vaya, vaya! —comentó la otra señora, observándola a través de sus anteojos.

Aunque se sentía “muy extraña”, Meg trataba de hacer su papel de gran dama y lo logró en buena forma, a pesar de lo apretado del vestido. Estaba abanicándose y riéndose de las bromas de un joven, cuando súbitamente se puso seria, pues vio a Laurie frente a ella. Este la miraba sin disimular su sorpresa ni su desaprobación, aunque la saludó con una sonrisa. El sobresalto de Meg aumentó al ver que Belle hacía señas a Annie y que las dos la miraban a ella y al muchacho.

“Qué locas, no permitiré que me cambien ni en lo más mínimo”, pensó Meg, y luego dándose un tono de persona mayor, le dijo:

—Me alegro de que vinieras.

Laurie le explicó que Jo quiso que viniera para luego contarle cómo se encontraba. Llena de curiosidades, Meg le preguntó:

—¿Y qué les dirás?

—Que no te reconocí, porque pareces una persona mayor y muy distinta de lo que eres. Que casi das miedo.

—¡Tonterías! Las chicas me vistieron así por divertirse... ¿No te gusta mi apariencia?

—No, no me gusta.

—¿Por qué no?

Laurie la observó de pies a cabeza con una expresión que la desalentó más que la respuesta:

—No me gustan presunciones ni plumas.

—Jamás he visto un joven más descortés —protestó Meg,

y muy ofendida se acercó a una ventana en busca de aire fresco. Ahí estaba, cuando pasó cerca el comandante Lincoln que decía a su madre: "Se burlan de esa jovencita, la han ridiculizado..., parece una muñeca".

Meg suspiró, pensando que habría sido más sensato usar su propio vestido. Apoyó la frente en el vidrio y permaneció allí, entre los cortinajes. En ese momento alguien tocó su hombro. Era Laurie, que mostrándose arrepentido, le dijo:

–Perdóname y ven a bailar conmigo.

–Tal vez te desagrade –respondió Meg, ofendida aún.

–De ninguna manera, será un placer. No me gusta tu vestido, pero eres encantadora.

Ambos bailaban muy bien y mientras lo hacían pudieron conversar. Meg le pidió que no tocara en casa el tema del traje, puesto que no entenderían la broma. Preferiría explicarlo ella misma. Laurie le prometió guardar el secreto. Sólo les diría que estaba bien y que se divertía, pero bien sabía él que esto último no era así.

–Aquí viene Ned Moffat, ¿qué querrá? –preguntó Laurie.

–Le he prometido tres bailes. ¡Qué fastidio! –murmuró Meg. Bailó, rió y coqueteó como todas las demás. En un baile alemán dio un salto que casi hizo caer a su compañero.

Laurie se escandalizó de tal manera, que pensó llamarle la atención, pero no tuvo la ocasión de hacerlo. Al despedirse, Meg le recordó la promesa.

–Silencio hasta la muerte –respondió el muchacho en forma melodramática.

Se acostó esa noche con la sensación de que había estado en una fiesta de disfraces y no se había divertido como lo imaginaba. Al día siguiente se sintió enferma,



y el sábado volvió a casa. Ahí relató sus aventuras, y no se cansaba de repetir que se había divertido, pero algo parecía pesar sobre su ánimo. Cuando llegó la hora de ir a la cama, esperó que sus hermanas pequeñas se fueran a acostar. Entonces, se levantó y, sentándose en el taburete de Beth, apoyó los codos en las rodillas de su madre y le dijo con decisión:

—Mamá, quiero confesarme...

—Lo esperaba. ¿De qué se trata, querida?

Entonces Meg repitió lo anterior, pero ahora diciéndolo todo.

Sus coqueteos, el champaña, los saltos, el vestido, el escote, los adornos.

—En fin —concluyó—, mi conducta fue detestable.

—Sospecho que hay algo más —murmuró la señora March acariciándola.

—Sí. Es muy tonto, pero quiero decirlo, porque detesto que la gente diga y piense cosas sobre nosotras y Laurie.

Enseguida relató las murmuraciones oídas en casa de los Moffat.

Jo y su madre demostraban su disgusto.

—¡En mi vida he oído algo más estúpido! ¿Por qué no se lo dijiste así?

—No podía, ¡estaba tan desconcertada! —respondió Meg.

—Espera que yo me encuentre con Annie Moffat y verás cómo se arreglan estas ridiculeces. ¿Conque tenemos planes?... ¡Cómo se reirá Laurie cuando se lo cuente!

—¡No se lo digas! —rogó Meg.

—No —dijo la señora March—. Hay que terminar con esos comentarios. Fue una imprudencia dejarte ir donde esas personas que conozco tan poco. Me duele pensar el mal que esta visita puede haberte hecho, Meg.

—No te preocupes, mamá. No dejaré que me afecte, voy a olvidar lo malo y recordar lo bueno. ¡Pero qué agradable es recibir elogios y que le digan cosas lindas!

—Por cierto que sí, Meg. Pero hay que saber distinguir entre los elogios, y debes aprender a conducirte como una señorita.

Meg se quedó pensando un momento mientras Jo la miraba y le parecía que su hermana había crecido muchísimo durante esos quince días.

—Mamá, ¿tiene planes, como dijo la señora Moffat? —preguntó Jo, avergonzada.

—Sí, querida. Tengo muchos planes. Pero los míos son diferentes a los de la señora Moffat. Quiero que mis hijas sean lindas, cultas y buenas; que las quieran y las respeten; que tengan una juventud feliz y que se casen bien. Ser elegida y amada por un hombre bueno es lo mejor que puede ocurrirle a una mujer. Y es lo que deseo para ustedes. Esa es mi ambición: que mis hijas se casen y no con hombres ricos porque sean ricos, sino con hombres que las amen y las respeten. Prefiero que sean esposas de hombres pobres, si son felices, y no con ricos que no les den paz ni estimación.

—Belle dice que las jóvenes pobres no tienen oportunidad de casarse —suspiró Meg.

—Entonces seremos solteras —repuso Jo seriamente.

—Bien dicho, Jo —afirmó la señora March—. No hagas caso, Meg. La pobreza nunca asusta a quien ama de veras. Dejen eso al tiempo, hagamos feliz este hogar hasta que llegue el momento de que formen sus propios hogares. Y recuerden que siempre su madre estará lista para ser su confidente. Casadas o solteras, serán nuestro orgullo.

—¡Lo seremos! —exclamaron ambas, mientras la mamá les deseaba buenas noches.

## CUADRILLAS Y CORREOS

Con la vuelta de la primavera retornaron las diversiones, y los días más largos daban tiempo para toda clase de trabajos y entretenimientos. Era preciso labrar el jardín, y cada hermana tenía una parte de éste, donde podía hacer lo que gustara.

Hanna decía: "Adivinaría de quién es cada jardincito aunque lo viera en la China". Y podía decirlo, porque los gustos de las muchachas eran tan distintos como sus caracteres.

En los días que hacía buen tiempo, las jóvenes trabajaban en el jardín, paseaban, remaban en el río o buscaban flores silvestres. Para los días lluviosos tenían entretenciones en casa, algunas más o menos originales.

Una de ellas era "La Cuadrilla de Pickwick", que consistía en una sociedad secreta. Sociedad que ya tenía un año de vida. Las sesiones se celebraban los sábados por la noche en la buhardilla con el siguiente ceremonial: se colocaban tres sillas en línea ante una mesa, sobre la cual había una lámpara, cuatro distintivos blancos, con las letras "C.P.", y el periódico que aparecía se-

manalmente llamado "El Cartapacio Pickwick", redactado por todas, con Jo de director. A las siete, los cuatro miembros subían, se ponían sus distintivos y se sentaban con gran solemnidad.

Meg era Samuel Pickwick; Jo, Agustín Snodgrass; Beth, Tracy Tupman, y Amy representaba a Nataniel Winkle.

Pickwick, el presidente, leía el periódico, lleno de cuentos originales, poesías, noticias locales, anuncios curiosos y notas sueltas.

En una ocasión, el señor Pickwick se puso unos anteojos, golpeó la mesa, tosió y comenzó a leer "El Cartapacio". Una vez que terminó su lectura, siguió una salva de aplausos, después de lo cual el señor Snodgrass, adoptando un tono serio, dijo:

—Señor presidente, caballeros: deseo proponer la admisión de un nuevo miembro, se trata de quien merece este honor y aumentará la animación de la cuadrilla, el valor literario del periódico y el bienestar general. Propongo como miembro honorario del "C.P." al señor Theodore Laurence. ¡Aceptémoslo!

El súbito cambio en la voz de Jo hizo reír a las chicas, pero todas se quedaron pensativas y nadie dijo palabra al tomar asiento Snodgrass.

—Lo someteremos a votación —dijo el presidente—. Todos los que estén a favor de esta proposición tengan la bondad de manifestarlo diciendo "¡sí!"

Una rotunda afirmación de Snodgrass, seguida de otra tímida de Beth, las sorprendió.

—Los que estén en contra digan "¡no!"

Meg y Amy votaron en contra, y el señor Winkle se levantó para decir:

—No queremos admitir muchachos, sólo bromean. Esta sociedad es para señoras y deseamos que sea confidencial y propia.

—Temo que se reirá de nuestro periódico —observó Pickwick.

Snodgrass se levantó de un salto y dijo muy serio:

—Señor presidente, le doy mi palabra de honor de que Laurie no hará tal cosa. Hacemos tan poco por él y él, tanto por nosotras, que lo menos que podemos hacer ahora, en mi opinión, es ofrecerle un asiento en nuestra sociedad.

Esta hábil alusión hizo levantarse a Tupman, convencido.

—Sí —dijo—, debemos hacerlo; aunque tengamos miedo, por mí puede venir, y su abuelo también, si lo desea.

La cuadrilla se quedó asombrada por la animada frase de Beth.

Jo se levantó para darle su apoyo.

—Ahora votemos de nuevo y recuerden todas que se trata de Laurie y digan “sí” —repuso Snodgrass.

—¡Sí!, ¡sí!, ¡sí! —respondieron tres voces a la vez.

—¡Bueno!, que Dios los bendiga. Ahora como no hay que perder tiempo, permítanme que les presente al nuevo miembro —y con desmayo de los demás, Jo abrió la puerta del armario y apareció Laurie sentado en el saco de trapos, sofocado y tratando de aguantar la risa.

—¡Pícaro!, ¡traidor! Jo, ¿cómo te has atrevido? —exclamaron las tres muchachas, mientras Snodgrass le ofrecía una silla y un distintivo, que le daban posesión de su cargo.

—La frescura de ustedes dos es inaudita —comenzó a decir el señor Pickwick, tratando de fruncir las cejas, sin lograr producir otra cosa que una risa amable.

Pero el nuevo miembro se puso a la altura de las circunstancias. Saludando al presidente, se levantó y dijo, halagador:

—Señor presidente, señoras..., perdonen, caballeros;

permítanme que me presente como Sam Weller, el humilde servidor de la sociedad.

—¡Bien!, ¡bien! —exclamó Jo, dando golpes.

—Mi fiel amigo —continuó Laurie, agitando la mano—, que acaba de presentarme con elogios inmerecidos a mi persona, no merece ser censurado por el vil plan. Yo lo ideé y él cedió después de muchos ruegos.

—No hagan caso de lo que él dice. Yo soy el traidor, señor —dijo el nuevo miembro, saludando al señor Pickwick a la manera de Sam Weller—. Pero doy mi palabra de que no lo volveré a hacer y desde ahora me consagraré a promover las relaciones amistosas entre países vecinos. He puesto un buzón en el cerco del jardín. Es la vieja casa de las golondrinas, pero he cerrado la puerta y abierto el techo de manera que pueda contener toda clase de objetos y evitarnos la pérdida de un tiempo precioso. Cartas, manuscritos, libros y paquetes pueden depositarse en ella, y como cada país tiene una llave, creo que será muy útil. Permítanme que le haga entrega de la llave a la sociedad.

Calurosos aplausos resonaron cuando el señor Weller puso una llave sobre la mesa y tomó asiento. Luego se restableció el orden, siguió una larga discusión, tras la cual todos quedaron contentos. La sesión resultó más animada que de costumbre y se prolongó bastante, levantándose con tres ruidosas aclamaciones al nuevo miembro.

La admisión de Sam Weller dio más viveza a las reuniones y aumentó el valor literario del periódico, porque los miembros se reían a carcajadas de sus discursos y artículos, que eran variados y de buena calidad. Jo los juzgaba dignos de grandes escritores.

El correo resultó una excelente institución y floreció maravillosamente, porque pasaban por él casi tantas cosas curiosas como por un correo de verdad. El anciano señor gozaba del juego y se entretenía enviando paquetes curiosos, comunicaciones misteriosas y telegramas cómicos. Su jardinero, vencido por los encantos de Hanna, le envió una carta amorosa a cargo de Jo. ¡Cómo se rieron cuando se descubrió el secreto!

## 11 EL EXPERIMENTO

—**L**os King se van a la playa por tres meses. ¡Qué felicidad! —gritaba Meg, esa calurosa tarde al volver a casa.

—¡Y tía March se fue hoy y no me pidió que la acompañara! —respondió Jo.

—¿Qué harán en las vacaciones? —preguntó Amy.

—Me levantaré tarde y no haré nada. He madrugado todo el invierno —repuso Meg.

—Yo leeré, así es que escogí un montón de libros para leerlos arriba del manzano —añadió Jo.

—Beth —dijo Amy—, ¿qué te parecería que dejáramos de estudiar por unos días y nos dedicáramos a jugar y descansar?

—Si mamá está de acuerdo, bueno —respondió Beth.

—Hagan la prueba por una semana —repuso la señora March. El sábado ya estarán tan aburridas de no hacer nada, que les darán ganas de trabajar.

—No, madre, ¡será maravilloso! —aseguró Meg.

A la mañana siguiente, Meg bajó hacia las diez y no le gustó desayunar sola. El comedor estaba desordenado, porque Jo no había puesto flores frescas ni Beth había hecho el aseo,

y los libros de Amy estaban por todas partes. Sólo el rincón de la señora March se veía en orden.

Jo pasó la mañana en el río con Laurie, y la tarde en el manzano, leyendo. Beth vació el armario, pero se aburrió pronto y dejó todo tirado y se fue a su música. Amy se puso el mejor vestido blanco, se peinó los rizos y se sentó a dibujar bajo las madreselvas, con la esperanza de que alguien preguntara quién sería esa joven artista. Pero no apareció nadie, y en vista de eso se fue a dar un paseo. La sorprendió un chubasco y regresó mojada hasta los huesos.

A la hora del té comentaron sus experiencias; comenzaron por estar de acuerdo en que el día fue encantador pero largo. Meg había salido de compras y estaba furiosa porque el género que compró no se podía lavar. A Jo le dolía la cabeza de tanto leer. Beth estaba muy preocupada con el desorden de su armario y no sabía por dónde comenzar a arreglarlo, y Amy lamentaba la mojadura de su vestido. Eran pequeñeces, explicaron a su madre, y aseguraron que el experimento iba bien. La señora March sonrió y con la ayuda de Hanna hizo el trabajo abandonado por las niñas.

Sin duda el método de “descanso y diversión” producía grandes molestias. Los días se hacían cada vez más largos y el humor amenazaba descomponerse. Todas se sentían inquietas. Meg le dio parte de su costura a una modista y ella se dedicó a imitar los vestidos de las Moffat. A Jo le ardieron los ojos de tanto leer, y estaba tan alterada que hasta Laurie se enojó con ella. A Beth no le iba tan mal porque se olvidaba de la consigna “descanso y diversión” y volvía a sus costumbres, pero igualmente le afectaba el ambiente y se sentía intranquila. Amy fue la que peor lo pasó, pues cuando sus

hermanas la dejaron para que se entretuviera sola, descubrió que su importante personalidad era una pesada carga.

Ninguna quería reconocerlo, y como la señora March tenía buen humor, se propuso agudizar la situación dando un día de permiso a Hanna.

Cuando se levantaron el sábado por la mañana, no había fuego en la cocina ni desayuno en el comedor, y tampoco aparecía su madre.

—¡Pobres de nosotras! ¿Qué pasa aquí? —se preguntó Jo, mientras Meg corría escaleras arriba para regresar enseguida, con expresión tranquilizadora.

—Mamá no está enferma. Sólo cansada. Se va a quedar todo el día en su pieza y dice que hagamos lo que podamos.

—Está bien, y me gusta la idea. Estoy deseando hacer algo, quiero decir, una nueva diversión —corrigió Jo.

—Le subiré algo a mamá, aunque dijo que no nos preocupáramos y que se las arreglaría sola —añadió Meg.

Prepararon una bandeja y se la llevaron con el saludo de las cocineras. El té estaba amargo, los huevos quemados y las galletas espolvoreadas con bicarbonato. Si bien la señora March agradeció su desayuno, cuando las niñas se retiraron se echó a reír.

Abajo hubo quejas de la cocinera, ante el fracaso del desayuno. Pero Jo decidió cocinar y hacer de empleada, mientras Meg recibiría a las visitas. Segura de su habilidad en la cocina, Jo envió una carta a Laurie convidándolo a almorzar, deseosa de reconciliarse con él.

—¿Y qué prepararás? Deberías haberlo pensado primero —le reprochó Meg.

—Tenemos carne en lata, papas... Prepararé espárragos y

una langosta, si quieres con elegancia, como dice Hanna. De postre, budín y fresas y luego café.

—Sería mejor que pidieras permiso a mamá antes de encargarse cualquier cosa —le propuso Meg.

Así lo hizo y, para sorpresa de ellas, la señora March les dijo que encargara lo que quisiera y pidió no ser molestada, porque ella no almorzaría en casa. Se tomaría una vacación, leería, escribiría unas cartas y haría unas visitas.

Ver a la madre cómodamente sentada en la mecedora, causó en Jo la impresión de un extraño fenómeno de la naturaleza.

“Algo pasa”, pensaba Jo al volver a la sala, cuando vio de pronto a Beth llorando sobre su canario, Pepito, que yacía muerto.

—¡Yo tengo la culpa! —gemía Beth—. ¡No tiene ni una semilla, ni una gota de agua! ¡Ay, Pep! ¡Pep!, ¿cómo pude ser tan cruel?

Jo lo examinó, el pajarito estaba rígido y frío. Jo sacudió la cabeza y ofreció la caja de su dominó como ataúd.

—Ponlo en el horno y tal vez reviva —aconsejó Amy.

—Después de haberlo dejado morir de hambre, no voy a asarlo —sollozó Beth—. Le haré una mortaja y lo enterraremos en una tumba ¡y nunca tendré otro canario!

Mientras sus hermanas consolaban a Beth, Jo se fue a la cocina, que se encontraba en total desorden, platos por lavar y el fuego apagado. Después de encenderlo con gran esfuerzo, puso agua a calentar y se fue al mercado a hacer las compras. Al poco rato volvió con una langosta muy nueva, unos espárragos demasiado viejos y unas fresas muy ácidas. Para colmo, la señora March salió después de consolar a Beth

y de echar una mirada de inspección. Una extraña sensación de desamparo se apoderó de las jóvenes; en pocos minutos llamaron a la puerta y apareció la señorita Croker invitándose a almorzar. La señorita Croker era una dama solterona, flaca, amarilla y chismosa. Meg la invitó a sentarse y trató de entretenerla.

No hay palabras para explicar lo que Jo trabajó esa mañana.

La comida que sirvió se hizo famosa. Los espárragos hirvieron hasta quedar sin cabeza. El pan se quemó; la langosta opuso tanta resistencia a sus golpes que terminó deshecha y sólo logró migajas ocultas en un montón de hojas de lechuga. Por cuidar los espárragos, no pudo preparar las papas y quedaron crudas.

“¡Bueno! —pensó Jo—. Podrán comer carne y pan con mantequilla, si tienen hambre. Lo triste es haber perdido toda la mañana cocinando para nada”.

Cuando una cosa tras otra era probada y dejada de lado, Jo hubiera deseado esconderse debajo de la mesa. Amy apenas podía contener la risa, Meg estaba nerviosa, la señorita Croker apretaba los labios y Laurie hablaba y se reía para animar la reunión.

El plato salvador para Jo era el postre, que había endulzado bien y acompañaba con un jarro de crema. Pero la señorita Croker no hizo más que probarlo y reaccionó con una mueca, y bebió agua de inmediato.

Jo, que no se había servido postre por si no alcanzaba para todos, echó una mirada a Laurie, mas éste comía valientemente, con la boca contraída. Amy tomó una cucharada llena, se ahogó, escondió la cara en la servilleta y se levantó precipitadamente de la mesa.

—¿Qué?... ¿Qué pasa? —preguntó Jo, temblando.

—Pusiste sal en vez de azúcar y la crema está agria —respondió Meg dramáticamente.

Jo lanzó un gemido y se dejó caer de espaldas en su silla. Se puso roja y estaba a punto de llorar, cuando sus ojos se cruzaron con los de Laurie, que no podía contener la risa. De repente, ella tuvo conciencia de lo cómico de la situación y se puso a reír a gritos, seguida por todos, inclusive por la señorita Croker, hasta que las lágrimas corrieron por sus mejillas.

Terminaron comiendo pan con mantequilla, aceitunas y haciendo bromas.

La señorita Croker se despidió para ir con el cuento a la casa de alguna otra amiga. Todos se calmaron por respeto a Beth. Bajo los helechos del jardín, Laurie enterró a Pep. Su ama lloró por él y colocó una guirnalda de violetas sobre la lápida, en la cual Jo había grabado un epitafio mientras preparaba la comida.

Después de la ceremonia, Beth se retiró a su dormitorio vencida por el dolor y por haber comido langosta. Meg ayudó a Jo a ordenar el comedor y a lavar la loza, lo cual ocupó la mitad de la tarde. Laurie llevó a pasear a Amy en coche. Una verdadera obra de caridad, porque la crema agria la había puesto de mal humor.

Cuando regresó la señora March, las tres hijas trabajaban como negras. Le bastó mirar el armario para darse cuenta del resultado del experimento. Antes que las muchachas pudieran descansar, llegaron visitas y tuvieron que atenderlas y preparar el té.

Al atardecer se juntaron todas en el pórtico, donde florecían las rosas de junio. Y se iban quejando al sentarse.

—¿Qué día tan horrible! —exclamó Jo, que siempre hablaba primero.

—Más corto que de costumbre, ¡pero tan molesto! —dijo Meg.

—No parecía nuestra casa —añadió Amy.

—No puede parecerlo sin mamá y sin Pep —susurró Beth.

—Pero aquí estoy —repuso la señora March—. Y si quieres otro canario, lo tendrás. Y ¿están contentas con el experimento?

—¡Yo no! —gritó Jo, y las demás agregaron—: ¡Ninguna!

—No resultan las diversiones y la ociosidad, y comenzaré a buscar trabajo ahora mismo —comentó Jo.

—Aprende a cocinar cosas sencillas —repuso la señora March, riendo al recordar los comentarios de la señorita Croker sobre el almuerzo de Jo.

—¡Mamá! —preguntó Meg—. ¿Te fuiste y nos dejaste todo a nosotras para ver cómo lo hacíamos?

—Sí, quería que aprendieran que el bienestar de todos depende de cada uno. Por eso pensé en demostrarles lo que sucede cuando sólo se piensa en sí misma.

—Es verdad —gritaron las chicas, mientras cada una hacía el propósito de realizar un determinado trabajo.

—¡Muy bien! Estoy contenta, pero no se vayan al extremo, trabajando como negras. Tengan horas para el trabajo y para la diversión.

—Lo recordaremos, mamá —contestaron a coro.

Y desde entonces así lo hicieron.

## 12 CAMPAMENTO LAURENCE

**B**eth era la encargada de retirar la correspondencia y distribuirla. Un día de julio entró cargada de paquetes.

—Mamá, aquí están las flores que te envía Laurie; nunca lo olvida. Hay carta para la señorita Meg. Otras dos para la cotorra Jo con un libro y un sombrero viejo y curioso.

—Mi carta es sólo una traducción que quería tener de una canción alemana. Seguramente la hizo el señor Brooke, porque no es letra de Laurie —repuso Meg.

—¡Qué pícaro es ese Laurie! Le dije que me gustaría tener un sombrero grande para no tostarme la cara, aunque no estén de moda. Y me contestó que no me preocupara de la moda y que me sintiera cómoda y ¡miren lo que me ha mandado! Me lo pondré en broma.

Entonces, Jo leyó su correspondencia. Una carta de su madre que la hizo derramar unas lágrimas, porque decía:

Querida Jo:

*Te escribo estas líneas para decirte que he visto con satisfacción los esfuerzos que haces para dominar tu genio.*

*Pienso que nadie se da cuenta de lo que he notado, y creo que tu sincera decisión comienza a dar fruto. Continúa, hija, segura de que siempre está junto a ti tu madre.*

Para Jo esta carta valía millones de dinero y de alabanzas.

La joven se esforzaba y pensaba seguir haciéndolo, sin cansarse.

La segunda carta era de Laurie:

*Estimada Jo:*

*Mañana vienen a verme unos amigos ingleses. Para entretenerlos pienso instalar mi carpa en el Prado Largo y llevarlos a todos en bote para que juguemos croquet y almorcemos allí. Haremos una fogata y nos divertiremos cuanto podamos. Son gente simpática.*

*También irá Brooke para tenernos en orden. Kate Vaughm cuidará de las niñas. Me gustaría que vinieran todas ustedes. De las raciones no se preocupen, son de mi cuenta. ¡Vengan! Con prisa.*

*Laurie.*

—¡Qué espléndido! —gritó Jo, y corrió a dar la noticia y a pedir permiso.

¿No serían muy mayores y elegantes los Vaughm?, se preguntaba Meg. Al parecer no, porque Laurie los había conocido en uno de sus viajes; conoció a los cuatro Vaughm. Kate es algo mayor que Meg, y por el gesto que hizo al hablar de ella, pienso que no goza de su total simpatía. Los mellizos, más o menos de la edad de Jo, y Grace, la más pequeña, que tendría unos nueve o diez años.

## 12 CAMPAMENTO LAURENCE

**B**eth era la encargada de retirar la correspondencia y distribuirla. Un día de julio entró cargada de paquetes.

—Mamá, aquí están las flores que te envía Laurie; nunca lo olvida. Hay carta para la señorita Meg. Otras dos para la cotorra Jo con un libro y un sombrero viejo y curioso.

—Mi carta es sólo una traducción que quería tener de una canción alemana. Seguramente la hizo el señor Brooke, porque no es letra de Laurie —repuso Meg.

—¡Qué pícaro es ese Laurie! Le dije que me gustaría tener un sombrero grande para no tostarme la cara, aunque no estén de moda. Y me contestó que no me preocupara de la moda y que me sintiera cómoda y ¡miren lo que me ha mandado! Me lo pondré en broma.

Entonces, Jo leyó su correspondencia. Una carta de su madre que la hizo derramar unas lágrimas, porque decía:

Querida Jo:

*Te escribo estas líneas para decirte que he visto con satisfacción los esfuerzos que haces para dominar tu genio.*

*Pienso que nadie se da cuenta de lo que he notado, y creo que tu sincera decisión comienza a dar fruto. Continúa, hija, segura de que siempre está junto a ti tu madre.*

Para Jo esta carta valía millones de dinero y de alabanzas.

La joven se esforzaba y pensaba seguir haciéndolo, sin cansarse.

La segunda carta era de Laurie:

*Estimada Jo:*

*Mañana vienen a verme unos amigos ingleses. Para entretenerlos pienso instalar mi carpa en el Prado Largo y llevarlos a todos en bote para que juguemos croquet y almorcemos allí. Haremos una fogata y nos divertiremos cuanto podamos. Son gente simpática.*

*También irá Brooke para tenernos en orden. Kate Vaughm cuidará de las niñas. Me gustaría que vinieran todas ustedes. De las raciones no se preocupen, son de mi cuenta. ¡Vengan! Con prisa.*

*Laurie.*

—¡Qué espléndido! —gritó Jo, y corrió a dar la noticia y a pedir permiso.

¿No serían muy mayores y elegantes los Vaughm?, se preguntaba Meg. Al parecer no, porque Laurie los había conocido en uno de sus viajes; conoció a los cuatro Vaughm. Kate es algo mayor que Meg, y por el gesto que hizo al hablar de ella, pienso que no goza de su total simpatía. Los mellizos, más o menos de la edad de Jo, y Grace, la más pequeña, que tendría unos nueve o diez años.

A la mañana siguiente, un sol esplendoroso penetraba en el dormitorio de las niñas. Beth, desde una de las ventanas, veía los preparativos de los vecinos y los comunicaba a sus hermanas.

—Ahí va un hombre con la tienda de campaña. La cocinera pone el almuerzo en un canasto. Laurie está vestido de marinero y, ¡ah!, ahí viene un coche lleno de gente, una señora alta, una niña, dos muchachos, uno de ellos es cojo, ¡Pobrecito! Miren, también va ese joven que te saludó un día que íbamos de compras, Meg. Y Ned Moffat, y Sallie. Llegaron justo a tiempo.

—¿Estoy bien, Jo? —preguntó Meg muy agitada.

—Pareces una verdadera margarita. Pero ponte derecho el sombrero. ¡Vamos ya!

—¿Pero, Jo! ¿No irás con ese horrible sombrero? Pareces un espantapájaros.

—¡Por supuesto que lo llevaré! Es liviano y me da sombra. No me importa que se rían.

Y con esto las cuatro partieron de casa muy bonitas con sus vestidos de verano y sus caras alegres. Laurie salió a recibir-las e hizo las presentaciones. Meg notó que Kate, a pesar de sus veinte años, se veía muy sencilla en su vestir, pero Jo le encontró un aire de superioridad que justificaba la mueca de Laurie cuando se refería a ella. Beth observó a los muchachos y pensó que el cojo no era “terrible”, sino tranquilo y débil, por lo que debía ser amable con él. A Amy, le pareció muy educada Grace y se hicieron buenas amigas.

Pronto se embarcaron los excursionistas, y los dos botes se pusieron en marcha juntos, desde la orilla el señor Laurence los despedía agitando su sombrero. En un bote remaban Laurie y

Jo. El señor Brooke y Ned lo hacían en el otro. Si al comienzo hubo un poco de tirantez, ésta se rompió ante el espectáculo del sombrero de Jo, que provocaba las risas de todos; producía una brisa agradable con sus alas, mientras Jo remaba.

En el otro bote, Meg iba de cara a los dos remeros. El señor Brooke era un joven serio y callado, de ojos color café y voz agradable. A Meg le gustaban sus modales y sus muchos conocimientos. No le hablaba, pero la miraba a menudo y Meg se daba cuenta. Ned, alumno universitario, no era brillante, pero sí de buen humor y alegre.

Cuando llegaron a Prado Largo, la tienda de campaña estaba armada en un campo verde, con tres frondosos robles en el centro y una parte de césped plano para jugar croquet.

—¡Bienvenidos al campamento Laurence! —exclamó Laurie al desembarcar—. El comandante es Brooke, yo el comisario, los demás muchachos son oficiales, y las señoritas, nuestra compañía. Ahora, vamos a jugar y luego nos ocuparemos de la comida.

Se organizaron dos equipos. En uno estaban el señor Brooke, Meg, Kate y Fred. En el otro, Laurie con Sallie, Jo y Ned. Los ingleses jugaban bien y los norteamericanos mejor y defendieron valientemente cada centímetro de césped, salvo algunas discusiones que tuvieron Jo y Fred, hasta llegar al último aro. Fred golpeó su pelota, que chocó contra el borde del aro sin pasar. Pero entonces el joven, con la punta del pie, acomodó la pelota, celebrando a viva voz su triunfo.

—Usted empujó la pelota —le reprochó Jo ásperamente.

—¡Palabra que no la toqué! Tal vez rodó ella sola, pero está permitido.

—En nuestro país no hacemos trampas, pero usted puede hacerlas si gusta —replicó Jo.

Y ahí empezaron los problemas. Fred dijo que los americanos eran tramposos, y Jo le iba a responder, pero se contuvo. Mientras Fred daba con su pelota en la meta y se declaraba vencedor, ella fue a buscar su pelota entre los arbustos, y pasó largo rato antes de encontrarla. Le costó mucho a la muchacha ganar el terreno perdido, y cuando ya la partida parecía ganada por el joven inglés, Jo lo venció con un hábil golpe.

—¡Bravo! —exclamó Laurie—. El hizo trampa, lo vi, pero no le diremos nada. No lo repetirá, te lo aseguro.

—¡Hora de almorzar! —anunció el señor Brooke, mirando su reloj.

Comisario, ¿quiere usted encender el fuego y traer agua, mientras la señorita March, la señorita Sallie y yo ponemos la mesa? ¿Quién sabe hacer buen café?

—Jo sabe —respondió Meg, alegrándose de poder recomendar a su hermana.

El general y sus ayudantes pronto pusieron el mantel, con una variedad de comestibles y bebidas. Jo anunció que el café estaba listo y todos se sentaron para disfrutar de la abundante comida. Fue un almuerzo alegre, porque todo parecía nuevo y cómico. Había un desnivel en la mesa que provocó algunos accidentes a tazas y platos, caían bellotas en la leche, llegaban hormigas a participar del banquete y orugas peludas se descolgaban del árbol para ver lo que ocurría.

—Aquí hay sal, si la prefieres —dijo Laurie, mientras pasaba a Jo las fresas.

—Gracias, prefiero arañas —respondió ella, sacando dos de

la crema—. ¿Cómo te atreves a recordarme aquel almuerzo horrible, cuando el tuyo es tan agradable y excelente en todos sentidos? —añadió Jo, mientras reían ambos y comían del mismo plato por la escasez de vajilla.

—Aquel día me divertí muchísimo y no lo he olvidado aún. De esta excursión no me corresponde ningún mérito, yo no hago nada, eres tú y Meg y Brooke los que se han preocupado de todo y les estoy muy agradecido. ¿Qué haremos cuando no podamos comer más? —preguntó Laurie.

—Podemos jugar hasta que refresque un poco. Quizá la señorita Kate sepa alguno bueno y entretenido. Anda y preguntale, es buena amiga y deberías hacerle un poco de compañía.

—¿Quieres que vaya? Pensé que ella y Brooke se entendían, pero él no deja de hablar con Meg, y Kate los mira intrigada con esos lentes ridículos que usa. Voy a hablar con ella para que no me enseñes cómo comportarme, Jo.

Como las chicas no querían y los chicos no podían comer más, todos se reunieron para iniciar algún juego.

—¿Saben ustedes jugar a “La Verdad”? —preguntó Sallie cuando todos se sentaron.

—¿Cómo se juega? —preguntó Fred.

—Se ponen las manos una encima de la otra, escogen un número y las retiran por turno, y el que lo haga último tiene que responder con la verdad cualquier pregunta que le hagan.

Es entretenido.

Kate, el señor Brooke, Meg y Ned no quisieron jugar, pero los demás pusieron las manos y la suerte cayó sobre Laurie.

-¿Quiénes son tus héroes? -preguntó Jo.  
-Mi abuelo y Napoleón.  
-¿Qué joven te parece más hermosa? -preguntó Sallie.  
-Meg.  
-¿Cuál te gusta más? -continuó Fred.  
-Jo, naturalmente.  
-¿Qué preguntas tan tontas! -exclamó Jo, ante la risa que provocó el tono decidido de Laurie.  
Enseguida le tocó a Jo.  
-¿Cuál es su peor defecto? -preguntó Fred.  
-Mi mal genio.  
-¿Qué es lo que más deseas? -interrumpió Laurie.  
-Un par de cordones para mis botas -respondió Jo, adivinando la intención de la pregunta.  
-No es verdad, debes decir lo que deseas de veras.  
-¡Talento! ¿No te gustaría poder dármelo, Laurie? -y sonrió astutamente al chasqueado amigo.  
-¿Qué virtud admiras más en un hombre? -preguntó Sallie.  
-El valor y la honradez.  
-Ahora me toca a mí -dijo Fred, que se había quedado último.  
-¿Hiciste trampa en el croquet? -preguntó Jo.  
-Sí, un poquito.  
-¿Piensas que Inglaterra es perfecta en todos los sentidos? -inquirió Sallie.  
-Me avergonzaría de mí si no lo pensara.  
-Bueno, creo que "La verdad" es un juego tonto, juguemos a los "Autores" para refrescar nuestras memorias -propuso Jo.



Y mientras así lo hacía un grupo, los jóvenes mayores conversaban y Kate se puso a dibujar, mientras el señor Brooke reposaba en el pasto con un libro que no leía.

–¡Qué bien dibuja! –comentó Meg a Kate–. ¡Cómo me gustaría hacerlo!

–Aprenda. Pídale a su institutriz que le enseñe –repuso Kate.

–No tengo institutriz.

–Me olvidaba de que las chicas norteamericanas van más al colegio. ¿Usted está en un colegio particular?

–No voy al colegio y soy mi propia institutriz.

–¡No me diga! –exclamó con un tono que más parecía decir: “¡Pobrecita! ¡Qué lástima!”

–En América las jóvenes –explicó el señor Brooke– aman la independencia tanto como la amaban sus abuelos, y todos respetan su capacidad para ganarse la vida.

–Sí, claro. También en Inglaterra tenemos jóvenes respetables que se ganan la vida empleadas por las familias nobles –dijo Kate con tono protector que ofendió a Meg.

El señor Brooke cambió el tema, aprovechando una pausa, y preguntó a Meg si le había gustado la canción alemana. Esta le dijo que sus conocimientos en ese idioma eran mínimos, pero el señor Brooke le aconsejó leer en esa lengua y le prestó un libro que tenía ante sí. Guiada por él, Meg comenzó a leer, insegura, las líneas de una obra de Schiller.

–¡Muy bien! –exclamó el señor Brooke cuando terminó, sin hacer mención de sus errores.

–Tiene un lindo acento, y si se esfuerza podrá aprender bien ese idioma, que es útil para las institutrices –comentó Kate en tono despectivo.

–Olvidaré que los ingleses miran en menos a las institutrices –comentó Meg, algo molesta.

–Y también a los profesores –añadió el señor Brooke–. No hay lugar como América para los trabajadores.

–Entonces me alegro de vivir aquí, aunque no me gusta mi trabajo. Ojalá me atrajera enseñar, como a usted.

–Creo que le gustaría si tuviera un alumno como Laurie. Sentiré mucho perderlo el año que viene.

–¿Va a la Universidad? –preguntó Meg, pero sus ojos añadían “¿Y qué hará usted?”

–Ya es tiempo de que me vaya, pues está casi listo. En cuanto me marche, me alistaré en el ejército.

–¡Me alegro de oírlo! –exclamó Meg–. Me gustaría que todos los jóvenes fueran a la guerra, aunque es duro para las madres y hermanas –añadió tristemente.

–Yo no tengo madre ni hermanas y pocos amigos a quienes interesa que viva o muera –dijo con cierta amargura el señor Brooke.

–Laurie y su abuelo se preocuparían, y nosotras sentiríamos mucho si le sucediera algo malo –dijo sinceramente Meg.

–Gracias, eso es muy amable –repuso el señor Brooke, mostrándose alegre de nuevo. Pero antes de que terminaran su diálogo, llegó Ned montado sobre un viejo caballo para mostrar su habilidad ecuestre, y no hubo más tranquilidad en el día.

–¿Le gusta montar a caballo? –preguntó Grace a Amy, mientras descansaban, después de una carrera alrededor del campo.

–Me encanta cabalgar. Mi hermana Meg montaba cuando papá era rico, pero ahora no tenemos caballo, sólo a “Ellen Tree” –añadió Amy.

—Hábleme de “Ellen Tree”. ¿Es un burro? —preguntó Grace con curiosidad.

—Pues verá, Jo se vuelve loca por los caballos y yo también, pero sólo tenemos una vieja silla de amazona. En nuestro jardín hay un manzano con una rama baja: Pongo la silla encima, fijo las riendas y saltamos sobre “Ellen Tree”, cuando se nos antoja.

—¡Qué gracioso! —exclamó Grace, riendo—. En casa tengo un caballo y casi todos los días voy al parque con Fred y Kate. Es muy agradable, porque mis amigas van allí también y lo pasamos muy entretenidas.

La tarde terminó con un circo improvisado, un juego de zorra y gansos y un partido amistoso de croquet. Cuando el sol se puso, levantaron la tienda de campaña, empaquetaron los canastos, cargaron los botes y todo el grupo navegó río abajo.

Ned se puso sentimental y entonó una serenata con melancólico estribillo, y poniendo una mirada tan triste que Meg no pudo menos que reír.

—¿Cómo puede ser tan cruel conmigo? —susurró Ned.

—No lo hice a propósito, pero tenía usted una cara tan cómica que no pude aguantar.

Ned se ofendió tanto, que se volvió hacia Sallie para comentarle que Meg no sabía flirtear, pero ella, defendiendo a su amiga, repuso que había que reconocer que era muy simpática.

Ya de regreso en el jardín, donde se habían reunido por la mañana, y cuando se alejaban las cuatro hermanas, Kate dijo:

—A pesar de sus modales tan ruidosos, las jóvenes americanas son amables cuando se las conoce...

## 13 CASTILLOS EN EL AIRE

Una tarde de septiembre, Laurie se mecía en su hamaca, pensando qué estarían haciendo sus vecinas, cuando de repente escuchó voces. Mirando a través de las mallas de la hamaca, vio salir a las March, como preparadas para una excursión.

“¿A dónde irán esas chicas?”, se dijo Laurie, intrigado por la extraña apariencia de sus vecinas. Cada una llevaba un sombrero de alas anchas, una mochila y un bastón. Meg cargaba un almohadón; Jo, un libro; Beth, un cucharón, y Amy, una carpeta. Se dirigían hacia el río.

—¡Qué frescas! —susurró Laurie—. ¿Irse de excursión y no invitarme? No pueden ir en bote porque ellas no tienen llave del cobertizo, yo se las llevaré y veré lo que pasa.

Las chicas se habían perdido de vista, cuando él saltó la barrera y corrió tras ellas. Pero al no verlas, subió la cuesta para buscarlas en el campo vecino.

“¡Esa sí que es vida!”, pensó Laurie. En un rincón de sombras se encontraban las hermanas. Meg estaba sentada sobre el almohadón, cosiendo. Beth escogía piñas. Amy dibujaba unos helechos y Jo tejía a la vez que leía en alta voz.

Laurie dudó entre marcharse o quedarse. Pero Beth levantó los ojos y, al descubrirlo, le sonrió.

—¿Molesto? —preguntó acercándose lentamente.

—¡De ninguna manera! —exclamó Jo—. Pensábamos invitarte, pero creímos que no te interesaría acompañarnos.

—Siempre me gusta participar en sus juegos; pero si Meg quiere que me vaya, me iré.

—Puedes quedarte —repuso Meg—, pero tienes que hacer algo.

—¡Gracias! Me quedaré, haré lo que me manden. ¿Quieren que cosa, que lea, que recoja piñas, que dibuje o que haga todo a la vez?

—Termina este cuento mientras tejo —pidió Jo.

—Con mucho gusto —respondió el joven.

Cuando Laurie terminó de leer preguntó:

—¿Es ésta una nueva sociedad?

—Hemos procurado no desperdiciar nuestras vacaciones y cada una se ha impuesto una tarea —contestó Jo—. Las vacaciones terminan ya y las tareas están concluidas, y nosotras, muy contentas.

—Comprendo —repuso Laurie, pensando en los días ociosos que había pasado él.

—Una buena diversión sería que las ilusiones que nos hacemos pudieran realizarse —comentó Jo, luego de una pausa.

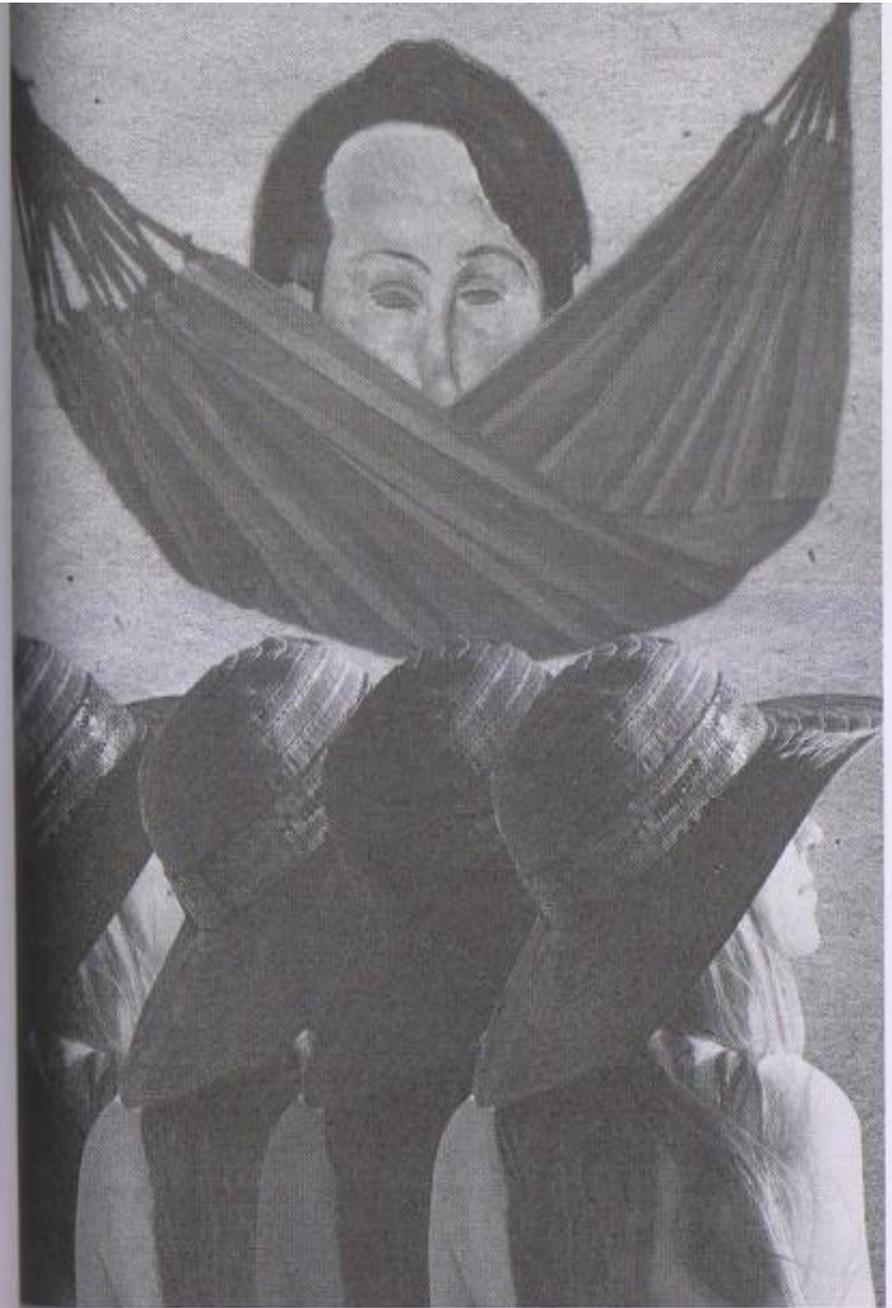
—Yo he hecho tantos castillos en el aire que no sabría cuál escoger —susurró el muchacho, recostándose en la hierba.

—Tendrás que elegir el mejor —repuso Meg.

—Si digo el mío, ¿dirás el tuyo?

—Lo diré si las demás lo dicen.

—Lo diremos, Laurie.



–Después de recorrer el mundo, me gustaría vivir en Alemania y tener toda la música que quiero. Quisiera ser un músico famoso. Ese es mi castillo favorito. ¿Cuál es el tuyo, Meg?

–Tener una casa magnífica –respondió–, con toda clase de cosas hermosas: comidas finas, lindos vestidos, muebles exclusivos, varias empleadas, gente agradable y mucho dinero.

–¿No tendrías un amo en tu castillo? –preguntó Laurie, en tono picaresco.

–He dicho “gente agradable”.

–Es tu turno, Jo –añadió Meg.

–Tendría un establo lleno de caballos árabes, salas llenas de libros y escribiría con un tintero mágico que hiciera tan famosos mis trabajos como la música de Laurie.

–El mío es quedarme tranquilamente en casa con papá y mamá para ayudar en el cuidado de la familia –dijo Beth.

–¿No deseas ninguna otra cosa? –preguntó el muchacho.

–Desde que tengo mi piano estoy feliz. Sólo deseo que todos tengamos buena salud y estemos juntos.

–Tengo muchísimos deseos –repuso Amy–, pero mi favorito es ser pintora, ir a Roma para pintar bellos cuadros y ser la mejor pintora del mundo.

–¡Qué ambiciosos somos! Todos queremos ser ricos y famosos, menos Beth. Me pregunto si alguno de nosotros lo logrará –dijo Laurie.

–Dentro de diez años, vamos a reunirnos para ver cuantos de nosotros han logrado sus deseos –anunció Jo.

–Espero para entonces haber hecho algo de lo cual estar orgulloso, pero soy tan holgazán que temo quedarme atrás, Jo.

–Necesitas hacerte un propósito, y entonces trabajarás bien, según dice mamá.

–¿Eso piensa tu madre? Claro que trabajaré bien si me dan ocasión –se defendió Laurie enérgicamente–. Pero agradar a mi abuelo va contra mi genio. Él quiere que yo sea comerciante, como fue él, y yo preferiría que me pegaran cuatro tiros. Detesto el té, la seda y todo lo que traen sus barcos viejos de la India, y no me importa que se vayan a pique cuando me pertenezcan. Debería contentarse con que yo vaya a la Universidad, pero él es terco y tengo que hacer lo que él hizo, a menos que rompa con todo y haga mi voluntad, como lo hizo mi padre. Lo haría mañana mismo si hubiera alguien que se quedara haciéndole compañía.

–Te aconsejo que hagas lo que tú realmente desees –dijo Jo.

–Eso no está bien, Jo. No debes hablar así, ni Laurie debe seguir tu consejo. Debes hacer lo que desea tu abuelo –repuso Meg con tono maternal–. Haz cuanto puedas en la Universidad, y cuando él se dé cuenta de que tratas de darle en el gusto, estoy segura de que no será tan exigente contigo. Como tú dices, no hay nadie que lo acompañe, y tú no te perdonarías jamás haberlo abandonado. No te desanimes ni te impacientes, tendrás tu recompensa, como la tiene el señor Brooke, quien es respetado por todos.

–¿Qué sabes tú de él? –preguntó el joven.

–Sólo sé lo que tu abuelo contó a mamá. Cómo cuidó a su madre hasta que murió y no quiso ir al extranjero por no abandonarla. Es muy bueno y generoso.

–Sí que lo es. Es muy de mi abuelo eso de descubrir toda su historia sin decirle nada y luego contar a otros lo bueno que es para que le tengan cariño. Brooke no comprendía por

qué tu madre era tan amable con él invitándolo a su casa conmigo y tratándolo tan amistosamente. El encuentra que vuestra madre es perfecta y habla todo el día de ella y de ustedes. Si alguna vez logro realizar mis deseos, verás lo que hago por él.

—Empieza por hacerlo ahora, no dándole problemas —dijo Meg, severamente.

—¿Cómo sabes que le doy problemas? —preguntó Laurie.

—Lo adivino por la cara con que sale de tu casa.

—¡Vaya! ¿De modo que sabes mis notas buenas y malas por la cara de Brooke? Ya he visto que te saluda y sonríe cuando pasa por tu ventana.

—No te enojés y, por favor, no le digas nada de lo que te he contado. Era sólo para mostrarte que me intereso por tus progresos.

—No me agrada llevar cuentos. Pero si Brooke es un barómetro, trataré de que siempre señale buen tiempo.

—Por favor, no te molestes, no quise sermonearte, ni ponerme tonta, sólo pensé que Jo estaba alentándote a una decisión de la cual podrías arrepentirte. Eres tan amable con nosotras, que te miramos como si fueras nuestro hermano. Perdóname, lo dije con buena intención —y Meg le tendió la mano amablemente.

Avergonzado de su enojo, Laurie le estrechó la mano, diciéndole:

—Yo soy quien debe pedir perdón, hoy mi humor es de perros. Me gusta que me digan mis faltas como una hermana; te doy las gracias, de todos modos.

En la mitad de esta animada conversación, el lejano sonido de una campana les avisó que Hanna las llamaba para el té.

—¿Puedo venir otra vez? —preguntó Laurie.

—Claro que sí —contestó Meg sonriendo.

Esa noche, mientras Beth tocaba el piano para el señor Laurence, Laurie miraba al anciano que, con la cabeza apoyada en una mano, pensaba con ternura en la niña muerta que había querido tanto.

Acordándose de la conversación de la tarde, el chico pensó:

“Renunciaré a mi castillo y permaneceré con mi querido abuelo mientras me necesite, porque no tiene a nadie más que a mí”.

## 14 SECRETOS

Jo se encontraba ocupadísima en la buhardilla, sentada en el viejo sofá, escribiendo sin levantar la cabeza, mientras su ratón amigo se paseaba por todos lados. Completamente dedicada a su trabajo, Jo sólo se detuvo al terminar la última página y colocar su firma, exclamando:

“¡Vaya, hice lo mejor que pude!”, se dijo poniéndose a leer el manuscrito, colocando comas acá y allá y signos de admiración. Luego lo ató con una cinta roja y lo contempló con expresión pensativa, como demostrando la seriedad de su tarea. Usaba como archivo una vieja cocina de lata, donde guardaba sus papeles fuera del alcance del ratón. Sacó de ahí otro manuscrito y con ambos en su bolsillo bajó las escaleras.

Se puso el abrigo y sombrero y salió sin que nadie la viera, llegó al camino y tomó un coche colectivo que la llevó al centro de la ciudad. Encontró con alguna dificultad el lugar que buscaba. Cruzó la puerta, echó una mirada a la escalera y retrocedió, como arrepentida, hacia la calle. Repitió su

intento varias veces, mientras un joven la observaba desde la ventana del edificio de enfrente. En un último intento, subió decididamente la escalera. Cualquiera se habría imaginado que iba a sacarse una muela, ya que en la puerta había una placa de dentista. El joven la vio desde la ventana, tomó su abrigo y su sombrero y bajó a la calle para esperar frente de la puerta, mientras pensaba que era muy propio de ella esto de venir sola, pero si llega a pasar un mal rato necesitará de alguien que la acompañe a casa.

Diez minutos más tarde salía Jo corriendo por la escalera, con su cara muy roja y como quien acaba de pasar una dura prueba. Ver al joven no le causó ninguna gracia y pasó de largo, saludándolo apenas. Pero él la siguió, preguntándole con simpatía:

–¿Lo pasaste muy mal?

–No mucho.

–¿Por qué viniste sola?

–No quería que nadie lo supiera.

–¿Cuántas te sacaron?

Jo se puso a reír, mirándolo sorprendida.

–Tengo que sacarme dos, pero debo esperar una semana.

–¿De qué te ríes? Tú te traes algo escondido –dijo Laurie confundido.

–Y tú también. ¿Qué hacías en una sala de billar?

Laurie le explicó que no era una sala de billar, sino un gimnasio donde tomaba clases de esgrima, lo que a Jo le pareció fantástico, porque sabiendo esgrima podría hacer el papel de Laertes en una representación de *Hamlet* y además pensaba que las salas de billares no eran un buen lugar para un muchacho.

—No es malo. En mi casa tengo una mesa de billar y a veces vengo para competir con Ned Moffat y otros jóvenes.

—No me gustan Ned ni sus amigos y ojalá no te juntaras con ellos. Mamá piensa lo mismo, y si eres como ellos, no nos dejará ser tus amigas. No le gustan los muchachos mundanos, y preferiría encerrarlos antes de dejarnos alternar con ellos.

—No tendrá que encerrarlos porque no soy un mundano, pero me gusta divertirme de vez en cuando.

—Diviértete sin exagerar, si no quieres que termine nuestra amistad.

—Te preocupas de mí, Jo. Pero si sigues con el sermón, tomaré un coche colectivo. Y no te contaré un secreto a no ser que tú me digas el tuyo.

Jo insistió que no tenía secretos, pero se detuvo pensando que sí tenía uno. Laurie era su amigo, lo compartiría con él. Y así le contó que no había tal dentista, sino la dirección de un periódico donde acababa de dejar dos cuentos sobre los que le darían la respuesta en una semana.

—¡Viva la célebre autora! —exclamó el joven, lanzando el sombrero al aire.

—¡Calla! Quizá no tenga resultado. Ahora dime tu secreto.

—¡Sé dónde está el guante de Meg!

—Dímelo entonces —repuso Jo.

Laurie se inclinó y susurró tres palabras al oído de Jo, quien se puso seria.

—¿No te parece romántico? —preguntó Laurie—. Creí que te agradaría.

—No me hace gracia que alguien se lleve a Meg.

Jo estaba realmente molesta, y pensó que era mejor no enterarse de ningún secreto; se sentía descorazonada.

—Echemos una carrera y te pondrás bien —repuso el joven.

No había nadie cerca y la suave pendiente era una tentación. Jo se lanzó a correr dejando caer el sombrero y la peineta. Laurie llegó a la meta antes que ella y quedó muy satisfecho por el éxito de su idea, cuando se le reunió la joven con el pelo suelto, los ojos brillantes, las mejillas encendidas y sin huella de enojo.

En las siguientes semanas Jo se mostró de una manera tan extraña en la casa, que tenía confundidas a sus hermanas. Salía precipitadamente a la puerta cuando llamaba el cartero, trataba descortésmente al señor Brooke. Se quedaba mirando a Meg largos minutos con cara pensativa, luego la abrazaba y la besaba. Laurie y ella se hacían señas y guiños y hablaban frases en clave que hicieron pensar a las niñas que ambos habían perdido el juicio.

Pasaron quince días después del viaje de Jo al centro, Meg observaba escandalizada cómo ésta corría perseguida por Laurie hasta encontrarse en la glorieta del jardín. Y no pudo ver más sino sólo escuchar risas, cuchicheos y ruidos de hojas de periódicos.

A los pocos minutos Jo entró precipitadamente, se echó en el sofá y fingió leer.

—¿Hay algo interesante? —preguntó Meg.

—Un cuento, pero no creo que valga gran cosa —respondió Jo.

—¿Por qué no lo lees? —pidió Amy.

—Está bien. Se llama "Los pintores rivales".

Aclarándose la voz, Jo comenzó la lectura, que todas escucharon con interés, porque el cuento era romántico y patético, pues casi todos los personajes morían al final. Hubo

muchos comentarios y todos estuvieron de acuerdo en que era un lindo cuento.

—¿Quién es el autor? —preguntó Meg.

—La hermana de ustedes.

—¿Tú? —gritó Meg, dejando caer su costura.

—Está muy bien —dijo críticamente Amy.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! —exclamó Beth.

Hubo alegría general. Todas gritaban de entusiasmo y felicidad y también Hanna, cuando se enteró de la noticia. La señora March se sentía muy orgullosa de su hija. El periódico circulaba de mano en mano.

—Cuéntenos todo... ¿Cuándo llegó?... ¿Te pagaron por él?... ¿Qué dirá papá?... ¿Qué le parecerá a Laurie? —decía toda la familia al mismo tiempo.

Luego Jo contó cómo había colocado sus cuentos y que, aunque no les pagaban a los principiantes, publicaría ambos cuentos para ir haciéndose un nombre.

—Si me sigue yendo bien, con el tiempo conseguiré que me los paguen y podré ayudarlas a todas ustedes —terminó diciendo Jo emocionada y segura de que la publicación de su historia era el primer paso hacia la meta.

## 15 UN TELEGRAMA

**E**l frío llegó con noviembre. Las hermanas se sentían tristes y desanimadas, charlando sobre el destino que parecía amarrarlas, “como dar la vuelta a una noria”, según decía Meg.

—Dos cosas agradables van a suceder —anunció Beth—. Mamá viene llegando y Laurie cruza el jardín como si tuviera algo interesante que decirnos.

Ambos llegaron al mismo tiempo, la señora March inquiriendo si había llegado carta del papá y Laurie invitándolas a dar un paseo en coche.

Las jóvenes aceptaron de inmediato, pero la campanilla de la puerta sonó vivamente en ese momento. Un minuto después, Hanna entró con un papel en la mano.

—Es uno de esos telegramas, señora —dijo, entregándolo como si temiera que estallara.

La señora March lo cogió rápidamente y, cuando hubo leído las dos líneas que contenía, cayó pesadamente en su silla, con una palidez que asustaba. Laurie corrió en busca de agua, mientras Meg y Hanna la sostenían, Jo leyó:

*Señora March:*  
*Su esposo está gravemente enfermo. Venga enseguida. S. Hale, Hospital Blanco, Washington.*

Por unos minutos sólo se oyeron en la sala sollozos, palabras entrecortadas, promesas de ayuda que acababan en lágrimas. La señora March reaccionó y rodeando con sus brazos a las hijas, dijo con voz que no olvidarían nunca:

—Tengo que ir inmediatamente, tal vez sea demasiado tarde. ¡Ayúdenme a soportar esto, hijas mías!

—¡Que Dios salve al señor! —oró Hanna—. No perdamos tiempo, voy a preparar sus cosas, señora, para que vaya cuanto antes.

—Hanna tiene razón, hijas —dijo ya más tranquila la madre—. ¿Dónde está Laurie?

—Aquí, señora, ¡permítame ayudar en algo!

—Telegrafía anunciando que iré en el primer tren y lleva recados a la tía March y a la señora King. Pero no corras demasiado.

El consejo fue inútil, porque minutos después Laurie pasó frente a la ventana al galope tendido de su caballo.

Todos se pusieron a preparar el viaje. Más tarde llegó el señor Laurence cargado con toda clase de cosas útiles. Se ofreció a todo, incluso a acompañar a la señora March, pero ésta no admitió que el anciano hiciera un trayecto tan largo, pero una expresión de alivio apareció en sus ojos ante la generosa oferta del abuelo de Laurie, que se marchó de repente prometiendo volver enseguida. Nadie tuvo tiempo de pensar más en él, hasta que Meg atravesando el vestíbulo con una taza de té, se encontró de improviso con el señor Brooke.

—Siento mucho la noticia, señorita March —dijo con tono amable—. Vengo a ofrecerme para acompañar a su madre. El señor Laurence quiere que cumpla algunos encargos en Washington y será un agrado serle útil a la señora.

La taza de té estuvo a punto de caer de las manos de Meg cuando ésta extendió su mano para estrechar la del señor Brooke.

—¡Qué amables son todos ustedes! Estoy segura de que mamá aceptará su compañía, y para nosotras será un alivio saber que tiene alguien que cuida de ella. ¡Gracias, señor Brooke!

Ya todo estaba arreglado cuando volvió Laurie, con una carta de la tía March, que enviaba el dinero solicitado para el viaje, y unas líneas repitiendo lo de siempre: que había sido una locura de March enrolarse en el ejército, que nada podía salir bien de eso, y que esperaba que alguna vez siguieran sus consejos.

Todos los encargos estaban cumplidos. Todas estaban reunidas, menos Jo, y esto empezaba a preocuparles. Laurie salió a buscarla, pero regresó sin noticias. Al poco rato, Jo regresó con un manojito de billetes que puso delante de su madre:

—Esta es mi contribución para ayudar a traer a papá.

—¡Veinticinco dólares! ¿De dónde los sacaste? ¿No habrás hecho alguna locura?

—No te preocupes, no he robado, ni mendigado, ni pedido un préstamo. Los dólares son míos y los gané vendiendo algo que me pertenecía.

Diciendo esto se quitó el sombrero y todos gritaron al ver que se había cortado el cabello.

-¡Tu cabello!

-Pero no era necesario.

Mientras todos expresaban su decepción, Jo, adoptando un aire de indiferencia que no lograba convencer a nadie, explicó:

-Esto no afecta a la nación, de modo que no hay por qué llorar. Vi en la vitrina de la peluquería que ofrecían comprar trenzas. Entré y vendí las mías. ¡Ah!, el peluquero me permitió guardar un rizo como recuerdo. Es para ti, mamá.

Aquella noche, cuando ya dormían las hermanas menores, Meg sintió que Jo sollozaba bajito.

-Jo, ¿qué te ocurre? ¿Lloras por papá?

-No, no es por eso...

-¿Por qué entonces?

-Por mi pelo, no lo digas a nadie..., pero lloro por mi pelo. Volvería a hacerlo mañana mismo, si pudiera. Es sólo mi parte egoísta la que llora, tontamente. Y tú, ¿por qué estás despierta?

-No podía dormir.

-Piensa en algo lindo y pronto te dormirás.

-Ya lo he intentado.

-¿En qué pensaste?

-En caras hermosas, especialmente en ojos -respondió Meg.

-¿Qué color te gusta más?

-Castaños...; es decir, a veces... los azules también son lindos.

Jo se rió; Meg le dijo que no hablara; prometió rizarle el cabello y se durmió, soñando con su castillo en el aire.

## 16 CARTAS

Aquel gris y frío día, todas se levantaron al amanecer. Mientras se vestían, decidieron decir "adiós" alegremente, de manera que su madre comenzara su viaje sin lágrimas o lamentos de ellas.

Hablaron poco durante el desayuno. Cuando se acercaba la hora de partir, la señora March les dijo que quedaban bajo la protección del señor Laurence y de Hanna. Deberían continuar sus trabajos como siempre, porque el trabajo era un consuelo bendito.

Llegó el coche que debía llevar a la señora March hasta la estación. Todas se abrazaron con ternura y las niñas repitieron sus mensajes para el papá y trataron de sonreír mientras el carruaje se alejaba y ellas hacían señas de despedida con las manos. También las acompañaba Laurie y su abuelo.

-Me siento como si se hubiera producido un terremoto -dijo Jo, cuando sus vecinos se despidieron para ir a desayunar.

-Como si se hubiera ido la mitad de la familia -añadió Meg tristemente.

Rodaron lágrimas, sin que las hermanas pudieran con- tenerlas. Hanna las dejó desahogarse.

–“Esperar y mantenerse ocupado” debe ser nuestro lema. Iré como siempre a casa de tía March, aunque sé que me espera un sermón –sentenció Jo.

–Y yo, donde los King, pero preferiría quedarme en casa –acotó Meg.

–No te preocupes, Beth y yo arreglaremos la casa, Hanna dirá lo que hay que hacer y cuando ustedes vuelvan todo estará listo –dijo Amy, dándose importancia.

Días después recibieron noticias que las consolaron. El señor March, aunque seguía grave, mejoraba día a día con la presencia de la mejor de las enfermeras, la señora March. El señor Brooke enviaba noticias todos los días. Meg, como cabeza de la familia, insistía en leer las cartas, que a medida que pasaba el tiempo eran más alegres. Al principio, todas escribían largas cartas según su estilo, como éstas que se transcriben:

*Queridísima mamá:*

*Tu última carta tenía tan buenas noticias, que reímos y lloramos leyéndola. ¡Qué amable es el señor Brooke y qué suerte que justamente en estos días haya tenido que viajar a Washington y esté haciéndote compañía! Las chicas se portan muy bien. Jo me ayuda con la costura, Beth hace puntualmente sus tareas y Amy obedece en todo. El señor Laurence nos cuida como gallina a sus pollos y Laurie co- opera con Jo para darnos ánimo. Hanna es una verdadera santa con todas nosotras. Todas deseamos tenerte de nuevo con nosotras. Todo mi amor para ti y papá.*

*Meg.*

Contrasta esta carta –escrita con muy buena letra y papel perfumado– con la siguiente, garabateada, con borrones, sobre una hoja cualquiera:

*Mamita preciosa:*

*¡Tres vivas para mi querido papá! Brooke se portó como un rey al telegrafarnos contándonos de su mejoría. Todas estamos contentas y le damos gracias a Dios, llorando pero de alegría. Si vieras a Meg sentada a la cabecera de la mesa tratando de ser maternal.*

*Tengo que contarte que tuve una pelea con Laurie, le dije lo que pensaba de una tontería suya y se ofendió. Me acordé, más tarde, de que no debo dejar ponerse el sol sobre mi enojo: salí a buscarlo, nos encontramos, nos pedimos perdón y nos reímos. Otra vez somos tan amigos como antes. Da a papá abrazos y besos para ti de tu revoltosa Jo.*

*Querida madre:*

*Sólo unas pocas líneas para enviarte mi amor y unos pen- samientos secos de la plantita que estoy cuidando para papá. Todas nos portamos bien y procuramos ser tan felices como se puede sin tenerte acá. Como Amy quiere escribir también, aquí le dejo la página y me despido. Todos los días doy cuerda al reloj y ventilo la casa. Besos a papá y ¡vuelve pronto!*

*Beth.*

*Ma chérie mamá:*

*Estamos bien. Hago mis tareas y nunca corroboro a mis hermanas. Meg dice que quiero decir discuto, te pongo las dos palabras, tú eliges la correcta. Laurie no me trata con*

tanto respeto como debiera, me llama "pollita" y habla en francés cuando yo digo sólo merci o bon jour. Meg cambió las mangas de mi vestido azul porque estaban gastadas, pero las nuevas son más azules que el vestido. Además ella dice que mi ortografía es mala y eso me humilla, pero tengo tanto que hacer que no puedo pensar. Adiós y montones de cariños a papá.

Amy Curtis March.

*Enfermera Jefa Sala N° 2:*

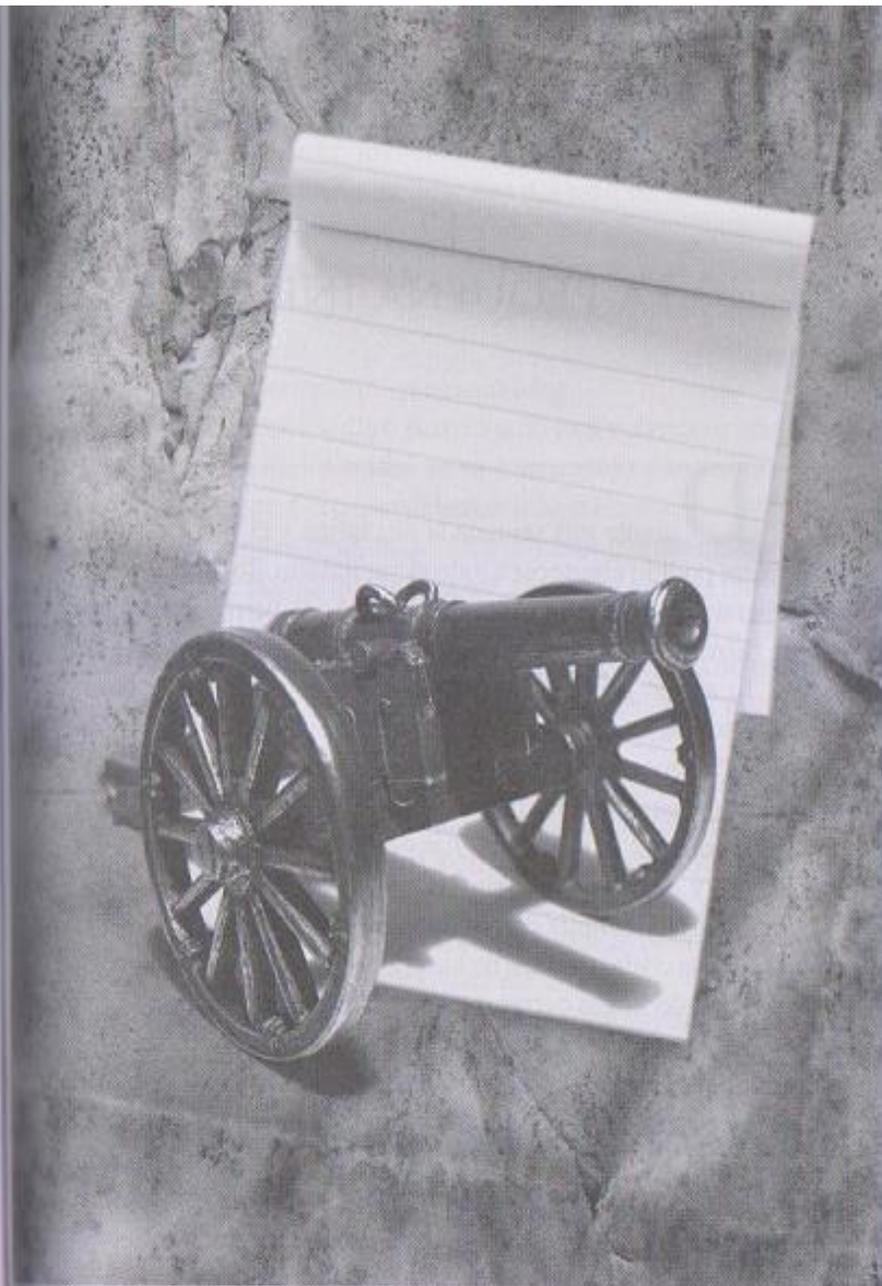
Todo en calma en Rappahannock; tropas en buenas condiciones; la intendencia, organizada; guardia siempre alerta bajo mando coronel Teddy. General Laurence pasa inspección diaria. Disparáronse veinticuatro cañonazos y hubo parada al recibir buenas noticias de Washington. Capitán General le envía sus saludos, a los que se une el

Coronel Teddy.

*Muy señora mía:*

Las niñas están bien y yo siempre estoy informado por Beth y mi nieto. Hanna es una empleada perfecta y cuida como un dragón. Por favor, utilice a Brooke y pídamе fondos si sus gastos son mayores que lo calculado. No permita que nada le falte a su esposo. Doy gracias a Dios por su mejoría. Su sincero amigo y servidor.

James Laurence.



## LA PEQUEÑA INFIEL

**D**urante una semana la disciplina y el sacrificio hubieran podido abastecer a todo el vecindario. Todas parecían tener un ánimo y una comprensión especial, pero poco a poco se fueron relajando y volviendo a sus antiguas costumbres.

Jo atrapó un resfrío por no proteger su cabeza, y tuvo que quedarse en casa hasta mejorar. Lo que le vino muy bien, porque aprovechó de revolver toda la casa, desde la bodega hasta la buhardilla. Luego decidió cuidarse y tomar sus medicinas. Por su parte, Amy descubrió que el trabajo de la casa y el arte no combinaban, y volvió a sus modelos de arcilla. Meg cumplía con su trabajo en la casa de los King, y en su casa cosía o trataba de hacerlo; se pasaba todo el tiempo escribiendo largas cartas o leyendo las que recibía.

Beth perseveraba, cumpliendo sus deberes y también algunos de sus hermanas. Cuando la tristeza y la soledad la afligían, se iba a cierto armario, lloraba y rezaba tranquila y sola.

—Meg, quisiera que fueras a ver a los Hummel. Recuerda que mamá nos pidió que no nos olvidáramos de ellos —dijo Beth, diez días después de la partida de su madre.

—Hoy estoy demasiado cansada para ir —contestó Meg, mientras cosía.

—¿No puedes ir tú, Jo?

—Hace frío y aún no me repongo del todo de mi catarro.

—Pensé que ya estabas recuperada.

—Para salir con Laurie sí lo estoy, pero no para ir a casa de los Hummel —dijo Jo, riendo, aunque algo avergonzada de su inconciencia.

—¿Por qué no vas tú? —preguntó Meg.

—He ido todos los días, pero el niño está enfermo y no sé qué hacer con él. La madre se va a su trabajo y lo cuida su hermano mayor. Creo que deberías ir tú o Hanna.

Beth hablaba en serio, así que Meg prometió ir el día siguiente.

—Pídele a Hanna que te prepare algo para que les llesves, Beth —propuso Jo.

La voluntad de la joven era más fuerte y, después de preparar un canasto con alimentos para los niños, salió al frío hacia la casa de los Hummel.

Regresó muy tarde y, sin que nadie la viera, se encerró en el dormitorio de su madre. Allí la encontró Jo sentada junto al botiquín, muy preocupada, con los ojos enrojecidos y una botella de alcanfor en la mano.

—¡Cristóbal Colón! —exclamó Jo—. ¿Qué te pasa?

Beth estiró la mano como para alejarla:

—A ti te dio la escarlatina, ¿no es cierto? Entonces te lo diré; el niño murió...

—¿Qué niño?

—El de la señora Hummel..., murió en mis brazos.

—¡Qué terrible! Debía haber ido yo —exclamó Jo, abrazando a su hermana y tomándola en sus brazos.

—No fue terrible, Jo; solamente triste. Enseguida me di cuenta de que el niño estaba peor, porque la madre había salido a buscar al médico, así que lo tomé en mis brazos; parecía dormir, pero de repente dio un grito, tembló y se quedó muy quieto. Traté de calentarle los pies y su hermano quiso darle leche, pero no se movió, entonces comprendí que se había muerto.

—No llores, querida. ¿Y qué hiciste?

—Me quedé con el niño en mis brazos hasta que llegó la señora Hummel con el médico, quien dijo: "Ha muerto a causa de la fiebre escarlatina, señora; debía haberme llamado antes".

La señora Hummel le contestó que no tenía dinero y que había tratado de curarlo ella misma. Al despedirse, el médico me dijo que volviera a casa y tomara enseguida belladona, o contraería la fiebre.

—¡No, no te contagiarás! —gritó Jo con terror—. ¡Ay, Beth, si te enfermaras no me lo perdonaría jamás! ¿Qué haremos?

—No te alarmes, miré el libro de mamá y dice que comienza con dolor de cabeza y de garganta, y éstos son mis síntomas. Tomé belladona y me siento mejor —dijo Beth.

—¡Si estuviera mamá en casa! —exclamó Jo—. Has estado tantos días con esos niños enfermos que la tendrás. Llamaré a Hanna, ella entiende de enfermedades.

—No permitas que venga Amy, no la ha tenido y no me gustaría contagiarla. ¿Podrían contraerla nuevamente tú y Meg? —preguntó Beth con ansiedad.

—Creo que no, ni me importa si la tengo, me lo tendría bien merecido por egoísta, pues te dejé ir allá por quedarme escribiendo tonterías —murmuró Jo, mientras iba en busca de Hanna.

La buena de Hanna se hizo de inmediato cargo de la situación. Llamó primeramente al doctor Bangs para saber si Beht se había contagiado o no y luego envió a Amy a casa de la tía March. Una de las niñas mayores se quedaría en casa para cuidar de la enferma. ¿Cuál de ellas? Beth suplicó que fuera Jo, lo que hizo que Meg se ofendiera.

Era difícil convencer a Amy de que se fuera donde la tía March, y no valieron los argumentos y la autoridad de Meg. Lloraba sin consuelo, cuando Laurie apareció en la casa, Amy le contó lo que sucedía, pero Laurie, metiendo las manos en los bolsillos, mientras recorría la sala con el ceño fruncido, le dijo:

—Tienes que ser una mujercita razonable, y hacer lo que te dicen. No llores. Irás a la casa de tía March y yo iré a buscarte todos los días y saldremos a pasear a pie o en coche. ¿No te parece buena idea?

—No me gusta que me alejen de mi casa, como si estorbara —dijo Amy ofendida.

—¡Pero, niña!, ¿quieres caer enferma?

—Claro que no; pero quizá lo estaré, porque todo el tiempo estoy junto a Beth.

—Con mayor razón debes irte. El cambio de aire te hará bien, y si no escapas al contagio, por lo menos la escarlatina te dará más suave.

—Bueno..., ¿prometes ir a verme todos los días y sacarme a pasear en el carrito tirado por Puck?

—Por mi honor de caballero...

—¿Y llevarme al teatro?

—A una docena de teatros, si los hay.

—Entonces..., iré —concluyó Amy.

Meg y Jo entraron corriendo para ver el milagro. Amy confirmó su promesa de irse a casa de tía March siempre que el doctor lo ordenara.

A Beth la habían acostado en la cama de su madre y, al parecer, se sentía mejor. La muerte del niño la había perturbado.

¿Avisarían a la mamá? Lo discutieron y llegaron a la conclusión de que no era conveniente; era mejor esperar lo que dijera el doctor, porque la madre no podía abandonar al papá y sólo la alarmarían.

—Lo haremos de ese modo, Jo, ve a buscar al médico inmediatamente —ordenó Meg.

El doctor confirmó los temores: Beth tenía fiebre, ordenó que alejaran a Amy y recetó algunas cosas. Jo y Laurie partieron con Amy a casa de la tía, la que los recibió con su hospitalidad acostumbrada.

—¿Qué desean? —preguntó, mirando por encima de sus anteojos.

Laurie se acercó a la ventana y Jo le contó lo ocurrido.

—No me sorprende en lo más mínimo, eso les pasa por mezclarse con los pobres. Amy puede quedarse aquí, que no dudo que se enfermará. Y no llores, niña, no me gustan las lloronas.

Amy trataba de contener sus lágrimas, pero Laurie le tiró disimuladamente la cola al loro, que estaba en el respaldo de la silla, lo que lo hizo gritar: “¡Vaya botas!” de una manera tan cómica, que la niña se puso a reír en lugar de llorar.

—¿Qué noticias tienes de tu madre? —preguntó bruscamente la tía.

—Papá está bastante mejor —respondió Jo.

—¡Mejor! March no durará mucho, siempre fue débil.



—¡Ja! ¡ja! ¡No te apures! ¡Toma un poco de tabaco! —gritó el pájaro, saltando de su percha.

“No creo poder soportarlo, pero trataré”, pensó Amy cuando quedó sola con la tía.

—¡Márchate, fea! —chilló el loro, y al oír tal grosería, Amy no pudo reprimir un gemido.

## 18 DÍAS OSCUROS

**B**eth tuvo escarlatina y mucho más grave de lo que todos pensaron excepto Hanna y el médico. Las niñas no entendían de enfermedades, y al señor Laurence no le permitieron ver a la enferma. Hanna la cuidaba como excelente enfermera, bajo la vigilancia del doctor.

Meg se quedó en casa, para no llevar el contagio a los King, y Jo se dedicó por completo a cuidar a Beth día y noche, pero la tarea no era difícil; la enferma tenía paciencia y soportaba el dolor sin quejarse. Pero hubo días en que la joven deliraba, y en sueños febriles recorría con las manos la colcha como si tocara el piano, y trataba de cantar con su garganta inflamada que apenas se le oía. No reconocía a sus hermanas y llamaba a su padre lastimosamente. Entonces Jo se asustó y Meg pidió que la dejaran escribir la verdad, y hasta Hanna dijo que “habría que pensarlo”, pero no todavía. Una carta de Washington aumentó las penas: el señor March había sufrido una recaída y no podría regresar tan pronto.

El primero de diciembre fue un verdadero día de invierno para ellas, el viento soplaba y nevaba copiosamente. Aquella

mañana cuando vino el médico, examinó cuidadosamente a Beth y volviéndose a Hanna dijo en voz baja:

—Si la señora March puede dejar a su esposo, sería mejor telegrafiarle.

Hanna asintió con la cabeza sin pronunciar palabra, sus labios temblaban; Meg cayó en una silla, pues al oír al médico sus fuerzas la abandonaron. Jo corrió en busca del telegrama que ya tenían redactado por si fuera necesario, y se precipitó a la calle.

Acababa de regresar cuando llegó Laurie, con una carta que anunciaba que el señor March mejoraba de nuevo. Pero la buena noticia no alcanzó a borrar las tristezas del rostro de Jo.

—¿Qué pasa? ¿Está peor Beth? —preguntó el joven con inquietud.

—He teleografiado a mamá —respondió Jo.

—¿Bien hecho, Jo! ¿Ha sido idea tuya?

—No, el médico lo aconsejó.

—¡Ay, Jo! ¿Tan mal está? —exclamó Laurie, alarmado.

—Sí, lo está. Por momentos no nos reconoce, no parece mi hermana y no hay nadie para ayudarnos a soportarlo; mamá y papá están ausentes y Dios parece tan lejano.

—Me tienes a mí, Jo —murmuró Laurie, tomando sus manos—. Y no temas. Pronto llegará tu madre y entonces todo irá bien. Beth no morirá. Es demasiado buena, y todos la queremos tanto que Dios no se la llevará aún. ¡Animo, todo se arreglará!

—¿Qué buen médico y amigo eres, Laurie! ¿Cómo podré pagarte?

—Ya te mandaré la cuenta, y prepárate que te tengo una noticia.

—¿Cuál es? —inquirió Jo.

—Ayer le puse un telegrama a tu mamá. Brooke me contestó diciendo que ella vendría inmediatamente, así es que llegará esta noche.

—¡Oh, Laurie! ¡Mamá! ¡Qué contenta estoy! —exclamó Jo, trastornada por la noticia.

Laurie le explicó que tanto su abuelo como él estaban inquietos y pensaron que pese a la opinión de Hanna, lo mejor era que la mamá fuera informada de lo que pasaba. Convenció a mi abuelo de que era hora de intervenir y salió corriendo al telégrafo.

—¡Laurie, eres un ángel! —exclamó la joven.

—Eres un muchacho entrometido —comentó Hanna, sin poder disimular su alegría, cuando Jo le dio la noticia—. Pero lo perdono y me alivia saber que la señora viene en camino.

Todas se alegraban, menos Beth, que continuaba sumida en su letargo, ajena a lo que ocurría a su alrededor. Las horas pasaron muy lentamente. Por fin anocheció; cada vez que el reloj daba la hora, las hermanas sentadas a ambos lados de la cama se miraban con ojos más alegres. El doctor había anunciado que, muy posiblemente, hacia la medianoche se produciría un cambio, favorable o no. El vendría entonces, para examinar a la enferma.

Hanna, rendida, se recostó en el sofá a los pies de la cama, quedándose profundamente dormida. En la sala, el señor Laurence iba y venía pensando en la cara que pondría la señora March al llegar. Laurie, tendido en la alfombra, fingía descansar, mirando el fuego con una expresión pensativa.

—Si Dios nos deja a Beth, trataré de amarlo y servirlo toda mi vida —susurró Jo con fervor.

—Quisiera no tener corazón, me duele tanto —suspiró Meg.  
Dieron las doce. Las dos muchachas se olvidaron de sí mismas para observar fijamente a Beth, porque imaginaron ver un cambio en sus facciones. La casa estaba en silencio; sólo se escuchaba soplar el viento. Pasó otra hora, sin que ocurriera nada. Laurie partió hacia la estación. Pasó otra hora y aún nadie venía. Jo, que estaba junto a la ventana, escuchó un movimiento en la cama y, volviéndose con rapidez, vio a Meg de rodillas ante la butaca de su madre. Un miedo terrible le provocó el pensamiento: “Beth ha muerto y Meg no se atreve a decírmelo”.

Se acercó al lecho y observó un gran cambio. La fiebre y la expresión de dolor habían desaparecido. Jo no tuvo ni siquiera deseos de llorar. Sólo murmuró nuevamente: “Adiós, mi querida Beth, adiós”.

Hanna se despertó sobresaltada y corrió junto a la joven, le tocó las manos, escuchó su respiración y se dejó caer en la mecedora, exclamando en voz baja:

—Pasó la fiebre, el sueño es natural y respira con facilidad. ¡Gracias a Dios! ¡Bendito sea el cielo!...

—Sí, queridas mías, creo que la jovencita se repondrá esta vez. No hagan ruido y déjenla dormir —aconsejó el médico antes de retirarse.

Las hermanas aún no se atrevían a creer tal noticia y se abrazaron, demasiado conmovidas para expresar su alegría.

La salida del sol nunca había sido más hermosa para Meg y Jo, que contemplaban el amanecer.

—Parece una tierra de hadas —dijo Meg.

—¡Escucha! —gritó Jo, levantándose precipitadamente.

Abajo sonaba la campanilla. Se oyó una exclamación de Hanna y luego la voz de Laurie que gritaba alegremente:

—¡Niñas! ¡Ha llegado! ¡Ha llegado!

## EL TESTAMENTO DE AMY

Mientras pasaban estas cosas, Amy vivía malos ratos en casa de tía March. La anciana no mimaba a nadie, pues no le parecía bien hacerlo, pero trataba de ser amable con Amy porque le gustaban sus modales. Hacía todo lo posible por hacer feliz a la niña, y ¡qué equivocaciones cometía!: la molestaba con sus reglas y mandatos, sus maneras pasadas de moda y sus discursos largos y pesados.

Todas las mañanas la hacía lavar las tazas, sacarles brillo a las cucharas y sacudir el polvo del cuarto. Ni una mota escapaba a los ojos de la tía. Luego, dar de comer al loro, peinar al perro; subía y bajaba escaleras cumpliendo toda clase de encargos, porque la anciana era coja y rara vez se movía de su asiento. Enseguida, podía hacer sus ejercicios y pasear. En esto último, la gentil compañía de Laurie le resultaba maravillosa.

Después de almuerzo tenía que leer en voz alta y quedarse en silencio e inmóvil, mientras la anciana tía dormía. Las noches eran lo peor de todo, porque la tía March se ponía a contar aburridas historias de su juventud. Amy pensaba

que, sin la ayuda de Laurie y Esther, la vieja doncella, aquel tiempo habría sido terrible.

Esther era francesa y había vivido con *madame* —como llamaba a la tía— por muchos años. Simpatizó con la señorita y la divertía hablándole de Francia. Ella le permitió recorrer la casona y admirar las cosas bonitas y raras que guardaba la tía en baúles y armarios. Amy gozaba con todos esos tesoros y especialmente con los cofres de joyas, llenos de perlas, medallones, pulseras y el anillo de bodas. Amy se preguntaba a dónde irían a dar todas esas cosas cuando falleciera la tía.

—A usted y a sus hermanas —le informó Esther—. Lo sé, porque fui testigo del testamento de *madame*.

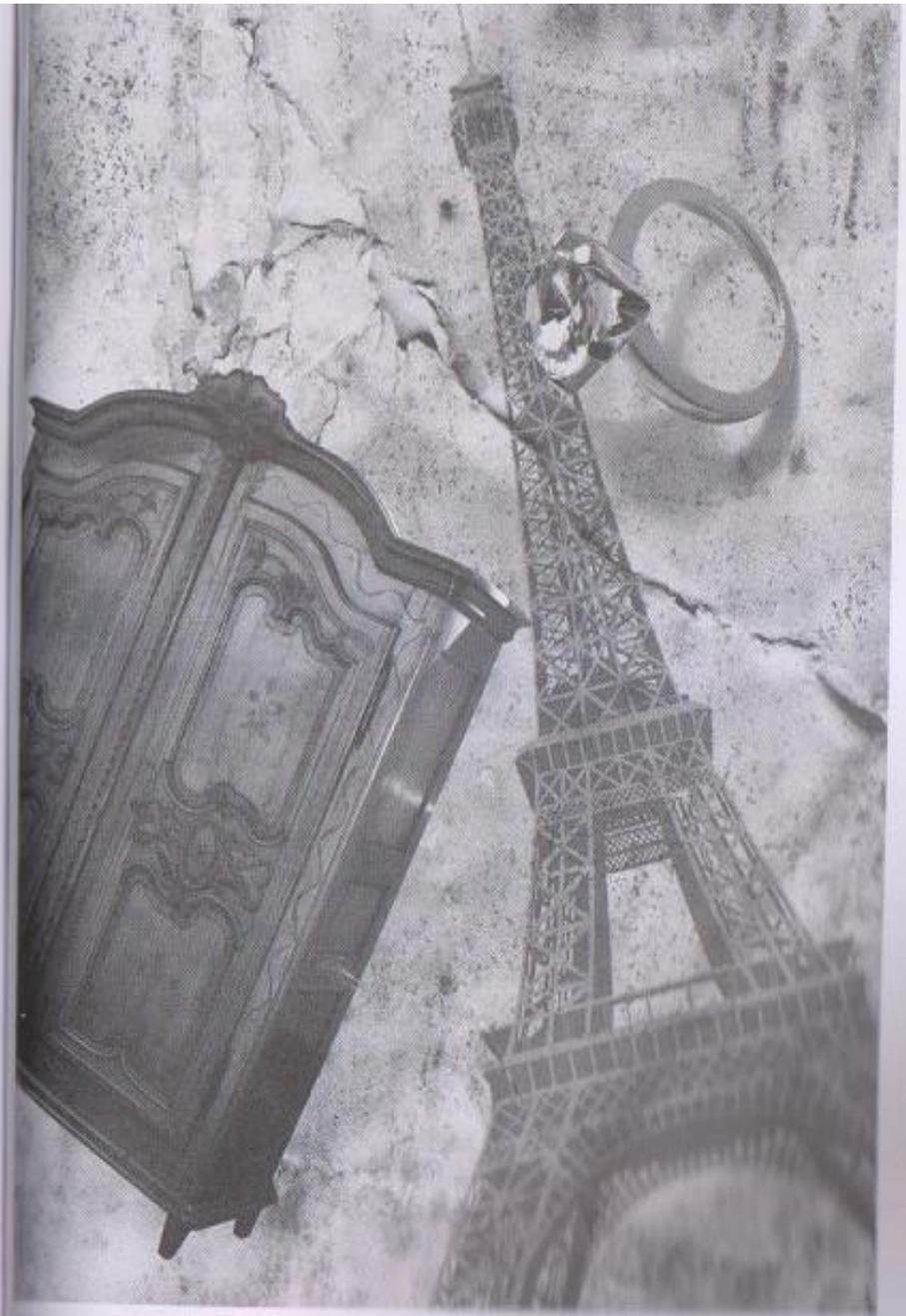
—¡Estupendo! Pero preferiría que nos las diera ahora.

—Es demasiado pronto. La primera que se case recibirá las perlas, y me imagino que el anillo de turquesa se lo regalará a usted, cuando se marche, por sus buenos modales.

Desde ese día, Amy fue modelo de obediencia, y la anciana señora se felicitaba por el éxito de sus instrucciones.

Pero también a Amy le quedó rondando la idea de un testamento, como un modo de ser buena y generosa con los demás. Durante sus ratos libres escribió lo mejor que pudo el importante documento, con la ayuda de Esther en ciertas frases legales. Cuando la buena francesa estampó su firma como testigo, la niña se sintió aliviada y lo guardó para mostrárselo a Laurie, a quien necesitaba como segundo testigo.

Se encontraba tan ocupada que no oyó al joven tocar la campanilla, ni lo vio observándola a hurtadillas mientras ella iba y venía en el cuarto lleno de vestidos antiguos con los cuales Esther le permitía jugar. Su diversión favorita era vestirse con los trajes descoloridos y pasearse frente al espejo,



haciendo reverencias ceremoniosas. Laurie golpeó la puerta y fue graciosamente recibido.

—Siéntate y descansa mientras me quito estas cosas, después quiero pedirte consejo acerca de algo muy grave —repuso Amy.

Cuando ya estuvo lista, sacó un papel de su bolsillo y dijo:

—Quiero que leas esto y me digas si es legal y correcto. Pensé que tenía que hacerlo, porque la vida no es segura y no deseo que haya resentimientos después de mi muerte.

Laurie tuvo que morderse los labios para no reír, y con la mayor seriedad leyó el documento.

#### MI ULTIMO TESTAMENTO

*Yo, Amy Curtis March, en mi sano juicio, doy y lego todos mis bienes en la siguiente forma:*

*A mi padre, mis mejores cuadros, dibujos, mapas y obras de arte, incluyendo los marcos. También mis cien dólares, para que haga con ellos lo que guste.*

*A mi madre, con mucho amor, todos mis vestidos, excepto el delantal azul; también mi retrato y mi medalla.*

*A mi querida hermana Meg, le doy mi anillo de turquesa (si me lo dan), también mi caja verde, mi pedazo de encaje verdadero para su cuello y mi dibujo de ella, como recuerdo de "su niñita".*

*A Jo, mi prendedor, pegado con lacre; también mi tintero de bronce (al que ella le perdió la tapa), y mi precioso conejo de arcilla, porque me arrepiento de haber quemado sus cuentos.*

*A Beth (si me sobrevive), mis muñecas, el escritorio, mi abanico, mis cuellos de hilo y mis zapatillas nuevas, si le caben, pues probablemente quedará muy delgada después de su enfermedad.*

*A mi buen amigo y vecino Theodore Laurence lego mi carpeta de papier maché; mi caballo de arcilla, aunque él dijo que le faltaba cuello. También, cualquiera de mis obras artísticas que él prefiera: Nuestra Señora es la mejor.*

*Al venerable señor Laurence lego mi caja roja, con un espejo en la tapa, que le servirá para guardar sus plumas y acordarse de la niña fallecida que le da gracias por los favores hechos a su familia, especialmente a Beth.*

*A mi amiga Kitty Bryant, el delantal azul y mi anillo de cuentas doradas, con un beso.*

*A Hanna, mi caja de cartón, con los trapitos que hay dentro con la esperanza de que "se acordará de mí cuando los mire".*

*Y ahora, después de testar mi propiedad de más valor, espero que todos queden contentos y no haya quejas de la muerta. Perdono a todos y tengo la confianza de encontrarnos cuando suene la trompeta del Juicio Final. Amén.*

*A este testamento pongo mi firma y sello. Amy Curtis March (testigos): Estelle Valnor, Theodore Laurence.*

—¿De dónde sacaste esta idea? ¿Te ha dicho alguien que Beth ha dado sus cosas? —preguntó seriamente Laurie, mientras Amy ponía ante él un pedazo de cinta roja, con lacre, una vela y un tintero.

Ella se explicó y luego preguntó ansiosamente:

—¿Qué dijiste de Beth?

Sin levantar la vista, Laurie firmó y selló, mientras hablaba hasta que una lágrima cayó en el papel. La cara de Amy reflejaba gran pena, pero sólo dijo:

—¿Está verdaderamente en peligro Beth?

—Temo que sí, pero debemos tener la esperanza de que todo termine bien —y Laurie la abrazó fraternalmente, lo que la consoló mucho.

Cuando su amigo se marchó, Amy se fue a su habitación y rezó por Beth. Y llorando pensaba que ningún anillo de turquesa podía consolarla de la pérdida de su hermana.

## 20

### EN CONFIANZA

No hay palabras para describir el encuentro de la madre con sus hijas. Momentos tales son más para vivirlos que para contarlos. Pero lo que sí se puede decir es que la casa rebosaba de felicidad y que, a los pocos minutos de llegar, la señora March estaba junto al lecho de su hija enferma. Cuando Beth despertó de ese obligado letargo, con una gran sonrisa se echó a los brazos de su madre y luego volvió a dormirse, con una gran serenidad en su rostro.

Entonces la madre les informó sobre el estado de su padre, de cómo el señor Brooke prometió quedarse para cuidarlo, cómo la tormenta había retrasado el viaje y cuánto la había animado Laurie en la estación.

Con la llegada de la señora March parecían volver a la casa la paz y la alegría. Hanna cabeceaba en una silla al lado de la enferma, Meg y Jo dormían felices al verse aliviadas de una carga. La madre no quiso dejar a Beth, y durmió en la butaca, despertándose con frecuencia para mirar y tocar a su niña.

Entretanto, Laurie salió corriendo para tranquilizar a Amy y contó la historia con tal realismo que casi hizo llorar a la tía March, quien no pudo decir, como solía: "Ya lo decía yo". Como Laurie se caía de sueño, a pesar de sus esfuerzos por disimularlo, Amy lo persuadió a que descansara en el sofá, mientras ella escribía una carta a su madre. El sueño de Laurie sólo se interrumpió con una exclamación de alegría lanzada por la niña ante la sorpresiva llegada de su madre. Fue larga la conversación entre ambas. En un momento dado, la niña levantó su mano y la madre pudo notar algo que brillaba. Nada dijo, pero Amy comprendió la mirada y después de un minuto de silencio añadió:

—Quería hablarte de esto, pero me olvidaba. Hoy la tía March me regaló este anillo, me llamó, me dio un beso y me lo puso en el dedo, diciéndome que estaba orgullosa de mí y que desearía tenerme con ella para siempre. Y me regaló este otro anillo para sujetarlo, porque es demasiado grande para mi dedo. Me gustaría usarlos. ¿Me permites que lo haga?

—Son hermosos, pero creo que eres demasiado joven para llevarlos.

—No sólo quiero usarlos porque sean lindos, sino porque me servirán para recordar —añadió Amy.

—¿Para recordar a la tía March? —preguntó la madre, riéndose.

—Sí, y también para recordar que no debo ser egoísta.

—Bueno —dijo la madre, segura de que con buena voluntad lograría su propósito—. Ahora tengo que volver a Beth. Animo, hija mía, que pronto volverás a casa.

Aquella tarde, mientras Meg escribía a su padre para darle noticias acerca de la llegada de la viajera, Jo fue al dormitorio de Beth y, encontrando a su madre en el lugar acostumbrado, se paró frente a ella con rostro preocupado.

—¿Qué te pasa, querida? —preguntó la señora March.

—Quiero decirte algo, mamá.

—¿Acerca de Meg?

—¿Qué pronto lo adivinaste! Sí, se trata de ella.

—Beth duerme, habla en voz baja y dímelo todo. Espero que ese joven Moffat no haya venido por aquí.

—No, le habría dado con la puerta en las narices —repuso Jo—. El verano pasado Meg dejó un par de guantes en casa de los Laurence y sólo le devolvieron uno. Lo habíamos olvidado por completo hasta que Laurie me dijo que el señor Brooke lo tenía. Laurie se enteró porque se le cayó del bolsillo del chaleco, y al hacerle él una broma por ello, el señor Brooke le confesó que Meg le gustaba mucho, pero que no se atrevía a decírselo. ¿No te parece horrible, mamá?

—¿Crees que Meg le corresponde? —preguntó la señora March con ansiedad.

—¡Qué se yo! No entiendo nada de amor y de esas tonterías —exclamó Jo, con una mezcla cómica de interés y desprecio—. En las novelas, cuando las muchachas se enamoran lo demuestran poniéndose coloradas, desmayándose, enflaqueciendo y todas esas leseras. Pero Meg no hace nada de eso: come, bebe y duerme como una persona sana.

—Entonces, ¿piensas que Meg no está interesada en John?

—¿Quién es ese John? —preguntó Jo, extrañada.

—John es el nombre del señor Brooke. Lo trato con más familiaridad después de los días que pasamos en el hospital.

—¡Ah!, ya veo que te vas a poner de su parte. ¡Qué astuto! ¡Mimar a papá y hacerse el amable contigo para ganarse la simpatía de los dos!

—Querida mía, no te enojés, te lo explicaré todo. John me acompañó y se interesó tanto en tu papá, que le tomamos cariño. Fue sincero y honrado en cuanto a Meg, porque nos dijo que la quería y que trabajaría hasta tener una situación antes de pedir su mano. Nos pidió nuestro consentimiento para amarla y tratar de que ella le corresponda su amor. Realmente es un joven excelente, y no podíamos negarnos a escucharlo, pero no consentiré que Meg se comprometa tan joven.

—Claro que no, sería una locura —dijo Jo.

—Jo, confío en que no digas nada a Meg aún. Cuando vuelva John podré juzgar mejor los sentimientos de ella para con él.

—Meg tiene un corazón tan tierno, que se derretirá como mantequilla en cuanto él le hable. Leía las noticias enviadas por él más que las cartas tuyas, y me daba pellizcos cuando yo hablaba de ello. Le gustan sus ojos color castaño, pronto se enamorará de él y ¡adiós, paz, alegría y felicidad entre nosotras! ¡Qué desgracia! ¿Por qué no habremos sido todos ricos? Entonces no habría problemas.

La señora March suspiró y Jo levantó los ojos con expresión de alivio.

—¿No te gusta a ti tampoco, mamá? Me alegro de ello y lo despacharemos —dijo Jo.

—Hice mal en suspirar, Jo. Es natural que con el tiempo todas tengan sus propios hogares, pero tu papá y yo estamos de acuerdo en que no se comprometa de ninguna manera ni se case antes de cumplir veinte años. Si ella y John se quieren, pueden esperar y así dar pruebas de su amor.

—¿No preferirías que se casara con un hombre rico?

—El dinero es útil, Jo, pero no es lo más importante —repuso la señora March—. Ojalá nunca sufran estrecheces, pero tampoco deseo grandes fortunas ni una posición mundana para ustedes. Por experiencia sé cuánta felicidad hay en una casa pequeña donde se gana el pan diario, y algunas privaciones le dan mayor dulzura.

Jo terminó por encontrarle razón, aunque prefiriera que Meg se casase con Teddy algún día y así vivieran en la opulencia toda su vida. Detestaba que sus planes se hubieran estropeado. Y ahora lo mejor era irse a dormir. Se despidió y se fue a su cuarto.

Luego entró Meg con una carta en la mano y se la enseñó a su madre, la que la encontró muy bien escrita, aunque le faltaba algo: recuerdos a John de parte de la señora March.

—¿Ahora lo tratas de John? —preguntó Meg, sonriendo, con sus inocentes ojos, a su madre.

—Sí. Ha sido como un hijo para nosotros y lo queremos mucho —respondió la señora March, dirigiendo una mirada penetrante a su hija.

—Me alegro, ya que está tan solo. Buenas noches, mamá. ¡Qué tranquilidad tan grande tenerla con nosotras! —dijo Meg.

21  
LAURIE DE GUERRA Y  
JO IMPONE PAZ

**A**l día siguiente, Jo amaneció como atragantada con el secreto, y le resultaba difícil no parecer misteriosa e interesante. Meg lo notó, pero no se molestó en preguntar, porque como la conocía muy bien, estaba segura de que mientras más indiferente se mostrara, más pronto Jo le contaría todo. Pero no fue así, para asombro de Meg, la cual respondió adoptando un aire de misterio. Como aún Amy no estaba de vuelta, Laurie se convirtió en el único refugio de Jo, y si bien disfrutaba de su compañía, temía, en cambio, que la atormentara hasta arrancarle el secreto.

Tenía razón, porque tan pronto el pícaro sospechó algo misterioso se propuso descubrirlo e hizo pasar muy malos ratos a Jo.

Rogó, prometió, se burló, amenazó y peleó. Al ver que nada de esto le daba resultado, fingió indiferencia para sacar la verdad por sorpresa; afirmó saberlo para decir luego que no le importaba, y, por fin, a fuerza de constancia, logró enterarse de que se trataba de Meg y del señor Brooke. Se sintió indignado de que su profesor no le hubiese hecho

confidente de sus sueños. Entonces, comenzó a tramar una venganza digna de la ofensa.

Entretanto, Meg parecía haber olvidado el asunto, y sólo se preocupaba de los preparativos para la vuelta de su padre. Pero de repente un cambio pareció apoderarse de ella. Se sobresaltaba cuando alguien le hablaba, se ponía roja si la miraban; cosía en silencio, con una expresión tímida y abstraída. A las preguntas de su madre respondía que estaba muy bien, y a las de Jo, simplemente, no contestaba.

—Lo siento en el aire, se está enamorando rápidamente. Tiene casi todos los síntomas: está nerviosa y de mal humor, no come, no duerme y se sienta pensativa en los rincones. ¿Qué haremos? —preguntó Jo, dispuesta, al parecer, a cualquier medida.

—Nada, esperaremos. Déjala sola, sé amable y paciente, la vuelta de papá cambiará todo —respondió su madre.

Unos días más tarde Jo, que había retirado la correspondencia del buzón de la entrada, anunció con sorpresa:

—¡Meg, aquí hay carta para ti! ¡Y qué raro! Está sellada. Teddy no pone sello a las mías.

La señora March y Jo estaban atareadas en los trabajos de la casa, cuando una exclamación de Meg las hizo levantar los ojos para verla mirando fijamente su carta, con cara asustada.

—¡Hija mía!, ¿qué te pasa? —gritó la madre, corriendo hacia ella, mientras Jo trataba de agarrar la hoja de papel.

—Es un error... No la envió... ¡Oh Jo! ¿Cómo pudiste hacerlo? —y Meg escondió la cara en las manos, llorando a lágrima viva.

—¿Yo? ¡No he hecho nada! ¿De qué hablas? —preguntó Jo, sorprendida.

Los humildes ojos de Meg se encendieron de ira, mientras sacaba de su bolsillo una carta estrujada y se la arrojaba a Jo diciendo:

—Tú la escribiste y ese malintencionado muchacho te ayudó. ¿Cómo han podido hacer una cosa tan grosera, tan vil y cruel con nosotros?

Jo y su madre leyeron aquella carta de letra tan extraña.

*Queridísima Margaret:*

*No puedo contener por más tiempo mi amor y necesito saber todo antes de volver. No me atrevo a hablarles todavía a tus padres, pero creo que no se opondrán cuando sepan que nos adoramos. El señor Laurence me ayudará a encontrar un buen trabajo y entonces, mi querida muchachita, me harás feliz. Te ruego que no digas nada aún a tu familia, pero envíame una palabra de esperanza por medio de Laurie. Te quiere,*

*John.*

—¡Ese ha sido el miserable de Laurie, para vengarse por mi silencio! —gritó Jo, furiosa—. ¡Juro que lo traeré aquí para que pida perdón!

Pero su madre la detuvo:

—Espera, Jo, primero tienes que justificarte. Has hecho tantas bromas que sospecho que tienes parte en ésta.

—Doy mi palabra, mamá, de que no sé nada. Primera vez que veo esa carta —dijo la joven con tanta sinceridad, que la creyeron—. Si yo la hubiera escrito, la habría hecho mejor. Además, creo que el señor Brooke es incapaz de escribir tonterías como éstas —añadió, tirando con desprecio el papel al suelo.

—Sin embargo —murmuró apenas Meg—, la letra se parece a otra carta que recibí de él.

—¡Oh Meg! ¡No la habrás contestado! —exclamó la señora March.

—¡Sí lo hice! —contestó avergonzada.

—Esto es peor de lo que yo pensaba —dijo la señora March.

—La primera carta la recibí por intermedio de Laurie, que parecía no saber de quién era —comenzó Meg, sin levantar los ojos—. Al principio me preocupó mucho y tenía la intención de contártelo, mamá, pero me acordé de que tú le tienes simpatía al señor Brooke, así que pensé que no te importaría que guardara un pequeño secreto por unos días. Me parecía ser una de esas chicas de las novelas que pasan por cosas semejantes. Perdóname, mamá.

—¿Qué le decías en la carta? —inquirió la madre.

—Le respondí que era todavía demasiado joven para decidir nada, que no quería tener ningún secreto contigo y que tendría que hablar con papá. Que estaba muy agradecida, pero por mucho tiempo sólo podíamos ser buenos amigos.

La señora March se tranquilizó y Jo aplaudió calurosamente, exclamando:

—Dios bendiga tu prudencia, Meg. ¿Qué te contestó?

—Me escribe de una manera completamente diferente, en que me dice que jamás me envió una carta de amor y que seguramente se trata de una broma de la traviesa Jo. Es una carta muy amable, ¡pero imagínense qué terrible es para mí! ¡Nunca podré mirarlo de frente otra vez!

Meg se abrazó a su madre desesperada y Jo iba de un lado para otro de la habitación, despotricando contra Laurie. De

pronto se paró, tomó las dos cartas y, después de mirarlas detenidamente, dijo con seguridad:

—No creo que el señor Brooke haya escrito ninguna carta ni recibido tampoco la tuya, Meg. Laurie las escribió y guardó la tuya sólo para demostrarme que descubrió mi secreto.

—Basta, Jo. Yo consolaré a Meg, mientras tú vas a buscar a Laurie. Tengo que examinar a fondo esta situación y poner fin a tales travesuras —decidió la señora March.

Jo se fue corriendo y mamá, con mucha suavidad, explicó a Meg cuáles eran los sentimientos del señor Brooke.

—Ahora, querida, ¿cuáles son los tuyos?

—Con tantos sustos y desagradados, no quiero pensar en noviazgos por mucho tiempo. Pero si John no sabe realmente nada de estas tonterías, preferiría que todos callaran. No me gustaría que se rieran de mí.

Tan pronto como se oyeron los pasos de Laurie en el vestíbulo, Meg se escapó y su madre recibió a solas al culpable. Pasó una hora en la que las voces subían y bajaban en la sala, pero lo que se habló allí, las chicas nunca lo supieron.

Cuando las llamaron, Laurie seguía de pie al lado de la madre con tal cara de arrepentimiento, que Jo lo perdonó al instante. Meg recibió las excusas del muchacho, y se alegró al enterarse de que Brooke ignoraba todo lo referente a la broma.

—No diré nada de esto hasta el día de mi muerte —prometió Laurie—. Perdóname, Meg. Estoy arrepentido de veras, y haré lo que quieras para demostrar lo mucho que lo siento —añadió, muy avergonzado de sí mismo.

—Trataré de perdonarte —dijo Meg—, pero no fue digno de un caballero lo que hiciste.

—Fue abominable y merezco que no me hables en un mes,

pero no lo harás, ¿verdad, Meg? —y el joven cruzó las manos con gesto suplicante. Meg lo perdonó y la señora March suavizó su semblante, haciendo esfuerzos para mantenerse seria cuando él ofrecía humillarse como un gusano.

Entretanto, Laurie buscaba ayuda en Jo, pero ésta le volvió la espalda. Cuando se retiró el muchacho, Jo se quedó pensando si había sido demasiado dura con él, y cuando Meg y la mamá subieron las escaleras, se sintió muy sola y echó de menos la compañía de Laurie. Entonces ya no pudo contenerse y, cediendo a sus impulsos, tomó un libro que debía devolver y se fue a la casa grande.

—¿Está en casa el señor Laurence? —preguntó a una de las empleadas.

—Sí, señorita, pero creo que ahora no puede recibirla.

—¿Por qué? ¿Está enfermo?

—No, señorita, pero acaba de tener una discusión con el señorito Laurie y no me atrevo a acercarme a él.

—¿Dónde está Laurie?

—Encerrado en su cuarto, y no responde a los llamados.

Jo subió y golpeó a la puerta.

—Basta de llamadas, o abro la puerta y te hago callar.

Jo golpeó de nuevo la puerta y entró antes de que Laurie pudiera reponerse de su asombro. El joven estaba realmente indignado, pero Jo sabía cómo tratarlo y, poniéndose de rodillas con un gesto teatral, dijo:

—Por favor, Laurie, perdóname por haberme enojado tanto. Quiero hacer las paces y no me marcharé hasta que lo consiga.

—Está bien, levántate y no hagas el ridículo, Jo.

–Gracias, no lo haré. ¿Puedo preguntar qué te pasa? No parece estar de muy buen humor.

–¡Me han remecido y eso me molesta!

–¿Quién ha sido?

–Mi abuelo.

–¿Por qué te trató así? –preguntó Jo, preocupada.

–Sólo porque no quise decirle para qué me había llamado tu madre. Prometí no decir nada a nadie y, naturalmente, no iba a faltar a mi palabra. El no me creyó y me agarró por el pelo. Entonces me puse furioso y escapé de un salto.

–Estoy segura de que ya está arrepentido, baja y haz las paces.

–¡No lo haré! Debería tener confianza en mí y no tratarme como a un niño. Es inútil, Jo.

–¿Qué rencoroso eres! ¿Cómo piensas que se arreglará este asunto?

–El tiene que pedirme perdón –repuso el joven.

–¡Santo cielo! Eso no lo hará. Vamos, Teddy, ¿de qué te sirve ponerte melodramático?

–De todas maneras, no pienso permanecer aquí por mucho tiempo. Me escaparé, y cuando me eche de menos, mi abuelo volverá a su juicio.

–Quizá, pero no debes darle ese disgusto. Siéntate y piensa en tus pecados. Si logro que tu abuelo diga que lo sientes, ¿abandonarás la idea de escaparte? –preguntó Jo.

–Sí, pero no lo lograrás –respondió Laurie, que deseaba mejorar su situación con el anciano.

“Si puedo manejar al joven, podré manejar al viejo”, murmuró Jo, saliendo del cuarto.

–¡Adelante! –se oyó decir al señor Laurence, con voz aún

más ronca que de costumbre, cuando la muchacha llamó a la puerta.

–Soy yo, Jo. He venido para devolverle un libro –dijo suavemente al entrar.

–¿Quieres otros? –preguntó el anciano, tratando de ocultar su enojo.

–Sí, con permiso de usted, me gustaría leer el segundo tomo del viejo Sam –suplicó Jo, con la esperanza de congraciarse al pedirle el libro que él le había recomendado.

El señor Laurence desarrugó un poco el ceño, pues pareció sospechar que la muchacha tramaba algo, ya que después de ir y venir varias veces con pasos rápidos, se volvió, la miró cara a cara y le preguntó bruscamente:

–¿Qué acaba de hacer ese muchacho? No trates de disculparlo. Sé que ha hecho algunas de las tuyas, no pude sacarle ni una palabra.

–Se portó mal, pero lo perdonamos y todos prometimos no decir nada a nadie.

–Eso no basta, no quiero que me oculten lo que pasa.

–De veras, señor, que no puedo decírselo, mamá lo prohibió. Laurie confesó, pidió perdón y tuvo su castigo. No callamos para protegerlo a él, sino a otra persona.

–Dame tu palabra de que mi nieto no ha hecho algo incorrecto. Porque si es así, lo perdonaré. Es un muchacho terco y difícil de manejar –dijo, mientras se pasaba la mano por la cabeza.

–Lo mismo me pasa a mí, pero una palabra amable me apacigua.

–¿Crees que no soy amable con él?

–¡No, señor! A veces es usted demasiado cariñoso y

después un poquito violento, cuando pone a prueba su paciencia. ¿No le parece?

—Tienes razón, soy algo violento y no sé adónde iremos a parar de seguir así.

—Yo se lo diré: se escapará.

Al escuchar esto, el señor Laurence cambió de color, se sentó y echó una mirada angustiada al retrato del padre de Laurie, que en su juventud se había escapado para casarse contra sus deseos.

—No lo hará —dijo Jo—, a no ser que esté muy fastidiado. Sólo amenaza con hacerlo cuando se cansa de estudiar. A mí también me gustaría hacerlo, sobre todo cuando me corte el pelo; así que si alguna vez nos echa de menos, puede mandar a buscarnos entre los barcos que zarpen a la India.

Se rió al decir esto, y el señor Laurence se sintió evidentemente aliviado.

—¡Pícara! ¿Cómo te atreves a hablarme de esta manera? ¿Dónde está tu buena educación? ¡Bendita juventud! —repuso con buen humor, agregando—: Ve y trae a ese muchacho a comer, dile que todo está arreglado.

—No vendrá, señor, se siente ofendido, porque usted no le creyó. Además, tomó muy a pecho la sacudida.

El señor Laurence se echó a reír y Jo se dio cuenta de que había ganado la batalla.

—Si yo fuera usted, le escribiría una nota. Pruébelo, es mejor que arreglarlo con palabras.

—¡Qué astuta eres! ¡Vamos!, dame una hoja de papel —pidió el anciano.

La carta fue escrita con frases usadas entre caballeros después de graves insultos. Jo subió hasta el cuarto del

muchacho y deslizó el papel por debajo de la puerta; ya se iba, cuando Laurie bajó, resbalando por el pasamanos de la escalera, y la esperó al final, diciendo:

—¡Qué buena amiga eres, Jo!

—No digas nada, da vuelta la hoja y empieza de nuevo —le respondió mientras se marchaba.

## HERMOSOS PRADOS

Las tranquilas semanas que siguieron eran como el sol después de la tormenta. Los enfermos mejoraron rápidamente, y el señor March anunciaba regresar a comienzos del año nuevo. Beth, ya convaleciente, podía pasar el día recostada en el sofá, entreteniéndose con sus gatos y con sus muñecas.

Se acercaba la Navidad, y con ella los acostumbrados misterios, Jo proponía unas ideas extraordinarias para celebrar las fiestas. Lo que Laurie pensaba no era menos disparatado. Luego de muchas discusiones, la ambiciosa pareja pareció ponerse de acuerdo.

Días de agradable temperatura precedieron al de Navidad. Hanna había asegurado que sería un día "estupendo", y resultó buena profetisa. Para empezar, recibieron una carta del señor March en la que anunciaba que pronto estaría con ellas. Además, Beth se sintió muy bien aquella mañana y, vestida con su bata roja, fue llevada triunfalmente a la ventana para ver un mono de nieve que le habían hecho Jo y Laurie.

Beth se rió muchísimo al verlo. Laurie iba y venía trayendo los regalos, mientras Jo pronunciaba lindos discursos al entregarlos.

—Estoy tan feliz que, si estuviera papá, no podría contener mis lágrimas —comentó Beth, suspirando de satisfacción.

—Lo mismo me pasa a mí —añadió Jo, tocando en su bolsillo el libro que tanto deseaba.

—Y yo también —replicó Amy, con los ojos clavados en un grabado de la Virgen y el Niño, regalo de su madre.

—Pero yo, ni se diga —exclamó Meg, alisando los pliegues de su primer vestido de seda que el señor Laurence había insistido en regalarle.

—¿Cómo podría no estar contenta? —dijo la señora March agradecida, mientras sus ojos iban de la carta de su marido a la cara sonriente de Beth, y acariciaba un prendedor para cabellos grises, rubios y castaños que las niñas acababan de ponerle.

En ese instante Laurie abrió la puerta de la sala, asomó la cabeza y, con una voz particularmente rara, que no lograba ocultar la alegría y la emoción, gritó:

—¡Otro regalo de Navidad para la familia March!

No terminaba de pronunciar estas palabras cuando apareció a su lado un hombre alto, con el rostro cubierto hasta los ojos, y apoyado en el brazo de otro hombre, quien trató de decir algo sin lograrlo. Hubo una exclamación general, y el señor March se sintió estrechado por cuatro pares de brazos cariñosos. Jo estuvo a punto de desmayarse y Laurie tuvo que atenderla. El señor Brooke besó a Meg en medio de toda la confusión, y Amy tropezó con una silla, y antes de levantarse, abrazó las botas de su padre, llorando a mares. La señora March fue la primera en reponerse de la sorpresa, y levantó una mano para decir:

—¡Silencio! ¡Recuerden a Beth!

Pero era demasiado tarde, la puerta de la sala se había abierto de golpe, y Beth corría derecho a los brazos de su padre. Cuando todos se calmaron, la señora March dio las gracias al señor Brooke por el especial cuidado que había tenido con su esposo, con lo cual él se acordó de que el señor Mach necesitaba descansar y, llevándose a Laurie, se retiró. Entonces se ordenó a los enfermos que se sentaran juntos en un sofá y la familia se acomodó a charlar animadamente.

Nunca hubo mejor comida de Navidad como la que tuvieron ese día. El pavo engordado resultó una maravilla y lo mismo el budín inglés, que se deshacía en la boca.

El señor Laurence, su nieto y el señor Brooke comieron con ellos. Jo lanzaba miradas furibundas a John, lo que divertía a Laurie.

Durante la comida propusieron un brindis, contaron historias, cantaron y pasaron horas muy gratas. Los invitados se retiraron temprano y, al crepúsculo, la familia se encontraba reunida alrededor del fuego.

—Hace exactamente un año nos quejábamos de la triste Navidad que pasaríamos. ¿Recuerdan? —preguntó Jo, rompiendo la pausa que se había producido.

—Han recorrido un camino duro, mis pequeñas peregrinas, sobre todo estos últimos días. Se han portado valientemente y pienso que están en buen camino de verse libres de sus cargas —dijo el señor March, mirando a sus hijas.

—¿Cómo lo sabes? ¿Te lo contó mamá? —preguntó Jo.

—No me contó mucho, pero una paja indica la dirección del viento y hoy he descubierto muchas cosas.

—¡Dinos cuáles son! —pidió Meg, que estaba a su lado.

—¡Aquí hay una! —y tomando la mano de Meg, que tenía una quemadura en el dorso y unas durezas en la palma—. Recuerdo que esta mano era blanca y lisa, y que ponías gran cuidado en conservarla así. Entonces era preciosa, pero ahora me parece mucho más. Estoy orgulloso de estrechar esta mano buena y laboriosa y espero que no me la pidan demasiado pronto.

Si Meg deseaba una recompensa por las horas de trabajo, la recibió de su padre en su sonrisa aprobadora.

—¿Y qué de Jo? Dile algo bonito, porque se ha esforzado mucho y ha sido tan buena conmigo —susurró Beth al oído de su padre.

El se rió y miró a la alta muchacha, sentada al lado opuesto, cuyo rostro tenía una expresión más dulce que de costumbre.

—A pesar de su pelo corto, no veo al “hijo John” que dejé el año pasado —dijo el señor March—. Veo a una señorita preocupada de su apariencia, que ya no silba ni se echa sobre la alfombra, como solía hacerlo. Su cara muestra madurez, y eso me gusta, porque se ha hecho dulce y su voz es más tranquila, no salta, pero se mueve sin hacer ruido y cuida de cierta personita de una manera maternal que me encanta. Casi echo de menos mi niña salvaje, pero si tengo una mujer fuerte, provechosa, útil y tierna en su lugar, me sentiré recompensado.

Los vivos ojos de Jo se empañaron y su cara se veía ruborizada a la luz del fuego, mientras recibía las alabanzas paternas.

—Ahora a Beth —dijo Amy, muy deseosa de que le llegara el turno a ella.

—Quedó tan débil, que temo que se me desmaye si hablo mucho de ella, aunque no es tímida —comenzó a decir su padre alegremente, pero al acordarse de cuán cerca estuvo de perderla, la abrazó, tiernamente, acercando su mejilla a la de la joven—: Te tengo segura, mi querida Beth, y si Dios lo permite, te guardaré así.

Luego de unos minutos de silencio, miró a Amy y dijo, acariciando su reluciente cabello.

—Observé que en la comida Amy tomaba los pedazos más pequeños, corría a cumplir mandados de su madre; esta noche cedió su lugar a Meg y ha tenido paciencia y buen humor. También noto que no se queja, ni que da importancia a ese hermoso anillo que tiene puesto, de lo cual deduzco que aprendió a pensar más en los demás y no tanto en sí misma; además, parece que decidió modelar su carácter tan cuidadosamente como modela sus figuras de arcilla. Me alegro de ello, y estoy orgulloso de tener una hija que embellece su propia vida y la de los demás.

—¿En qué piensas, Beth? —preguntó Jo, cuando Amy dio las gracias a su padre y le contó el cuento del anillo.

—Hoy leía en “El peregrino” cómo, después de muchas penas, llegaron a un prado hermoso y verde, donde florecían lirios durante todo el año y allí descansaron alegremente, como nosotros lo hacemos en este momento, antes de que llegaran al fin de su viaje —respondió Beth, añadiendo que era hora de cantar.

Sentada al piano, la joven recorrió suavemente las teclas y, con aquella dulce voz que habían temido no oír más, cantó una linda canción.

## 23

### TÍA MARCH

#### RESUELVE EL PROBLEMA

**A**l día siguiente, madre e hijas pasaron revoloteando alrededor del señor March, como abejas en torno a su reina. Todas querían mirar, atender y servir al nuevo enfermo que, sentado al lado de Beth, descansaba. Hasta Hanna se asomaba de vez en cuando, para que nada faltara en la felicidad de la familia. Pero en realidad algo faltaba, y los mayores lo sentían, aunque nadie lo declaraba. Los padres se miraban, preocupados: Meg estaba distraída, tímida y silenciosa, se sobresaltaba cuando sonaba la campanilla y se ponía roja cuando alguien pronunciaba el nombre de John.

Amy decía que “todo el mundo parecía esperar algo, lo que era extraño, porque papá ya estaba en casa”, y Beth se preguntaba por qué los vecinos no venían como siempre.

Por la tarde, Laurie pasó por delante de la casa y vio a Meg en la ventana. Poseído entonces por un repentino acceso dramático, cayó de rodillas sobre la nieve, golpeándose el pecho; se tiró el pelo y juntó las manos, como suplicando. Meg le dijo que no se portara como un payaso y que se fuera;

él retorció el pañuelo imaginariamente empapado en lágrimas y se fue dando tumbos hasta desaparecer en la esquina.

—¿Qué querrá decir ese loco con sus pantomimas? —dijo Meg, riéndose.

—Te mostró lo que hará tu John el día menos pensado. Emocionante, ¿verdad? —respondió Jo, sarcástica.

—No digas “mi John”, no está bien ni es verdad —contestó Meg—. Haz el favor de no molestarme, Jo. Ya sabes que no me ocupo “mucho” del señor Brooke, aunque todos sigamos amigos como siempre.

—No es así. Las locuras de Laurie te echaron a perder. Ya no eres la misma de antes y parece estar muy lejos de mí. No quiero molestarte, lo aguantaré como un hombre, pero quisiera que todo se arreglara de una vez. Si piensas terminar con todo, hazlo cuanto antes —repuso Jo con petulancia.

—No puedo hacer nada mientras él no hable, y no hablará porque papá le dijo que soy demasiado joven.

—Si te hablara, no sabrías qué decir, llorarías o te pondrías colorada como tomate en vez de darle un “no” decidido.

—No soy tan tonta ni débil como piensas. Sé lo que tendría que decir, porque lo he pensado bien y no me tomará de sorpresa.

—¿Tienes algún inconveniente en decirme qué responderías? —le preguntó Jo.

—Le diría: “Gracias, señor Brooke. Es usted muy amable, pero, como mi padre, pienso que soy demasiado joven para comprometerme. Por favor, no diga una palabra más y seamos amigos como antes”.

—No creo que lo digas, y estoy segura de que él no se conformará. Insistirá en sus ruegos, como los enamorados de las novelas, y tú cederás para no ofenderlo.

—¡No, no lo haré! Le diré que ésa es mi decisión y me iré con dignidad.

Al decir esto, Meg se levantó, mientras hablaba como si fuera a ensayar la escena descrita. En eso estaba, cuando unos pasos en el vestíbulo la hicieron correr a su silla y seguir con su costura. Jo contuvo una carcajada ante su repentino cambio, y cuando alguien llamó, abrió la puerta con una expresión poco hospitalaria.

—Buenas tardes. Vine a buscar mi paraguas... Quiero decir, para ver cómo está su padre hoy —dijo el señor Brooke, algo nervioso al ver a las dos hermanas.

—Está muy bien... en el paraguero. Se lo traeré y le diré que está usted aquí —contestó Jo, haciendo una mezcla de su padre y el paraguas, y escapó de la sala como para dar a Meg la ocasión de mostrar su firmeza.

Tan pronto como ella desapareció, Meg se acercó a la puerta murmurando:

—Mamá deseaba verlo. Enseguida la llamaré.

—No te vayas. ¿Acaso me tienes miedo, Meg?

Tan ofendido parecía el señor Brooke, que ella pensó que había cometido alguna descortesía. Se puso roja hasta los rizos de su frente, porque nunca antes la había llamado Meg y le sorprendió lo dulce que le parecía oírlo. Y tratando de aparecer amistosa y serena, extendió la mano y murmuró:

—¿Cómo le voy a tener miedo, cuando ha sido tan bueno con mi padre? Sólo quería darle las gracias por ello.

—¿Quieres que te diga cómo podrías dárme las? —repuso el señor Brooke, reteniendo su mano entre las suyas.

—No, por favor no lo haga —dijo, tratando de retirar su mano.

—No te molestaré; sólo quisiera saber si me quieres un

poquito, Meg. ¡Yo te quiero tanto, querida mía! –añadió dulcemente John.

Era el momento oportuno para pronunciar el discurso sereno y correcto, pero Meg no lo hizo; lo olvidó por completo, bajó la cabeza y respondió “no sé” tan suavemente que John apenas pudo oír la respuesta.

–¿Quieres tratar de descubrirlo? Necesito saberlo, porque no podré trabajar con ánimo hasta que sepa si tendré mi recompensa –dijo el señor Brooke.

–Soy demasiado joven –balbuceó Meg.

–Esperaré, y entretanto podrías aprender a quererme. ¿Sería una lección muy difícil para ti?

–No; no, sí quisiera aprenderla, pero...

–Hazme el favor de querer aprenderla, Meg –añadió John, apoderándose de la otra mano.

Su voz era suplicante, pero Meg notó alegría en sus ojos y sonreía como quien no tiene dudas del éxito. Esto la molestó, y sin saber qué hacer, retiró las manos y replicó con enojo:

–No lo deseo, hágame el favor de irse y déjeme en paz.

–¿De veras piensa eso? –preguntó, ansioso, el señor Brooke, viendo desplomarse de un golpe su castillo en el aire.

–Sí, no deseo preocuparme de tales cosas. Papá dice que aún no debo hacerlo.

–¿Puedo esperar que cambies de modo de pensar? Esperaré, Meg.

–No piense en mí para nada –dijo Meg, probando su paciencia. Brooke la miró tan anhelantemente, que ella sintió que empezaba a enternecerse y quién sabe qué habría sucedido si en ese momento no hubiera entrado la tía March. La sorpresa fue tal que Meg se sobresaltó como si hubiera visto

un fantasma y el señor Brooke se escapó de la sala.

–¡Dios mío! ¿Qué quiere decir esto? –gritó la señora, golpeando el suelo con su bastón al ver la escena.

–¿Qué sorpresa, tía! –balbuceó Meg–. El señor es amigo de papá.

–¡Claro que es una sorpresa! –respondió la tía March, sentándose–. Y ¿qué estaba diciendo para que te pongas tan colorada? Aquí hay un enredo –añadió enojada.

–Conversábamos. El señor Brooke vino a buscar su paraguas.

–¿Brooke? ¿El profesor de ese muchacho? ¡Ah! Ahora lo comprendo. Lo sé todo. Yo dejé escapar algunas palabras en una de las cartas de su padre y la obligué a que me lo contara. No lo habrás aceptado –exclamó la tía March, escandalizada.

–Silencio, por favor, que puede oírlo. ¿Quiere que llame a mamá?

–Todavía no. Tengo algo que decirte, y debe ser sin más demora. Dime, ¿tienes intención de casarte con ese Brooke? Si lo haces, no recibirás ni un centavo de mi dinero –dijo gravemente la anciana señora.

La tía March poseía el don de provocar contrariedades y le gustaba hacerlo. Bastaba que ella dijera algo, con sus irritantes maneras, para que los demás pensaran lo contrario. Tal vez si hubiera dicho que Meg debería casarse con Brooke, la muchacha lo habría rechazado. En ese momento Meg decidió aceptarlo.

–Me casaré con quien me plazca, tía March, y puede disponer de su dinero como le parezca –contestó la joven.

–¡Santo cielo! ¿Así tomas mi consejo? Ya te arrepentirás cuando fracasas.

–Prefiero ser amada en una choza que vivir sin amor en un palacio.

La tía comprendió que había dado un paso en falso y, después de un momento, cambió de táctica, diciendo tan suave como pudo:

–Meg, hija mía, sé razonable y sigue mi consejo. Lo hago por tu bien, no deseo que estropees tu vida por una equivocación.

–Mis padres no piensan así. –Meg trataba de defenderse–. Quieren a John a pesar de su pobreza.

–Tus padres saben tanto del mundo como dos recién nacidos.

–Me alegro –repuso Meg con valor.

La tía March no hizo caso de esa observación y continuó con su sermón:

–Brooke es pobre y no tiene parientes ricos, ¿verdad?

–No, pero tiene muchos amigos sinceros.

–No se puede vivir de los amigos; inténtalo y verás a dónde llega su sinceridad. ¿No tiene algún negocio?

–Aún no, el señor Laurence lo ayudará.

–Eso no durará mucho, James Laurence es un viejo con el que no se puede contar. Cref que eras más sensata, Meg. ¿Sabe Brooke que tienes parientes ricos? Sospecho que ése es su interés –añadió la señora March.

–Tía, ¿cómo se atreve a decir tal cosa? John sería incapaz de una cosa así, y no la escucharé más –gritó Meg, indignada–. Mi John no se casaría por dinero, ni yo tampoco. No le temo a la pobreza, porque en ella he sido feliz y sé que él me ama y yo...

Al llegar a este punto, Meg se detuvo al recordar que no

se había decidido, que había dicho a “su John” que se fuera y que él podría estar oyendo cuanto ella decía.

La tía March estaba furiosa porque ansiaba que su sobrina se casara bien, y la cara alegre de la joven la entristeció.

–¡Bueno, me lavo las manos en este asunto! Eres una niña terca y perderás más de lo que te imaginas por esa locura que cometerás. Me voy, me he llevado un chasco contigo y no estoy de ánimo de ver a tu papá. No esperes nada de mí cuando te cases. Todo ha terminado entre nosotras.

Y se marchó dando un portazo. Meg permaneció por un momento sin saber si reír o llorar. Pero antes que se decidiese por lo uno o lo otro, entró el señor Brooke a la sala y le dijo:

–No pude evitar oírte, Meg. Te agradezco el haberme defendido y agradezco a la tía March, ya que gracias a ella me he enterado de que te importo un poco.

–No sabía cuánto, hasta que ella te ofendió.

–Ya no deseas que me vaya, ¿verdad, querida?

Aquí se presentaba otra ocasión excelente para hacer el discurso tan ensayado, pero Meg no pensó tal cosa y, murmurando humildemente: “Sí, John”, apoyó su cabeza en el pecho del señor Brooke.

Minutos después de la salida de la tía March, Jo bajó discretamente las escaleras y se asomó a la puerta de la sala y, al no oír ningún ruido, meneó la cabeza y sonrió satisfecha, diciendo para sí: “Lo despidió, como habíamos acordado, y ahora es asunto terminado. Voy a oír la historia para reírme a gusto”.

Pero Jo no se rió, porque el espectáculo que contempló desde la puerta la dejó paralizada y boquiabierta. Cuando esperaba ver vencido a su enemigo y felicitar a su hermana por lograr liberarse de un enamorado indeseado, fue tan grande

el choque al ver al señor Brooke sentado en el sofá, con su hermana pegadita a su lado, que Jo se sobrecogió como si le hubiera caído un jarro de agua fría.

Meg se levantó entre avergonzada y orgullosa, y "ese hombre", como Jo lo llamaba, tuvo la osadía de reírse y decir tranquilamente, tomándole la mano de la recién llegada:

—Felicitanos, querida hermana.

Esto fue demasiado para Jo, y haciendo un movimiento loco con la mano, desapareció sin decir palabra. Corrió escaleras arriba asustando a los enfermos y gritando:

—¡Que alguien baje pronto! ¡John Brooke se está portando de una forma horrible y parece que a Meg le gusta!

Los padres bajaron inmediatamente, mientras Jo se echó sobre la cama a llorar y a lamentarse al contar la terrible tragedia a Beth y Amy. Pero las niñas estaban encantadas con el acontecimiento, en vista de lo cual se fue a la buhardilla y no tuvo otra que confiar sus penas a los ratones.

Sonó la campanilla para el té antes de que Brooke terminara de describir el paraíso que crearía para Meg, y la condujo con orgullo a la mesa. Ambos parecían tan felices que Jo no pudo sentir celos ni estar triste. Amy se impresionó por el amor de John y la dignidad de Meg. Beth les sonreía de lejos, mientras que los padres miraban a la joven pareja con tierna satisfacción.

Nadie comió mucho, pero la vieja sala pareció iluminarse de una manera asombrosa al empezar en ella el primer romance de la familia.

—No dirás ahora que nunca pasa nada agradable —comentó Amy.

—¡Cuántas cosas han ocurrido desde que dije esas tontas palabras! —respondió Meg.

—Las penas se van y llegan las alegrías, y creo que los cambios han comenzado —dijo la señora March.

—Espero que el próximo año termine mejor —murmuró Jo, que encontraba muy duro ver a Meg absorbida por un extraño en su misma casa.

—Espero que el tercer año, a contar de éste, será aún mejor, si mis planes se realizan —dijo John Brooke a Meg.

—¿No es mucho tiempo para esperar? —preguntó Amy, que tenía prisa por ver la boda.

—No, porque tengo mucho que aprender para estar preparada —respondió Meg con una dulzura nunca antes vista en su cara.

—Tú sólo tienes que esperar. El trabajo me corresponde a mí —subrayó John con una expresión que hizo a Jo sacudir la cabeza y decir con aire aliviado, al oír sonar la puerta principal:

—Ahí está Laurie, ahora podremos conversar sensatamente.

Pero Jo se llevó un chasco, porque el joven entró saltando de alegría, con un gran ramo de flores para "la señora de John Brooke".

—Sabía que Brooke saldría con la suya. Siempre lo hace —dijo Laurie cuando entregaba el ramo con sus felicitaciones a los novios.

—Gracias por tus palabras. Las tomaré como un buen augurio. Quedas desde ahora invitado a nuestra boda —respondió John.

—Asistiré, aunque tenga que venir del fin del mundo, porque para ver la cara de Jo en aquella ocasión valdrá la pena el viaje. No pareces muy alegre, ¿qué te pasa? —preguntó Laurie, siguiéndola a un rincón a donde todos los presentes habían ido a recibir al señor Laurence.

—No apruebo este matrimonio, pero he decidido resignarme y no diré nada en contra —dijo Jo—. No puedes comprender lo duro que es para mí separarme de Meg.

—No la pierdes, sólo la compartes.

—Nunca será lo mismo. He perdido a mi mejor amiga —suspiró Jo.

—Me tienes a mí. Ya sé que valgo poco, pero seré tu amigo de toda la vida, te doy mi palabra.

—Sé que lo serás y te lo agradezco —respondió la joven.

—No estés triste, todo saldrá bien. Meg es feliz, y John se dará prisa para establecerse, mi abuelo lo ayudará, y ¡qué alegría será ver a Meg en su propia casita! Después que ella se vaya, pasaremos días muy entretenidos, porque yo terminaré pronto el colegio y nos iremos al extranjero. ¿No te consolaría eso?

—¡Por supuesto que sí! Pero quién sabe lo que sucederá dentro de tres años —respondió Jo.

—¡Es verdad! ¿No te gustaría poder mirar hacia el futuro y ver dónde estaremos entonces? A mí, sí.

—Creo que no, porque podría ver algo triste.

Y los ojos de Jo recorrieron lentamente la sala con expresión de felicidad, porque la escena era muy grata.

Sus padres, sentados muy juntos, revivían el primer capítulo de su novela, comenzada hacía veinte años. Amy dibujaba un retrato a lápiz de los novios, que estaban sentados aparte, en otro mundo. Beth recostada en el sofá, conversaba alegremente con el señor Laurence, que tenía una de sus manos entre las suyas, como si pensara que poseía el poder de guiarla por la vida. Jo descansaba en su silla favorita, con grave y serena expresión. Laurie, apoyado en el respaldo, con su barbilla a la altura de la rizada cabeza de su amiga, sonreía y con la cabeza le hacía señas en el espejo que los reflejaba.